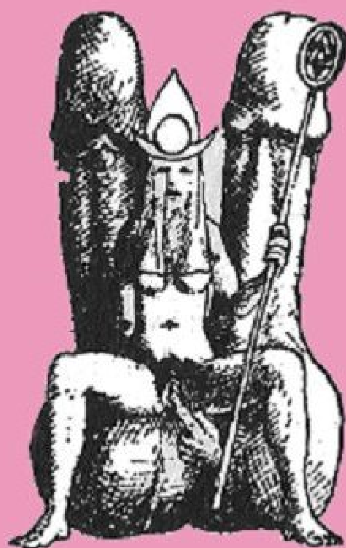
Amor & Tarot

Esteban López



La sonrisa vertical



Extraña historia de amor ésta, en la que el sexo, el placer y el afecto de uno, o de dos, debe pasar a ser poco a poco, inexorablemente, el sexo, el placer y el afecto de todos. Curiosos e insaciables, los protagonistas de esta novela parecen provenir todos de un pasado no muy lejano, de la llamada generación del 68. Es un canto al amor y al orgasmo, y, por lo tanto a la vida, quizás un sueño, en todo caso una fantasía inagotable y apetecible.

La trama de relaciones sexuales, que teje el amor que une al autor a Olivia —su mujer—, a Chantal y a Guy, se ciñe paradójicamente a la fatalidad del azar —como en el Tarot: todo está escrito en las cartas, pero todo depende de cómo se combine—, que conduce a la certidumbre de que el erotismo es la única salida al tedio de lo cotidiano, previsible, soso y rutinario.

De la pareja única y convencional, al trío y a la relación entre dos parejas; de ahí a la orgía comunitaria y, de ésta, al conocimiento privado y colectivo de las llamadas perversiones, hasta, por fin, la gran juerga universal que subvierte todo orden establecido,
Amor & Tarot
es una gozosa utopía, que, no obstante, se hace realidad, para el autor, mediante la escritura y, para el lector, mediante la lectura en todo momento cachonda y divertida.



Esteban López

Amor & Tarot

La sonrisa vertical - 31

ePub r1.0
Titivillus 19.01.16

Título original: *Tarok*
Esteban López, 1972
Traducción: Luis Ogg

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



La emperatriz

El calor agobiante de la sala demasiado caldeada, el espeso olor que despedían los abrigos húmedos, la escasa libertad de movimiento y la desvergonzada estrechez permitían deducir que fuera llovía, que hacía un frío húmedo y que reinaba una cierta incomodidad en medio de un ambiente poco acogedor. No obstante, en busca de discreción y de un instante de cachonda concentración, habíamos preferido la carencia de comodidad a la sala en la que bailaban los demás. Su trasero provocaba en mí cierto olvido fugaz, mientras mi verga trataba de clavarla en la realidad. No lo hicimos tan mal. Su aliento se mezclaba al mío. Y lo que segregábamos juntos y unidos era perfume comparado con la mísera realidad cotidiana.

Aquí, en el guardarropa. En una pequeña habitación convertida temporalmente en guardarropa. Nido emplumado de abrigos ajenos en el que resplandecían sus anchas nalgas como un obstáculo apetecible. Una barrera fácil de superar. Una incitación a pedir más, a saturarse; saturación que ya no era un lujo en un mundo en transformación.

En cierto modo, y ante todo, era un ser humano. Símbolo de un ser humano: una cara, oculta entre el cabello, amorosamente rodeada por sus brazos.

Sus hombros temblaban mientras su tronco se encabritaba. Sus gritos reprimidos habrían podido ser los de su jinete.

Entretanto, yo callaba y concentraba mis fuerzas en una entrega incondicional, semejante a la suya.

Sentí que se corría. Enderezó la cabeza, los brazos extendidos encima del aparador, en el que buscaba apoyo. Sabía que sus labios se abrían en un grito mudo; lo recordaba por experiencia. En realidad, yo tenía los ojos cerrados, atendía a lo que bullía en mí, y empujaba tan a fondo como me era posible.

Su carne llenaba generosamente mi entrepierna. Suave y elástica, temblorosa como un reverbero, buscaba de nuevo su forma original.

Después, todo terminó, definitivamente. Su cuerpo volvió a ser reconocible. Un trasero maduro que había merecido y recibido un buen meneo. Retiré de él mi miembro y lo guardé. Ella se volvió y se bajó la minifalda. Respondí con un guiño a su sonrisa todavía ensoñada.

—Muchas gracias —dijo—. Puedes hacérmelo siempre que quieras.

—Otro día. Ha sido un placer…

Nuestra burlesca formalidad sólo tenía el objetivo de separarnos, de liberarnos del otro con decencia.

—¿Tomamos una copa?

Ni siquiera oí su respuesta. Ya me había vuelto la espalda dirigiéndose hacia la puerta. Para poner fin con elegancia al episodio, la alcancé, le rodeé los hombros con un brazo y la besé con fuerza en la boca. Sus labios eran húmedos y dóciles; así, y no de otro modo, expresaba su indiferencia. Miró amablemente, agradecida a pesar de todo, al extraño que le había hecho un favor. Le cedí el paso para entrar a la sala. Cuando, titubeante también, ella se volvió, me alejé y desaparecí apresuradamente entre las apretujadas parejas.

En la sala presidía el calor que desprendía la gente sudorosa. La atmósfera no era opresiva, ni bochornosa, sino demasiado tensa. Demasiado poco salada, y un poco demasiado agria. Antes, la reunión me había parecido inoportunamente familiar. Reinaba cierta impertinencia latente en la que no quería participar, y de la que sin embargo formaba parte en contra mi voluntad. Conocía a casi todos. El ambiente, el juego compartido, contra el que me había defendido haciendo proposiciones inequívocas a la primera mujer que no conocía o que por lo menos no conocía como amiga. Su afanosa complacencia me había hecho superar lo peor. Acaso tuviera para ella el mismo significado: la huida, tan bienvenida como efímera, de un aburrimiento

que lindaba con la náusea.

De momento, podía volver a soportarlo. La atronadora música del conjunto, que hacía imposible cualquier conversación; el ardor que suavemente se extinguía entre mis muslos; la muchedumbre que me rodeaba, enardecida por el rápido movimiento: ese proceso totalmente mecánico al que llaman bienestar, y que no es más que un simple estar, sin sentir nada en realidad; todo eso me puso insolente. Me divertí con la idea, surgida repentinamente, de cuán estimulante podría ser introducir mis manos todavía olorosas bajo otras faldas y en pantalones ajenos, sin mala intención, sino en un gesto de benefactor impulso. Sobar con centenares de ágiles dedos furtivos los genitales y ponerlos en oportuno contacto mutuo. Salvar el mundo de su perdición con maniobras individuales. Una acción hermosa pero imposible. Mi euforia era demasiado breve para conseguirlo.

Saludando automáticamente a los que me saludaban, dando aquí una mano, tocando allí una mejilla o una nuca, llegué al bar y pedí algo de beber. Un taburete quedó libre. Me subí a él, repentinamente entorpecido por el peso de mi propio cuerpo.

—¡Hola! ¡Cuánto tiempo sin vernos! ¿Cómo estás?

—¿Y tú? —pregunté—. Sí, hace mucho tiempo…

Por mi parte era más que un interés cortés. El comprobar que hacía tiempo que nos habíamos perdido de vista dio lugar a la pregunta. La mano sobre mi rodilla, tan natural como siempre, parecía desmentirlo.

—Hace años —dijo—. Hace ya mucho tiempo.

Su mano lo desmentía. Los dedos siguieron tamborileando más arriba. Era agradable, aunque, de inmediato, no provocara en mí, como antes, una erección.

—¿Qué bebes? —preguntó.

Pedí lo mismo para ella, lo que me valió un pellizco traicionero en el muslo.

—Deja eso —dije—. ¿Joop también ha venido?

—Está aquí. ¿Todavía no lo has visto?

Recordé vagamente haberlo entrevisto, pero, ya que no tenía importancia, me callé.

—¿Bailamos? —propuso, y se deslizó del taburete.

—¿Por qué no?…

La seguí. Se había vuelto más maciza de caderas, pero por lo demás estaba en excelente forma; tenía esa elástica madurez que hace deseables a las mujeres mayores. Se volvió hacia mí y descubrió los dientes. Incisivos sanos y fuertes. Su risa sonó profunda cuando me apreté contra ella. El voluptuoso reconocimiento de algo que, para mí, pertenecía irremediablemente al pasado.

El calor que emitía su pecho no quedó sin respuesta. El cambio de forma, por incompleto que fuera, no le pasó desapercibido. Canturreando la música, se frotó sabiamente contra mi pija.

Traté de distraerla bailando a cierta distancia.

—¿Ves alguna vez a Chantal? —preguntó—. Por casa no se deja ver nunca.

—Acaso no tenga ocasión de visitaros.

—Pero alguna vez podría dar señales de vida.

—Ya sabes cómo son las hijas…

En lo que a mí se refería, eso no significaba nada. El que se sintiera ofendida era problema suyo, que además probablemente entendía mejor que yo. No tenía ganas de chismorrear.

Pareció darse por enterada.

—¿Qué tal tu matrimonio? —preguntó.

—Estamos divorciados.

—¿Hace poco?

Me di cuenta de adónde iba. Trataba de acercárseme por el otro lado, pero tampoco tenía ganas de ofrecerle el trasero.

—Volvemos a vivir juntos.

—¿Por los niños?

—No, por comodidad.

—¿A Olivia también le resulta cómodo?

—No siempre. Puedo llegar a ser muy antipático. Pero a veces nos entendemos muy bien.

Como para demostrarlo, volví a apretarla contra mí mientras bailaba. Mi pija obedeció al gran maestro y me apoyó en mis malas intenciones. Sabía que ella no era capaz

de mostrarse insensible.

—¿Tanto te excito? —preguntó incrédula.

—Sólo cuando me pones nervioso.

Rió; por un instante se pareció muchísimo a Chantal. La hija, igual que su madre, pero yo sabía que no podía ser cierto.

—Siempre has querido a Chantal —dijo.

No lo negué.

—¿Por qué no te la follaste?

—¿Por qué habré follado contigo? —pregunté—. ¿Puedes explicarme eso?

A eso no tenía una respuesta preparada. Estábamos empatados.

Suspiró, asió cuidadosamente mi pija:

—Sigue dura…

Por un instante, dudé de si ceder a su impulso, o no. El guardarropa estaba cerca. Lo que me retenía era su risa de hacía un momento, el desconcertante parecido con Chantal y lo que había dicho después. No el hecho de que fuera la madre, sino que no pudiera ser Chantal.

Me desprendí de ella y volví al bar. Caminó a mi lado. Claro que todavía no habíamos terminado de hablar, aun cuando no quedara mucho que decimos.

Nuestros vasos ya no estaban allí. Puede que alguien los robara. Pedí dos whiskies más.

—Me encanta volver a verte. Apenas has cambiado en todos esos años —dijo.

—Tampoco han sido tantos.

Repasé cuántos eran; sabía que ella también lo hacía. No merecía la pena comparar los resultados.

—¿Cuándo nos vimos por última vez? —preguntó.

No me acordaba.

—¡Hace cuatro años!

No significaba nada para mí. Hacía mucho que todo había terminado entre ella y yo, y nuestra relación nunca había significado mucho para mí.

—¿No quieres acostarte conmigo? —preguntó.

Quería decir follar, pero lo suavizó con este eufemismo

porque temía que la rechazara.

—¿Quieres follar conmigo?

—No aquí —dijo—. En casa…

El eufemismo se había convertido en exigencia. Como sea, pero en camita. No me daba la gana. Mejor sería hacerlo, contra viento y marea, sobre la barra que teníamos delante.

—Acabo de follar —dije—. Prefiero emborracharme.

Hizo como si no lo hubiera oído y miró embobada a la sala. Procuró despistar mirando a la gente hormigueante a su alrededor. Seguro que estaba afectada. Sus rasgos se habían paralizado en una máscara de ojos saltones. Una mujer pálida que miraba fijo con severidad y censura. Nuestra conversación parecía no haber tenido lugar, y probablemente fuera ésa su intención.

Pero no sólo era eso. No era yo la causa de la rigidez que ahora también se extendía a su cuerpo y que la reducía a una cariátide bastante corpulenta, y no menos ridícula, sino que estaba en la sala, en medio de nuestros conocidos que giraban y saltaban.

Allí, encima de una mesa, un hombre se desnudaba lentamente. Un artista de *striptease* indolente, concentrado en sí mismo. Tan sólo vestido con su ropa interior, dejó de lado la debida decencia. Su miembro abombaba el slip.

Se bajó el slip y empezó a masturbarse metódicamente.

Sentía que la gente a sus pies quedaba boquiabierta pero que nadie le envidiaba. De todas formas, no parecía importarle demasiado. No podía distinguir la expresión de su rostro, sólo adivinarla, y sentía cómo mi cara trataba de imitar la suya. El asomo de una sonrisa lasciva, solapada, que no perdonaba nada ni a nadie.

Era mi viejo amigo Joop, el marido de mi interlocutora. El padre de Chantal: el mirón que se superaba a sí mismo.

Ni siquiera se dio cuenta de que el revuelo que había causado ya había amainado como el viento. El baile simplemente continuó, mientras él estiraba y apretaba aquello con mayor violencia de la que en realidad podía resultar agradable.

Para no dejarlo totalmente solo ante su creador, empecé a

aplaudir.

Me pareció simbólico verla a ella, sentada a la barra, mirando petrificada cómo su marido se masturbaba, pero sobre todo el hecho de que no aplaudiera, sino que simplemente dejara colgar el rabo. Nunca la había visto de otro modo. Casada, pedante y sólo dispuesta a todo cuando quedaba fuera de tiro.

Sería injusto con ella si no criticara a su marido. No era mejor ni peor que ella. Mi prójimo. En cierto sentido, mi propia imagen, siempre a la espera de ser engañado y de engañarse a sí mismo. La única diferencia importante entre nosotros, también antes, consistía en que yo era diez años menor que él, por lo que fácilmente podía medirme con él. A los ojos de ella, él ya había cometido todos los errores; yo, en cambio, todavía tenía que afirmarme a mí mismo. Además, para él, ella había perdido ya casi todo su atractivo, mientras que, para mí, por fin, empezaba a tenerlo. El que nos espiara por el ojo de la cerradura la excitaba especialmente. ¿Veía él cómo podía ser, cómo había sido, cómo nunca volvería a ser? ¿Acababa también él en nuestro punto culminante?

Su mayor equivocación fue probablemente el no hablarlo nunca. Parecía tan fácil dar la vuelta al pomo y entrar desnudo en el dormitorio, tal como estaba en aquel instante. Nadie podía saber lo que habría pasado. Y nadie lo sabría jamás. Ahí estaba el dilema: el miedo a saberlo y, por otro lado, el temor impotente y la certidumbre de no llegar a saberlo nunca. Quién hubiera podido entenderlo mejor que yo, que la hacía montar sobre mí, el triángulo bien abierto hacia la puerta, que prefería la revelación cuidadosamente preparada al pequeño esfuerzo de levantarme con rapidez y pedirle cortésmente que se uniera a nosotros.

En cambio, yo me concentraba en la inseguridad que irradiaban los ojos de ella, en el velo que parecía caer sobre ellos y tras el cual sus dudas se diluían en algo que ella tomaba sin duda por entrega y ofrenda, hasta que yo mismo tenía que darme por vencido, sin tener en cuenta ya al

chapucero que se salía o no con la suya detrás de la puerta, todavía cerrada. Lo cierto es que no era muy conmovedor, pero sí muy relajante.

Vistos más de cerca, Joop y Nelly eran agradables, serviciales; como yo, tenían sus problemas, pero apenas importunaban con ellos a los demás. El que se concedieran mutuamente algo de libertad no tenía nada de malo. No había que envidiar el sol de los demás. Mi lascivia untaba sus grietas y, al fin y al cabo, no jodía con Nelly por sacrificio: compartíamos placeres. Servicios mutuamente ofrecidos con mucho gusto, tras los que el tercero, hecho el trabajo, se retiraba pronto. Huía…

Sería necio afirmar que yo sufriera por ello, aunque no siempre fuera inasequible a la compasión. A Nelly le gustaba llorar sus penas conmigo, en los entreactos. Por lo general, no era demasiado grave, a veces parecía buscar un acercamiento que no podía satisfacerse tan sólo con besos y caricias.

Su principal preocupación era su hija Chantal, de quince años. A sus ojos, una jovencita que empezaba a ser adulta. Una escolar sabihonda que miraba de reojo a sus padres. Así, por lo menos, lo intuía Nelly. Le costaba verbalizarlo, pero, aun así, yo podía entenderlo, aunque apenas prestara atención a la hija.

—Sabe que siempre vienes.

—Me ve ir y venir.

—Sí, pero sabe lo que haces aquí.

—¿Se lo has contado tú?

—No, pero sé que lo sabe.

No necesitaba preguntar por qué lo deducía. Los estados de ánimo de Nelly variaban demasiado claramente cuando la visitaba. Traté de imaginarme a Chantal y observé que no lo conseguía. Su madre estaba a mi lado, tendida de espaldas, y se preocupaba. Por mucho que me esforzara, no conseguía retener la imagen de su hija. Me resultaba notable, pues hacía apenas una hora la había visto abandonar la casa con la cartera bajo el brazo, saludándome de pasada sin prestarme especial atención.

—¿Chantal te ha comentado algo?

—No, ni una palabra. Nunca dice nada.

—¿Te lo ha hecho notar de algún otro modo?

—Tampoco, pero sé seguro que lo sabe.

—¿Y qué más te da?

A mi lado siguió el silencio. Demasiado silencio. Me volví de lado y miré a Nelly. Estaba llorando.

—¿Por qué no se lo dices?

La pregunta me pareció tonta, pero no tan tonta como para no hacerla.

—No puedo decirle que folio contigo…

—¿Por qué no, si en tu opinión ya lo sabe?

Otra vez silencio, esta vez sin lágrimas. Joop no estaba. No había nadie detrás de la puerta. Lina idea tranquilizadora.

—Tú tampoco se lo dices a tu mujer —dijo Nelly.

Me pregunté cómo se le había ocurrido. Por otra parte, su observación era cierta. Nunca había pensado que mereciera la pena contárselo. Acaso me había equivocado.

—En mi opinión, te preocupas por nada —dije—. En tu lugar, esperaría tranquilamente hasta que tu hija te preguntara, y sólo entonces le diría la verdad.

—¿Crees, pues, que he de decirle la verdad?

Francamente, no estaba tan seguro de ello, pero pensaba en Olivia y tenía ahora mi pequeño problema particular.

Por eso, empecé a jugar con los pezones de Nelly, justo a mi lado. Cuando sopesó mis testículos en su mano, aposté a que no los encontraría demasiado ligeros, y, como siempre, tuve razón.

Estos pequeños acontecimientos me llevaron, sin embargo, a reflexionar por qué visitaba una y otra vez a Nelly. No había nada que me turbara, pero tampoco nada que me impulsara, ni siquiera la curiosidad. No me volví curioso hasta que me pregunté por qué no tendría que hacerlo. Entonces, me turbé, incluso me irrité. Evidentemente me resistía a la idea de tener que romper con una costumbre agradable.

Pero tampoco podía deshacerme de ella tan a la ligera. Hubo enfados, aunque jamás llegaron a malentendidos o disgustos serios. Lo extraordinario era que mi enfado apenas

tenía que ver con Nelly y Joop. En realidad, ellos estaban al margen de todo. Si alguna vez la amaba con más furia de lo que le gustaba, si la pellizcaba hasta causarle morados, mis actos no iban dirigidos personalmente contra ella. Por eso lo soportaba como una manifestación más de la pasión, aun cuando era exactamente lo contrario. Mientras no la pegara, no protestaría seriamente.

Como tampoco Joop protestaría jamás. Acaso el móvil para mis visitas fuera la libertad que se me ofrecía de ser inconsciente e incomprometidamente yo mismo. Un yo-mismo predominantemente indeterminado. Un jodedor caprichoso.

Lo que me molestaba, cuando no estaba con ella, era no poder hablar de ello con nadie. Por una parte, era demasiado nimio, por otra demasiado personal, demasiado subjetivo.

¡Pero basta! Mis costumbres en aquella época tenían tan poca importancia que no podían influir en lo que ha ocurrido realmente en mi vida. Incluso cuando, más tarde, mirando atrás, se trataba de acontecimientos que sólo adquirieron cierto significado después, y, aun entonces, sólo como un marco.

No era el fondo, sino el ambiente lo que me interesaba.

Un ambiente en el que mi relación con Joop era amistosa. Nos tratábamos con familiaridad. Él apreciaba el que yo le dejara mirar secretamente, que incluso se lo facilitara. Claro que no lo mencionaba; ya no habría tenido aliciente, pero, después de joder con su mujer, siempre se mostraba más cordial que antes.

También reconocía honestamente que su interés iba más allá de Nelly; mucho más allá, aunque en dirección contraria; de regreso a su época escolar. Sabía hablar con sinceridad y franqueza de lo que le importaba.

—Nelly no lo entiende —decía—. Las chicas me resultan mucho más atractivas. Y mucho más peligrosas.

—¿A qué llamas chicas?

—Catorce, quince. Todo lo más dieciséis.

—¿Como tu hija?

La pregunta le pareció algo impertinente, pero no la

esquivó.

—Las amigas de mi hija —precisó.

—¿Y cómo estás con tu hija?

—Es complicado —dijo—. Muy complicado.

No entendía qué quería decir con ello. También ahora intenté imaginarme a Chantal. Me asaltó el vago deseo de prestarle mayor atención la próxima vez, especialmente a sus encantos, precisamente a aquello que la hacía difícil para él.

—¿No te entiendes con tu hija?

—Oh, sí, estupendamente.

Después de que Nelly me hubiera confiado sus preocupaciones acerca de Chantal, pregunté a Joop qué le parecía. Para mi asombro, se asustó.

—¿Crees que lo sabe realmente? —preguntó.

—Nelly está convencida. Tu hija tiene ojos en la cara.

Me encogí de hombros. Todo me parecía tan evidente que no entendía cómo se había convertido repentinamente también para él en un problema.

—¿Le has notado algo?

—¿A quién?

—A Chantal.

—Nunca hablamos de esas cosas…

De modo que tampoco podía ser tan buena la relación entre él y su hija, a menos que Chantal misma nunca se ocupara de «esas cosas», lo cual yo dudaba.

—Me sabe mal crearos dificultades —dije.

—No nos creas dificultades.

—Entonces, ¿por qué te parece mal que Chantal lo sepa?

—No sé si me parece mal —dijo—. Lo que pasa es que nunca lo he pensado. Hablaré con Nelly…

Así que se propuso tener unas palabras con su mujer. Sin duda, una conversación difícil. E inútil, supuse yo.

Después, ya no volvió a hablarse del asunto durante mis visitas. Yo ya no sentía curiosidad. Su vida familiar no me importaba. Pero había despertado definitivamente mi interés por Chantal. La veía pocas veces. Parecía rehuirme, pero igualmente podía ser su indiferencia la que impedía un acercamiento.

Nuestros caminos se cruzaban cuando ella entraba en una habitación que yo en aquel instante dejaba y, cuando yo me quedaba y ella salía, trataba de verle la cara. Nunca lo logré del todo. Me acordaba sobre todo de su espalda y de la parte posterior de sus piernas.

Evidentemente, me había visto venir. Antes de que pudiera tocar el timbre, abrió la puerta. Mientras retrocedía un paso, me miró profundamente, casi suplicante.

—Quisiera hablar un momento contigo —dijo. Su voz sonaba ronca de excitación.

—¿Algo serio?

—Para mí es importante…

Ya que me franqueaba el paso, crucé delante suyo y lo esperé en el pasillo. Cerró la puerta y se me acercó.

—¿Adonde? —pregunté.

Joop se aclaró la garganta, miró alrededor como si la casa fuera demasiado pequeña para lo que quería confiarme.

—¿En mi estudio? —propuso—. Allí podemos hablar sin que nos molesten.

Lo seguí arriba, a la buhardilla que consideraba su estudio. Parecía más bien la habitación de un estudiante. Un revuelo negligente que la criada tenía prohibido tocar.

Despejó una silla para mí y se sentó en el borde de un camastro deshecho, acaso desde hacía días.

—Ha pasado algo terrible —dijo Joop.

—¿A quién?

—A mí… A Chantal y a mí.

Esperaba lo peor, a pesar de no saber qué era ni de que tampoco me importara mucho.

—Chantal lo sabe todo —dijo Joop.

—¿De Nelly y yo, quieres decir? —mi pregunta me pareció absurda.

—No, de mí.

Su respuesta sonó igualmente absurda. Lo miré para indicarle que esperaba una explicación. Por lo menos una aclaración.

—Se trata de Thea, ¡Thea!

—¿Quién es Thea?

—Una amiga de Chantal. Una chica… —su mirada suplicante apelaba a mi comprensión, sobre todo a mi paciencia—. ¡Una preciosidad! Estoy convencido de que está enamorada de mí. Esta noche he estado con ella en el cementerio.

—Y, por todos los santos, ¿qué se os había perdido en el cementerio?

—Ella lo quería así. Se había citado allí conmigo. ¡Ay!, no te lo puedes imaginar. ¡Qué preciosidad! Tiene las piernas largas, y esos muslos delgados y musculosos. Lleva siempre las faldas tan cortas que se le ven las bragas. Apenas tiene pechos todavía, pero su raja es tan cachonda; ¡hombre!, no te lo puedes ni creer.

—Claro que te creo. Pero ¿qué ha ocurrido?

—Tenía que encontrarme con ella en el cementerio. Eso habíamos acordado. Con la luna llena. Y había luna llena, maravillosa. La esperaba en el portal. Me dio la mano y fuimos por la alameda.

—¿Qué te dijo?

—Soltó una risita. ¿Qué otra cosa esperabas? Si todavía es una niña. Claro que también tenía un poco de miedo y lo encontraba bastante horripilante. Pero apenas se le notaba, a la muñequita. Hombre, mi pito estaba tan duro que casi tropezaba con él. Me detuve para besarla y le metí la mano en la braga. Su raja estaba toda húmeda.

—¿Llevaba la falda corta?

—No, un impermeable. Y debajo sólo un camisón, y esa braga…

Se entretuvo unos segundos con el recuerdo que había evocado. Con los ojos relucientes y, sin duda, como yo, con la pija dura, volvía a disfrutar de su escapada nocturna. Pero, entonces, su mirada se nubló. Pensaba evidentemente en algo penoso. Sus ojos adquirieron una expresión turbia. Casi perruna.

—Sigue —le dije.

—Ella conocía el camino, sabía adonde quería ir. Después,

caí en la cuenta de que me llevaba en una dirección determinada. Tenía prisa, eso lo notaba, y creía saber por qué. También yo la deseaba. Tomamos un sendero lateral y llegamos a la zona antigua del cementerio. Piedras erosionadas, cubiertas de musgo, cruces torcidas, estatuas y templetes de brillo lechoso a la luz de la luna. A la sombra de uno de estos templetes se detuvo y señaló un sepulcro inclinado delante nuestro. Se subió a él de puntillas, se volvió hacia mí triunfante y separó los muslos. Yo me bajé los pantalones y me acerqué a ella con el miembro en la mano. Sólo veía su hoyo.

Joop calló. Pero no era la excitación lo que le dominaba. Más bien tuve la sensación de que la historia terminaba ahí, o tomaba un giro sorprendente que contrastaba radicalmente con lo que había contado hasta entonces.

—Cuando estuve muy cerca de ella, inclinándome sobre ella, oí un crujido detrás de mí, al que siguió un silbido bajo, penetrante. Thea devolvió el silbido agudo. Asustado de muerte, salté a un lado y me volví. Ante mí, había una figura blanca con los brazos extendidos. Parecía tener alas. Me miraba y flotaba hacia mí.

—¡Anda ya! —dije riendo—. ¿Desde cuándo crees en fantasmas?

—No —murmuró—. Era Chantal. Había acordado con Thea que haría de fantasma y nos pillaría.

—¿Qué hiciste?

—Me fui corriendo con el culo al aire.

Me costó un gran esfuerzo reprimir la risa.

—¿Qué debo hacer ahora? —preguntó—. ¿Lo sabes tú?

No podía decírselo. No tenía sentido preguntarle si lo había hablado con su hija. Nunca se habría atrevido, y ella no podía haber expuesto con mayor claridad su punto de vista. Por eso, me levanté, pues me di cuenta de cuán asfixiante era el aire de la buhardilla y sentí que abajo me esperaban. Aquella noche, no miraría por el ojo de la cerradura.

Nelly estaba sentada ante su tocador, aparentemente sin

objeto. En cuanto entré tuve la impresión de que también a ella le ocurría algo.

—Siéntate —dijo en tono neutro—. He de hablar contigo.

—¿De qué?

—De Chantal, de mi hija.

Me senté en el puf. Después de la buhardilla, el dormitorio resultaba imponente: una habitación fresca en la que podían hacerse cosas. Me miró en el espejo, inquisitiva, casi clínicamente, como si acabara de tomar una decisión que también me atañía a mí.

—Chantal debe desaparecer un par de meses de aquí —dijo—. No tengo ganas de explicarte por qué. Pero sería mejor para ella. Dentro de una semana empiezan las vacaciones. ¿Vosotros volvéis a ir a Provenza?

—Sí, eso pensamos hacer. ¿Quieres que me la lleve?

—¿Podrías preguntárselo a Olivia?

\—Seguro que Olivia está de acuerdo.

—Estupendo —dijo Nelly—, así que esto está claro.

Fue hacia la puerta y llamó en voz alta a Chantal.

Se abrió la puerta y entró Chantal.

—Chantal —dijo su madre—, Igor pregunta si tienes ganas de ir con ellos a Aix. Por mí puedes ir, pero ¿qué te parece a ti?

La muchacha nos miró. Primero, su cara permaneció imperturbable. Luego, esbozó una sonrisa que pasó a ser radiante. Tal como estaba, tenía yo todo el tiempo del mundo para observarla: los pequeños pechos puntiagudos, el largo pelo rubio, los ojos azul claro, el vestido verde que se tensaba en las caderas, los muslos redondos que aparecían por encima de los largos calcetines rojos.

No tenía más que confirmar la mentira de su madre para hacerla veraz.

Los enamorados

Lo que más tarde recordaría por encima de todo serían los olores. La peste de los tubos de escape y de la gasolina. El bosque oloroso después de un chaparrón veraniego. El perfume dulce y embriagador de Olivia, o el olor, más íntimo, de algas secándose al sol. Mi propio olor a sudor y a almendras amargas. Cuanto más nos íbamos al sur, más se convertía en un conjunto de aromas que se confundían y que, sin embargo, mantenían su propia personalidad.

Uno de ellos era nuevo, inexplorado todavía. Tenía un nombre: Chantal. Invitaba a un conocimiento más cercano, cosquilleaba el olfato.

Era fresco y claro y un poquitín picante. Desde el principio, Chantal y Olivia se entendieron perfectamente. La chica, a punto de convertirse en mujer, y la mujer que volvía a ser chica. Dos pollitas en el asiento trasero del coche, que confabulaban para tomarme el pelo, hacían planes para entretener el viaje y sostenían conversaciones serias sobre su época escolar.

Yo lo vivía desde el asiento delantero y no me sentía excluido. La presencia de un tercero es más cómoda. Olivia se mostraba alegre, incluso atrevida. No me costaba responder a su ternura con achuchones. Le gustaba sentir una mano resbalando de un hombro a un pecho, subiendo rodilla arriba, separándole o no suavemente las nalgas, según su estado de ánimo. Chantal hacía como si no lo viera o miraba con atención, matizando su curiosidad mediante la burla.

Nuestra llegada a Aix, el final del viaje de ida y la casa de campo que unos amigos nos habían dejado se convirtieron, gracias a Chantal, en una aventura excitante. Volaba por la casa, emitía grititos cuando encontraba algo extraño o cómico, típicamente francés o foráneo, admiraba llena de entusiasmo la vista desde la ventana. Su animación era contagiosa, y ya por entonces me preguntaba si no estaría

enamorándome de ella.

Comparada con ella, Olivia era algo más reposada. Deshizo las maletas, inspeccionó la cocina, arregló las cosas. Chantal y yo intercambiamos nuestras primeras impresiones y sensaciones.

Cuando hubo que hacer compras, porque aún faltaba esto o aquello para nuestra comodidad, me acompañó a la ciudad. Parloteaba sin parar de lo que veía por el camino y sólo callaba para escuchar mis respuestas a sus preguntas.

—¿Olivia sabe lo tuyo con mi madre?

Había hecho la pregunta sin transición perceptible.

—Sí, se lo he contado.

—¿No tenéis secretos el uno para el otro?

Dudé ante la respuesta, tenía la sensación de que mucho dependía de ella.

—Perdón —dijo.

—No importa que lo sepas. No había motivo para mantenerlo en secreto. Olivia no es celosa.

—¿Y tú te lo crees?

Me miró con grandes ojos serios, sin sombra de dudas, interesada realmente en la verdad.

—No lo sé —dije—. Creí que tenía que decírselo.

—¿Porque he venido con vosotros?

—Sí.

Reflexionó sobre ello. No conocí el resultado de sus pensamientos. Su atención volvió a dirigirse hacia afuera. Hicimos la compra. Las tiendas le parecieron excitantes, y festivas las terrazas de los cafés llenas de gente, y mostró todo su entusiasmo deteniéndose en todas partes, de modo que no volvimos hasta horas después.

Ya oscurecía. Tal como iba sentada a mi lado, en el coche, callada, ensimismada, tuve ganas de detenerme y de abrazarla. Combatí ese acceso, traté de encontrar un principio fundamental que se le opusiera. No lo logré, pero me permitió salvar el viaje de regreso.

Olivia había improvisado una comida. Estaba de buen humor. Después de la comida, nos entregamos a la modorra de haber-llegado-por-fin y se acercó la hora de acostarse. Las

camas estaban hechas. Nosotros dormíamos abajo, Chantal arriba, bajo el tejado. Nos deseamos buenas noches. Chantal nos saludó desde la escalera.

—Puede que quiera un beso de buenas noches —dijo Olivia poco después—. ¿Se lo das tú, o lo hago yo?

Con mucho gusto me hice cargo de esa tarea.

Chantal estaba tendida de lado, desnuda, la cara vuelta hacia mí. Tenía los ojos cerrados, a pesar de que, sin duda, me había oído llegar.

Su mano señalaba inequívocamente su bajo vientre y —no me equivocaba— su índice se deslizaba rítmicamente de un lado a otro, dentro y fuera, dentro y fuera de su estrecha vagina.

El espectáculo era tan sobrecogedor como elegante.

Abrió los ojos y me miró seria. Alzó su dedo, lo miró ensoñada, lo olió y lo lamió.

Yo estaba como una estatua. La estatua de un héroe aparentemente fiel a sus principios y, por eso, indeciso.

Ella no me perdió de vista, me tendió el dedo.

—¿Quieres lamer un poco? —preguntó.

Tuve que confesarme a mí mismo que Chantal me había desconcertado y que ella lo sabía, que lo había hecho aposta. No di el beso de buenas noches. Tampoco le hablé a Olivia del dedo, a pesar de que el gesto en sí era lo bastante inocente y grotesco. En el último momento, me salí airoso dando a mi desconcierto un giro ingenioso.

—Por lo que veo, te las arreglas muy bien sola…

A modo de respuesta, arrugó los labios y me lanzó un beso.

Después de esa absolución, pude volver al lado de Olivia.

Pero Chantal me había arrancado algo: discreción. Me pregunté por qué no se lo contaba a Olivia. No era difícil hallar una respuesta.

Chantal me había transferido su propia inseguridad, con lo que me había ligado a ella. Me ató como si nada.

En otras palabras: estaba enamorado de ella.

Me preguntaba qué habría ocurrido si efectivamente hubiéramos estado a solas, sin Olivia, abajo. Desde este punto de vista, mi silencio tenía un regusto cobarde, lo cual me enamoraba todavía más. Esa noche jodí con Olivia con una pasión y una entrega que la hicieron correrse una y otra vez, mientras yo me quedaba en suspenso y me agarraba como un ahogado a cada estremecimiento que podía arrancar de su cuerpo y del mío. Cuando sus leves gemidos se convirtieron en gritos, me sentí al mismo tiempo avergonzado y sediento de venganza. También yo sabía arreglármelas solo.

A la mañana siguiente, la deslumbrante paz del bosque, las trémulas telarañas, el rocío y el rostro recién lavado y pletórico de salud de Chantal me devolvieron a mí mismo, pero sin drama, más bien como una evidencia. Me alegró verla. También me alegró que Olivia tuviera un aspecto tan satisfecho y feliz.

Chantal me miró con candidez. Yo guiñé el ojo. Ella sonrió. Vista por encima, la situación no parecía haber cambiado fundamentalmente. El secreto del dedo sólo condujo a una mayor familiaridad en el trato, lo que también habría podido lograrse por otros medios. ¡Claro que retozaba con Chantal! No era de extrañarse que nos empujáramos juguetonamente o que corriéramos juntos por el bosque. A Olivia no le costaba esfuerzo alguno tomar parte en nuestros correteos. Ella y Chantal volvieron a ser como chicas de una pandilla. Pero, en presencia de Chantal, yo reaccionaba menos espontáneamente a las ternuras y caricias de Olivia. No me sentía observado, sino acechado. Tenía la impresión de que se esperaba algo de mí que, de momento, no podía precisar. La reflexión de que sólo me lo imaginaba, de que Chantal le era igual en la medida en que esperaba de mí otra reacción, me hacía todavía más quisquilloso y retraído.

Los días calurosos, Olivia iba desnuda por la casa. Chantal siguió pronto su ejemplo, aunque se dejó puesta una braga. Yo me limité a ir con el torso desnudo. Las diversas gradaciones de desnudez ilustraban claramente lo que ocurría en realidad, aunque también podían interpretarse de otro modo: la mujer no tenía secreto alguno para la chica, la chica

ocultaba su castidad y el hombre la respetaba. La última explicación no era, sin duda, la mejor, pero parecía la cierta y, por lo tanto, irrebatible. Mientras tanto disfrutaba de los pechos firmes y pequeños de Chantal, de sus pezones rosas, siempre duros, de las formas y redondeces intocables por su nitidez. No se le escapó mi mirada de admiración. No dejaba de hacer nada que pudiera favorecerla.

Caí en la cuenta de que me acostumbraba rápidamente a esta situación. Era receptivo a los aspectos estéticos. Ambas mujeres eran atractivas, contrastaban de un modo que excitaba levemente la fantasía. Además, Olivia me prestaba más atención, se hizo más coqueta y me amaba con mayor intensidad. En sus brazos, me entregaba al éxtasis.

Sin embargo, no siempre la ilusión era tan perfecta. La estimulante excitación podía convertirse en irritación. Chantal tampoco era perfecta. A veces se portaba mal, se quejaba, se mostraba en actitudes menos favorecedoras, angulosa y carente de gracia. Olivia tenía tendencia a mimarnos y a hacernos de madre. Comprobé que, en esos casos, carecía de humor y de la sociabilidad necesarios.

Pero, al día siguiente, el escenario podía reconstituirse y volver a ser hermoso. Los errores se corregían y las cosas volvían a su sitio. Todo lo más tenían como consecuencia una mayor benevolencia, una simpatía más confesada.

En ese estado de ánimo, también Olivia y yo volvimos a ponerlo todo en su sitio. Nada más fácil. No tenía más que sonreírle, agarrarla y echarla de espaldas sobre la cama. Entonces, teníamos que esperar un poquito hasta que Chantal fuera tan amable de percatarse de nuestro deseo y desaparecer.

Un día en que había vuelto a montar a Olivia de ese modo, mientras nos poníamos mutuamente cachondos, a la vez calentándonos y reprimiéndonos lascivamente, se abrió la puerta y entró Chantal. Me detuve y esperé a que se disculpara por haber olvidado algo, subiera y desapareciera; pero no. En el marco de la puerta, permaneció en silencio.

Me enderecé sin abandonar mi montura, y me volví. Ahí estaba, las manos dobladas sobre el vientre. Sus ojos azules

miraban como hipnotizados. Me pregunté si nos veía, o nos reconocía.

Olivia se movía intranquila debajo de mí. Yo le tapaba la vista. La raja de Olivia pellizcaba mi pija.

—¿Eres tú, Chantal? —preguntó adormilada.

La situación se volvió insoportable, a menos que ella quisiera dejar de follar, lo cual estaba bien lejos de mis intenciones. De modo que me enfadé.

—¿Por qué te quedas ahí, embobada…? ¿Por qué no vienes?

Abrió la boca. No estaba claro si estaba asustada, o si se armaba de valor. Sus ojos perdieron aquella expresión fascinada, dejando paso a la duda. Repetí mi invitación, ahora más relajado, más amable.

—Ya me gustaría —dijo Chantal—, pero no sé cómo.

—Es muy sencillo.

—No, no lo es —dijo ella.

—¿Tú qué crees, Olivia?

Retiré cuidadosamente mi pija y me deslicé de las caderas de Olivia. Parecía trastornada, pero pensativa.

—La única en saberlo debe ser Chantal —dijo—. Debe decidirlo ella.

Y Chantal decidió. Retrocedió. Su rostro estuvo indeciso hasta el último momento. Creía que había retrocedido sólo para adelantarse con mayor firmeza. Sin embargo, sonrió, triste y cohibida, se giró y cerró la puerta tras de sí.

Olivia me miró pensativa cuando volví a atraerla hacia mí, pero no se resistió. Poco después se corrió, sin decir ni pío.

Olivia y yo habíamos hablado de ello con cierta discreción y precaución. Yo le había contado lo del dedo índice y ella preguntó burlona qué me había impedido lamerlo. También me había preguntado qué me proponía hacer. Contesté que no era glotón y afirmé no haber llegado todavía a decisión alguna. La postura de Chantal tampoco era tan inequívoca. La burla de Olivia dejó paso a la preocupación.

—No olvides que todavía es muy joven —dijo Olivia.

Yo le conté el episodio del cementerio y ella se rió mucho. En el mismo instante, me di cuenta de que, si bien había hablado a Olivia de mi relación con Nelly, no había mencionado ni por un momento las actividades de Joop como mirón, ni en qué medida yo era cómplice. También entonces, callé. No porque me avergonzara, aunque me parecía bastante mísero, sino porque prefería con mucho que Olivia siguiera viendo en mí al seductor y no al engañado.

—En primer lugar, Chantal es una chica maleducada y cachonda.

Olivia no pudo negarlo.

—¿Crees que está enamorada de ti? —preguntó.

—Eso espero.

—Y tú, ¿estás enamorado de ella?

—Quisiera follármela, si te refieres a eso.

Podía imaginárselo muy bien. Aunque no se atreviera a entrar en más detalles, creí poder deducir de su conducta que mi confesión no le sorprendía. Pensé que no podía esperar de mí que le pidiera permiso.

—¿Qué te parece Chantal? —le pregunté a Olivia.

Su respuesta sí me sorprendió.

—Me gusta —dijo—. Me gusta mucho. Una chica muy guapa y muy cachonda…

Reí. Ella rió conmigo. Puse la mano sobre su conejo, se lo sobé, dejé que se enroscara entre mis dedos. Se acercó a mí y empezó a acariciarme la nuca. Uno de mis dedos se deslizó adentro, le siguió otro. Su clítoris quedó suavemente atrapado entre los dos.

Aunque su otra mano me abriera la bragueta y endureciera pronto mi miembro, nuestra entrega sólo fue condicionada.

Faltaba por averiguar a qué condiciones me refería.

Tras haberme confesado a mí mismo y a Olivia que estaba enamorado, terminó mi sosiego. Ya no servía de nada la autocomplacencia. Ni las dudas. No obstante, estaba obligado

a adoptar una actitud expectante. En realidad, era Chantal quien me obligaba a ella. Su desafío me daba derecho a hablarle de ello, pero evidentemente ella lo percibía y se retraía. La observaba sin parar. Mis miradas eran inequívocamente las de un hombre enamorado. Mi mano temblaba cuando le alcanzaba algo. Cuando me rozaba, fugaz como una mariposa, me recorría un escalofrío. Para no comportarme ante sus ojos como un completo idiota, me empeñaba a veces en sostener una postura rígida e inflexible. Ella no reaccionaba. Cuando yo no tenía ganas de algo, o le negaba algo tajantemente, se dirigía a Olivia, y entonces no me quedaba más remedio que aceptar lo que ellas decidieran.

Olivia se comportó con toda lealtad. Incluso parecía sentir cierta compasión por mí. Supo aceptar perfectamente mi desamparo, aunque acaso lo hiciera con cierta malicia. Su lealtad me ahorraba a mí la molestia de tener que compadecerme de mí mismo, lo cual, sin embargo, sí hacía, aunque, gracias a ella, con mesura. Del seductor no quedaba mucho, aunque puede que, entretanto, el amante progresara. Yo me empeciné en no descubrirme y busqué mi salvación en follar con Olivia. Su candidez tampoco era tan altruista. El que, en ese punto, la entendiera, acaso mejor de lo que lo hiciera ella misma, mantuvo en alto mi auto-estima y me reveló incluso lo humorístico de nuestra situación. Pero no por ello disminuyó mi enamoramiento.

Por fin, me decidí a hablar con Chantal. Un rechazo claro habría sido penoso, incluso injustificado, por su parte, pero aclararía mi estado de ánimo. Esa situación no podía durar eternamente.

Ahora se me presentaba la tarea de encontrar el momento y la ocasión adecuadas. Un encuentro con Chantal sin intromisiones sólo era posible de día, durante un paseo por el bosque. Hacía días que no habíamos estado a solas. Se portaba con demasiada compostura como para salir corriendo conmigo. No me quedó otra solución que invitarla expresamente a acompañarme.

—¿Vienes a pasear conmigo?

—¿Qué dices, Igor?

—Te he preguntado si tienes ganas de venir a pasear conmigo.

—¿Ahora?

No contesté. Chantal miró a Olivia, quien estaba tendida en la cama, leyendo.

—Id vosotros. Yo me quedo en casa.

Chantal se levantó, se puso un vestido verde. No los tejanos ni la blusa blanca. Estaba lista y me miró impaciente, como si yo estuviera perdiendo el tiempo.

—Hasta luego, Olivia —dije.

Olivia parecía estar concentrada en su lectura.

—¡Adiós! —gritó Chantal, y me siguió afuera.

Caminamos el uno junto al otro, cada uno inmerso en sus propios pensamientos. En el bosque hacía calor. Chantal iba dando patadas a los rebordes del camino. El sudor de mis axilas empezó a picarme. Al parecer, Chantal no tenía tanto calor. Sus brazos y piernas desnudos brillaban frescos, las hojas dibujaban en ellos formas caprichosas y cambiantes.

—¿Adónde quieres ir? —preguntó, no precisamente displicente, pero sí como si le diera igual.

—¿Adónde quieres ir tú?

No pareció escapársele el tono cargado con que lo había dicho.

—Quiero hablar contigo —dije.

Seguimos caminando. El bosque estaba silencioso. No cantaba un solo pájaro. Chantal se movía con mayor rigidez de la que era costumbre en ella. Ponía un pie delante de otro, mirando fijamente ante sí.

—Seguramente me encuentras aburrido —dije.

—Yo también soy aburrida…

—Quisiera explicarte por qué soy aburrido.

—Hablemos de otra cosa…

No quería escucharme. Por eso volví a callar.

—Sí, eres aburrido —dijo Chantal.

Me detuve para empezar la discusión.

—¿Por qué no nos sentamos en algún lado? —propuso.

Dejamos el camino y llegamos a una cantera abandonada. Un pequeño valle sombrío, cerrado por tres lados por

escarpas de arenisca.

Chantal se quitó el vestido por la cabeza, se bajó las bragas. Puso un pie delante del otro, cruzó los brazos tras la espalda y me miró.

—¿No te quitas los pantalones? —preguntó.

La obedecí aprisa. Observó interesada mi erección y se tendió. Me senté a su lado. Un tallo marchito de hierba me hacía cosquillas en el trasero. Aparté un poco el agujero.

—¿A qué esperas? —preguntó.

Mi pija se ablandó. Sólo esperaba que no se diera cuenta. Me sentí asediado por ella, así que intenté besarla. No abrió los labios, pero se volvió hacia mí. El múltiple contacto de su piel me electrizó. Mi pija levantó la cabeza y volvió a dejarla caer. La apreté fuertemente pero no sirvió de nada.

—¿Tanto miedo tienes de que nos vea Olivia? —susurró.

La solté y me levanté de un salto, miré alrededor como un loco y pensé en el episodio del cementerio. En lo alto de las rocas empinadas había árboles. El cielo, encima, estaba azul; por donde habíamos bajado crecían arbustos. Un cuervo voló chillando por encima de nuestro valle. Con excepción de nosotros no había nadie.

Mirando abajo vi que se reía de mí. Primero en silencio, luego a carcajadas. Estaba tan alegre que me resultó imposible transformar mi vergüenza en cólera o decepción. Pero no conseguí reír con ella.

Se dominó, se arrastró hacia mí y se levantó, apoyándose en mi pierna. Su cara subía a lo largo de mi muslo. Antes de que su boca la hubiera alcanzado, mi pija se adelantó por su mejilla. Por encima de las rodillas, el cuello estirado, tomó el glande entre los labios. La punta de la lengua estableció contacto.

Chupaba mansa como un corderito.

Incrédulo todavía, me dejé hacer. Pero resultaba demasiado y, a la vez, demasiado poco. No quería más, sino todo. Mis manos rodearon su cabeza y la obligaron a soltarme con cuidado. Me acuclillé ante ella y besé su cara radiante, sus labios ahora abiertos. Me abrazó y disparó su lengua hacia la mía.

—Quiero joder, Chantal.

—Pues claro, cariño.

—¿Eres virgen, todavía?

—¿Estás chiflado… o qué? No, por suerte no.

—¿He de ir con cuidado?

—No es necesario. Tomo la píldora.

No faltaba saber más. Nuestros movimientos se sucedieron automáticamente. Espada y vaina se encontraron en libertad. Exhaló un profundo suspiro cuando penetré en ella, y se empinó, de modo que casi me salí de ella. Su lengua en mi oreja me volvía loco.

Follamos como si nos fuera en ello el alma, y así era, pues cada uno de nosotros tenía algo que enmendar frente al otro. Cuando sentí llegar mi punto culminante, mi miembro se hinco en ella hasta estallar, el zumbido de mi cabeza sólo podía superarse a gritos; alce del suelo sus firmes cachas mientras ella echaba las piernas alrededor de mi espalda. Clave mis uñas en sus muslos, la pellizqué, llené mis manos con su carne, doblé su lomo. Mi saco frotaba su trasero. Ahora o nunca, ahora y siempre más. Mi semen se disparó en ella como una promesa, borbotó como la leche hirviendo. Gorjeando, alcanzó su orgasmo… También en mí empezó a doblar la tormenta. Las vibraciones se transmitieron a mis músculos, que no se resistieron; se contraían y relajaban rápidamente para obedecer al ritmo benefactor.

En el silencio que siguió, oí cantar los pájaros y deduje que ya había avanzado la tarde, que se acercaba el anochecer.

Chantal se levantó. Me miró. Su cara vibraba. Los ojos parecían negros, azul oscuro.

—¡Vuelve! —supliqué—. ¡Ven aquí!

—Debemos ir a casa —dijo—. Olivia nos espera.

Me levanté, la abracé y la besé agradecido.

—¿No estás enfadado conmigo por lo que dije antes?

—¿Y qué dijiste?

—Que tenías miedo de que Olivia pudiera vernos…

—Ya no tengo miedo —dije.

En el camino de vuelta a casa me preguntaba en qué

medida era cierto eso.

Olivia y yo estábamos en la cama. Chantal nos había deseado las buenas noches. Había abrazado a Olivia y me había besado en la boca. Su figura sobre la escalera había huido de mí como en sombras. No por eso era menos real su condición. La había oído caminar arriba, había oído chirriar su cama. Seguí escuchando, pero ahora prestaba atención a la respiración de la mujer que tenía a mi lado.

—¿Puedes apagar la luz, o quieres seguir leyendo? —preguntó.

Me levanté para apagarla. Cuando volví a tenderme a su lado, dentro del campo de radiación de su cuerpo, mi deseo se dirigió inmediatamente hacia ella. Siempre había buscado protección en ella. Entonces, ¿por qué no ahora? Ella parecía sentir lo mismo, pues, al cabo de un breve titubeo, se me acercó, sus manos me tocaron el pecho sin rozarme. La besé con ternura, ella me devolvió el beso. No se podía hablar de rechazo. Pero ¿quién debía tomar la iniciativa? ¿Quién debía cargar con la responsabilidad final?

Una de sus manos me acarició la pija, los huevos, como si quisiera comprobar que aún estaban allí.

—Yo tampoco lo entiendo —dije—. Estoy loco por ti.

—Yo también estoy loca por ti.

No resolvía nada, pero tranquilizaba.

—Intento ponerme en su lugar. Lo que yo sentiría entonces… ¿Por qué no subes?

Yo también me había preguntado lo mismo. En su boca, sonaba menos ficticio. En realidad, no lo sabía. La satisfacción de esa tarde me volvía lento y cómodo.

Pero no sólo era eso.

—También tengo ganas de ti.

—¿Sólo de mí?

—No, de las dos.

Olivia rió.

—¿Quieres que vaya a buscarla? —pregunté.

—Ya no hace falta —dijo Olivia.

Primero no entendí qué quería decir, pero luego me lo expliqué cuando, desde arriba un rayo de luz recorrió la cama. Provenía de una vela encendida que Chantal llevaba en la mano mientras bajaba lentamente la escalera en camisón. En la luz titilante, su cara estaba pálida.

—¿Puedo estar con vosotros?

—Claro —dijo Olivia y apartó la manta.

—No podía dormir.

—Nosotros tampoco —dije—. ¿Quieres estar en medio o a mi lado?

—En medio también es a tu lado —dijo Chantal.

De repente empezó a hacer mucho calor en la cama.

—¿Está bien? —pregunté.

No hubo respuesta… Me volví hacia ella y me encontré con su espalda. Ella y Olivia se abrazaban.

—¡Eh!, ¿es que yo ya no cuento?

Estallando de risa, Chantal se volvió hacia mí.

—Tonto —dijo y me metió la lengua en la boca. Nos besamos largamente.

—Yo quiero estar al otro lado —dijo Olivia—. No sólo quiero mirar.

Chantal volvió a pasar por encima de mí. Aproveché la ocasión para tocarla entre las piernas, pero se escabulló.

Extendí los brazos y alcancé un hombro por cada lado, pasé la mano por debajo y quedé literalmente superado por la abundancia.

Pero eso no siguió así mucho tiempo. Casi al mismo tiempo, Chantal y Olivia se tendieron a medias sobre mí. Apenas podía respirar. Me solté, me deslicé hacia los pies, me di la vuelta y volví a lanzarme cabeza adelante entre sus muslos. Mis brazos abarcaban dos pares de nalgas. Con la nariz en el ensortijado conejo de Olivia empecé a buscar su concha. Me ayudó uno de mis dedos. Otro de los dedos entró en el trasero de Chantal; chilló, y cambié rápidamente de raja. Así estaba bastante mejor. Las chicas abrieron las piernas para facilitarme aún más el acceso. Mi cabeza se dirigió a los codiciosos labios del cono ampliamente abierto de Chantal, mi lengua degustó lo que una vez su índice me

había ofrecido tan encantadoramente. El sabor era delicioso, pero no tuve ocasión de disfrutarlo mucho tiempo, pues, repentinamente, una mano me agarró la pija y me obligó a subir. Por la presión, reconocí a Olivia. Estaba a medio camino cuando sentí que una mano pequeña se cerraba alrededor de mis testículos y me conducía entre unos muslos, sin duda los de Chantal. No tenía nada que oponer a sentarme allí. Se estaba tan bien que empecé a joderla vigorosamente, hasta que recordé a Olivia y la atraje hacia mí. Su cara tocó la de Chantal. Se besaron. Me incliné sobre sus labios besadores, los alenté como un dios. Y me sentía como un dios. Mis manos buscaban pechos. Pechos de Olivia, de Chantal. En la oscuridad, no tuve dificultad en diferenciarlos. Pero ya no era posible orientarse. No era la oscuridad la que cegaba mi tanteo, sino lo que me recorría: un éxtasis tan desenfrenado porque nuestros cuerpos se unían. Por fin, volví a reconocer una mano. La de Olivia. Acaricié los nudillos para cerciorarme. Su mano presionaba ahora sobre mi vientre. Allí, sabiendo por lo menos dónde y dentro de qué me encontraba, comprobé, para mi alegre sorpresa, que era el dedo de Olivia el que frotaba el clítoris de Chantal. Cuando sentí que Chantal se había corrido, retiré cuidadosamente mi pija. Me incliné sobre el seno de Olivia hasta que encogió las piernas y me ayudó a entrar con la otra mano. Olivia hundió sus uñas en mi espalda y empezó a chillar. Los golpes me costaban tanta fuerza que, en el punto culminante de mi pasión, me quedé ensartado. No se produjo la redención hasta que percibí detrás de mí un movimiento, una cercanía sin aliento, labios que subían a besos por mi muslo, una boca que soplaba cálidamente contra mi saco, una lengua que lamía entre mis nalgas. Me corrí… Era como si mi semen fluyera sin fin.

El ermitaño

Cuando recuerdo Aix, lo hago con una mezcla de sentimientos en los que predomina lo agradable, a pesar de que tan sólo raras veces pueda condensarlo a la felicidad de aquella tarde y de aquella noche. Creo que a Olivia y Chantal les ocurre lo mismo. Lo que precedió, lo que siguió, parece señalar hacia la unión que experimentamos entonces. Creo que seguimos queriéndonos merced a aquellos recuerdos. Probablemente el futuro nos separe y nos obligue a que cada uno siga su propio camino, pero lo que respiré y saboreé entonces sigue haciendo que se me endurezca la pija. Sólo con pensar en ello ya se me agita el bajo vientre, mi respiración se hace más rápida, las ganas de joder se agudizan y enturbian la visión. La mujer que en esos momentos se me ofrezca puede tener la seguridad de llamar mi atención.

La mañana siguiente se caracterizó por un sosegado agotamiento. De un modo tierno y distante, éramos amables. Quedó claro en seguida que lo ocurrido no se repetiría de inmediato. Para ello, había que reflexionar en calma y ponderar lo que habíamos sentido hasta entonces los unos por los otros. Ya no hacía falta ocultar nuestros sentimientos, lo cual nos hubiera llevado a una situación mendaz y alevosa, pero eso no significaba que, de repente, todo se hiciera evidente y libre de problemas. Lejos de ello: se hacía necesaria una mayor prudencia. La práctica diría si sabríamos adaptarnos mutuamente.

No, no cabe duda de que no era sencillo. A pesar de que ninguno pudiera, ni quisiera verbalizarlo, supimos limitar nuestra libertad. Estábamos entregados a grandes expectativas que podían resultar vergonzantes.

Quedaba fuera de toda duda con quién dormiría la noche siguiente.

—¿Queréis dormir arriba o abajo? —preguntó Olivia.

—Todavía no he dormido nunca abajo —dijo Chantal, como si ésa fuera una variación de la que tuviera ganas.

De modo que ella y yo dormimos abajo. Ahora Olivia se despedía desde la escalera, aunque no sin antes abrazarnos cordialmente. Chantal y yo follamos hasta bien entrada la noche, muy íntimamente, con pocos ruidos. Sobre todo nos necesitábamos mutuamente; investigamos y revelamos nuestros cuerpos, comparamos nuestras preferencias y sensibilidades. En un susurro le pregunté qué le gustaba más y si había algo que no le gustara hacer.

—Me gusta hacerlo todo —fue la respuesta.

—¿Hay algo que te asquee?

—No, que yo sepa.

Me desperté temprano. Afuera, cantaban los pájaros. En la casa reinaba todavía un profundo silencio. Chantal estaba tendida de espaldas a mí. Le separé las nalgas y entré en ella. Murmuró algo incomprensible, y contesté con un gruñido. Jodimos de nuevo.

De repente, pareció cambiar de opinión, hizo salir mi pija y se volvió hacia mí. Nos besamos. Cuando quise empezar por este lado, no lo permitió.

—Te esperan arriba, Igor.

Subí la escalera de puntillas. Olivia dormía todavía. Me metí debajo de la manta y la abracé. Su mano tanteo en busca de mi pija. Me sentí agradecido a Chantal y gocé de Olivia.

Los tres nos entendíamos bien.

Ese entendimiento sigue existiendo, aunque desde entonces se haya complicado. Poco nos hace falta para empujarnos mutuamente en brazos el uno del otro, pero este poco, a veces, resulta casi insuperable. Claro que nos calentamos y jodemos cada vez. Pero, entre nuestros actos, se interpone una especie de impaciencia, cierta precipitación de la que yo fui el primero en culpabilizarme. Al principio, yo quería demasiado, por lo que alcancé demasiado poco. A ello se añadía que, a pesar de todo, dudara de Chantal. No es que desconfiara de ella. Era imposible no confiar en ella. Al fin y al cabo, Chantal no tenía más que dieciséis años. No era edad

para la constancia, ni el momento más oportuno para hacer una elección para toda la vida. Tampoco esperaba eso de ella. Sabía que no podía contar con ello, y eso le daba a nuestra relación una espontaneidad y una frescura que, en los últimos tiempos, creía haber echado de menos. Pero, al mismo tiempo, quería aprovechar la ocasión que se me ofrecía, y la identificaba totalmente con Chantal. La consecuencia fue que me acomodara y esperara fundamentalmente los momentos en que podía estar a solas con ella. No me lo permitía, y eso hacía que la quisiera aún más. Se esforzaba por incluir a Olivia en nuestras actividades, pero la propia Olivia debió intuir mi gradual alejamiento y guardaba siempre mayor distancia. En Aix, nunca volvimos a follar los tres, aunque parecía que eso era lo que teníamos que hacer, y que fuera casualidad el que no lo hiciéramos: en definitiva, no hacíamos otra cosa que esperar una nueva ocasión adecuada.

La conciencia de que sólo estábamos allí temporalmente, de vacaciones, volvió a apoderarse de nosotros. En unas pocas semanas terminaría irremisiblemente nuestro idilio. Contaba los días, las noches. Repartía las posibilidades. Disimuladamente, intentando no ofender a Olivia ni decepcionar a Chantal, hice todo lo posible para poseer totalmente a Chantal.

A pesar de que ciertamente no la considerara mi propiedad, ni creyera tener fundamentalmente ningún derecho sobre ella, tendía cada vez más a dar paso a unos celos violentos. Me mareaba la idea de que había jodido con otros hombres, y pensar que, después de mí, tendría a otros amantes, me resultaba más insoportable todavía. No obstante, me guardaba de mostrar tales sentimientos, porque temía que, si no, me rechazaría y me encontraría pesado.

Cuando llegaron Tom y Dick, quienes nos habían prestado la casa y a los que, por lo tanto, debíamos recibir con cierto entusiasmo, percibí más dolorosamente que nunca que Chantal también ejercía atractivo sobre otros hombres, y que eso no la dejaba, ni mucho menos, fría. Dick bromeaba con ella, y Tom la miraba más veces y más tiempo de lo que convenía para mi tranquilidad de espíritu. Por suerte, Chantal

no parecía acogerlo tan abiertamente como yo había temido tras mi experiencia con ella. Aunque comprobé que, en presencia de ellos, era menos tierna conmigo. Me consolé con la idea de que su visita, en el fondo, significaba para nosotros la despedida de Aix. En un par de días, nos iríamos y ellos se harían cargo de la casa.

La última noche invitamos a Tom y a Dick a cenar. Yo hubiera preferido que fuera de otro modo. Preví que se haría tarde. Hubiera querido tener a Chantal y a Olivia para mí solo, para que acaso se creara nuevamente un ambiente en el que todo fuera posible.

Pero me tocó hacer de anfitrión: rellenaba las copas, mientras Olivia y Chantal cuidaban de la comida. El ánimo era alegre. Olivia flirteaba con Dick. Tom observaba a Chantal. Después de la cena, se sentaron juntos en la cama y charlaron. Por intranquilo que estuviera, no quise inmiscuirme en la conversación y me dejé distraer de buena gana por Dick y Olivia.

De repente, vi que Tom se levantaba y salía; Chantal lo siguió. No me moví, lo vi todo como a través de un velo. Cuando, al cabo de diez minutos, aún no habían vuelto, el tiempo se convirtió en una eternidad. Dick nos contó una historia. Al parecer era cómica, pues Olivia rió. Me oí reír a mí mismo, a pesar de no haber entendido una sola palabra. Luego Olivia pareció reírse de mí. ¿Por qué ignoraba la ausencia de Chantal? Al fin y al cabo, había mirado hacia la puerta cuando había salido Tom.

Tom y Chantal volvieron a entrar. Se sentaron en la cama y siguieron charlando como si nada hubiera ocurrido. Chantal evitaba mi mirada. También a ella la oí reír a carcajadas, evidentemente sobre algo que había dicho Tom, y volví a sentirme burlado.

Al despedirse, se besaron. Dick se levantó para ser besado también. Olivia besó a Tom y a Dick, y yo me quedé con las manos vacías. Era ridículo.

Chantal hizo como si supusiera que yo dormiría con Olivia. Primero besó a Olivia y luego a mí. Me pareció fría e incluso un poco indiferente. Tampoco se despidió en la

escalera.

Olivia y yo jodimos. Mi pija me dolía, y me costó cierto esfuerzo acabar poco después que ella.

Nunca supe si mis celos habían sido justificados, o no. No me atreví a preguntarlo, y luego me atormentó el haberme conformado de ese modo. No podía pretender que nadie se hubiera dado cuenta. A Olivia y a Chantal, de eso estoy convencido, no se les había pasado por alto.

En el viaje de regreso, se hizo patente. Entre Chantal y yo ya no reinaba la misma confianza y, de algún modo, Olivia parecía reprochárnoslo.

No obstante, el viaje transcurrió sin incidente alguno que hubiera podido impulsarnos a hablar de lo que nos pesaba. No hubo aguijonazos, ni discusiones. Es cierto que reíamos, pero nunca demasiado. En realidad, todo era bastante aburrido y no nos supo mal que terminara.

Joop y Nelly recuperaron a su hija. Hicieron como si se alegraran de volver a verla, lo cual probablemente fuera cierto. Siguió una conversación «franca» sobre si Chantal no había sido una carga para nosotros y nos habíamos llevado bien. Aseguramos a sus padres que había sido muy agradable y que podía repetirse. En resumen, como para vomitar. Cuando Chantal abandonó la habitación en medio del parloteo, hubiera querido levantarme y correr tras ella. Para pedirle perdón. Para recuperarla, sacarme la pija del pantalón y montar allí mismo la posición más complicada que pudiéramos imaginar entre los tres.

Naturalmente, no lo hice, lo cual es tan poco sorprendente que aún hoy me entristece.

Olivia y yo nos fuimos a casa. Le conté cómo me había sentido en casa de Joop y Nelly. Me serenó que me confesara que a ella le había ocurrido lo mismo. Añadió que se alegraba de volver a estar a solas conmigo.

—¿Has tenido celos? —pregunté.

—Al final, sí.

—¿Por qué?

—No me gustó que Chantal saliera con Tom.

—Entonces, tuve celos yo…

—No, no era eso —dijo Olivia—. Sólo me preguntaba porqué no hice lo mismo con Dick.

La miré estupefacto. Se reía de mí. Esta vez se burlaba de mí y no podía librarme de la sensación de haberlo merecido.

Pasó un mes antes de que volviera a ver a Chantal. Tenía que ir a verla, pero el ambiente de la casa de sus padres me repelía. Ya no tenía ganas de Nelly, y la compañía de Joop me deprimía. Cuando me pregunto el por qué, puedo encontrar explicaciones, pero ninguna me gusta y todas juntas culminan en un aburrimiento que acostumbra asaltarme siempre que ya no siento pasión. Chantal se convirtió para mí en algo casi tan invisible como lo había sido antes, se disolvió en su ambiente. Al principio, todavía tenía la esperanza de encontrármela en la calle para citarme con ella: después, esperé que ella se pusiera en contacto conmigo.

En mi interior, estaba convencido de que haría eso. Había aprendido a confiar en ella. Al mismo tiempo, lo temía un poco porque no estaba seguro de poder reencontrar la confianza que nos había fundido totalmente el uno en el otro. Se me hizo evidente que, hasta ese momento, lo había hecho todo según su voluntad y que, en el fondo, eso amenazaba con repetirse. La conciencia de este hecho afectó tanto la confianza en mí mismo, que ya no me atreví a hablarlo con Olivia y me asusté cuando me dijo que Chantal había llamado.

—Quiere volver a verte.

—¿Has acordado algo con ella?

—Quiere verte a ti a solas.

—¿Ha dicho por qué?

Olivia me miró irónica. No estaba tensa y se guardaba lo que pensaba de ello. En su presencia, marqué el número, tan familiar. Para mi alivio no descolgó Nelly, sino Joop. Pareció alegrarse de oír mi voz. Cuando pregunté por Chantal, se

puso ella misma. Era magnífico volver a oír su voz.

—Quiero verte —dijo—. ¿Dónde puedo verte? En vuestra casa, no… ¡Es muy importante!

—¿De qué se trata?

—Ya verás. También me va bien una cafetería. Me da igual el lugar, con tal de que haya mucha gente.

Le mencioné un bar en el que podíamos mostrarnos íntimos.

—¿Es grande? —preguntó—. ¿Va mucha gente?

Cuando lo negué, me propuso la mayor cafetería de la ciudad, de donde deduje que también a ella le resultaba penoso volver a verme. Parecía tener más miedo que yo. Aquello tan importante a lo que aludía sólo podía ser una exageración de adolescente. Nos citamos aquella misma tarde.

Esperaba encontrarla en algún velador oculto cerca de una ventana, algo tímida, pero se levantó y me saludó en medio de la sala. Mientras yo caminaba hacia ella, volvió a sentarse. Apoyada sobre los codos, me miraba por encima de las manos dobladas hasta que me senté frente a ella. Entonces, abrió las manos y se colocó ante el ojo un aro por el que me miró.

Al principio, no supe qué era. Era redondo y parecía una pestaña gigantesca.

—Te saludo, querido Igor —dijo afectadamente.

—¿Qué es eso?

—Adivínalo…

—¿Pestañas postizas?

—No, auténticas.

De repente lo reconocí.

—¿Un anillo real? —pregunté incrédulo.

—Acertaste.

—¿Para qué lo quieres?

Me miró severa por el anillo.

—¿No invitas a nada a tu dama? Quisiera un café irlandés.

—Quítate ese trasto.

No me atrevía a mirar alrededor, porque creía que todas

las miradas estarían fijas en mí, en ella.

—Ya lo he probado —dijo—. La gente no se da cuenta. ¿Quieres que lo probemos con el camarero?

El camarero estaba a nuestro lado. Hice el pedido. Miró a Chantal, y ella contestó divertida a su mirada. El hombre no hizo el menor gesto.

—Buen personal —dijo Chantal una vez se hubo ido—. La gente es como un robot, ¿no te parece?

—¿Por qué no lo guardas ya?

Lo puso en la mesa entre nosotros.

—Cariño —susurró.

Nos miramos profundamente a los ojos. El camarero volvió y nos puso los vasos delante. El anillo seguía en medio.

—¿De dónde has sacado eso?

—Me lo ha regalado un amigo.

—¿No te parece estúpido alardear de esto, aquí, delante de mí?

—Es muy importante, Igor.

—¿Me has llamado por eso?

—Creí que te importaría…

—¿Qué quieres decir con eso?

Volvió a mirarme por el anillo, lo dejó de nuevo, lamió la nata de su café.

—Quisiera que te lo probaras —dijo.

—¿Aquí?

—Me gustaría ver cómo funciona.

—No hables tan alto —dije—. ¿Qué te propones?

, La respuesta fue sorprendente. Sentí cómo un pie desnudo recorría mi pierna, agarraba la cremallera con los dedos y la bajaba. Al mismo tiempo, me acercó el anillo real.

No pude por menos que mirar disimuladamente alrededor. A mi espalda, una señora con un abrigo de piel miraba por encima de mí. Delante, un hombre y una mujer discutían. Es cierto que el hombre miraba iracundo en mi dirección, pero era imposible que viera lo que hacíamos. En la mesita de al lado, reían dos jovencitas. Le guiñé a la más guapa, quien inmediatamente enarcó las cejas y se inclinó hacia su amiga.

Mientras hacía desaparecer el anillo debajo de la mesa, miré a Chantal.

—¿Funciona? —preguntó—. ¿Puedo mirar ya?

—No consigo ponérmelo.

—¿Te queda pequeño?

—No, mi pija está demasiado dura. No logro pasarlo por el glande.

Se sumergió debajo de la mesa, lo lamió e intentó pasar cuidadosamente el anillo real. Mi prepucio se abrió tanto hacia abajo que me hizo daño.

Después de reaparecer con la cabeza roja por el esfuerzo, me miró pensativa.

—¿Tienes alguna solución?

Su pregunta pareció ir dirigida al camarero quien, mudo al lado de nuestra mesa, nos presentaba una tarjeta de visita sobre una bandejita de plata.

Sabía lo que eso significaba. La dirección nos comunicaba que prefería prescindir de nuestra presencia. El camarero me miró beatífico:

—Yo le recomendaría que lo pusiera en remojo en agua tibia —dijo, se inclinó y desapareció con la bandeja.

Como todavía era temprano, pero sobre todo porque me lo había metido entre ceja y ceja, propuse a Chantal que viniera conmigo a ver a Olivia.

—Sólo si te pruebas con nosotras el anillo real.

Esta condición parecía fácil de cumplir, por lo que estuve de acuerdo. Corrimos alegremente escaleras arriba y le contamos a Olivia lo que había ocurrido en la cafetería. Su reacción me decepcionó. Consideró la historia muy loca, apreció debidamente el desatino, pero mostró poco interés por el hecho en sí, y ni hablar de llevarlo inmediatamente a la práctica. Tampoco Chantal volvió a referirse a ello. Había abrazado entusiasmada a Olivia. Evidentemente, les gustaba volver a verse, pero eso no hacía que el ambiente se volviera más erótico.

Fui a la cocina, saqué un poco de agua del calentador,

comprobé que estuviera tibia y puse el anillo dentro. Las pestañas nadaban hacia arriba. Puse el vaso al lado del fregadero. Cuando volví a entrar en la habitación, Chantal y Olivia charlaban excitadas acerca del Tercer Mundo.

Chantal me miró fugazmente y me guiñó con amabilidad. Nada indicaba que me hubiese tomado en serio. Pero no me di por satisfecho. Para mí también, el anillo real se había convertido en algo importante. Ella me lo había dado, y yo tenía que hacer algo con él, tenía que demostrar algo.

Bebimos una copa de vino y cascamos almendras. A petición de Chantal, Olivia puso un disco de música de flauta. Pasaron los minutos.

Nuestro tiempo era limitado. Chantal no podía pasar la noche en casa.

Me levanté.

—¿Adónde vas? —preguntó Olivia.

No hice caso, fui a la cocina y me desnudé, pesqué las pestañas con el meñique. El anillo real se deslizó sin esfuerzo por mi pija, detrás del glande. Separé los pelos hasta que volvieron a formar una maravillosa corona, y acaricié mi pija hasta que volvió a su tamaño natural. Golpeé la puerta de la habitación y entré.

Parecían no haberme oído. Me aclaré sonoramente la garganta, y su conversación enmudeció. Sólo siguió sonando la flauta: un dulce y alargado gorjeo. Olivia fue la primera en darse cuenta y abrió la boca de admiración.

Chantal estalló en risas.

—¿Os gusta? —pregunté.

—El gran jefe —dijo Olivia.

Puse la mano sobre la boca y emití un grito de guerra.

Olivia siguió seria, Chantal siguió riendo.

—¿Qué, a qué esperamos? —pregunté—. ¿O me vais a dejar aquí plantado?

—Primero, acércate —dijo Chantal—, para que podamos inspeccionarte mejor.

Fui hacia ellas. No me quedaba otro remedio que seguir adelante. Chantal se acuclilló delante de mí, se desabotonó el vestido. Olivia me rodeó, se apretó a mí por detrás y me

abrazó.

—¿Atacamos al gran jefe? —propuso a Chantal.

Chantal se levantó. En un instante, estuvo desnuda. Detrás de mí oí la ropa de Olivia. Tanteé hacia atrás. Un trasero desnudo.

Chantal tomó una breve carrerilla y saltó hacia mí, me echó los brazos alrededor de la nuca y presionó mi espalda entre sus piernas. Yo solté una mano para acariciar sus labios. Gimiendo placenteramente, bajó su triángulo hasta que pude entrar en ella. Olivia se puso a su lado, nos abrazó a ambos, se frotó a nosotros. Yo la sobé. Nuestras tres caras se juntaban, nuestros labios se acariciaban, se unían en un solo aliento candente.

—Lo noto —dijo Chantal—. Esas pestañas son realmente estimulantes…

—Déjamelas a mí también —dijo Olivia—. ¿Hacen muchas cosquillas en la raja?

Arrastré a Chantal hacia la mesa, la descargué allí. Olivia se inclinó hacia adelante y se apoyó con los brazos. La punta de mi pija relucía y la sentía enormemente hinchada. Su cono la apretó. Yo me retuve, realicé un movimiento circular. Su trasero se mantuvo inmóvil de placer retenido. Aquella actitud blanda y sometida, me excitó increíblemente, pero seguí reteniéndome, hice jugar mi glande ardiente entre los labios.

Olivia dobló los brazos. Sus nalgas blancas se alzaron. Una plenitud cremosa en la que el culo rajado esperaba mi pija.

También allí entré en ella. Chantal se encaramó encima de Olivia con las piernas abiertas, se inclinó y así me ofreció su coño. Los amplios labios rosados llevaban espuma. Hundí la cara en ellos, con las manos apretó mi cabeza aún más profundamente.

Como inundado, inundé a mi vez a Olivia, mientras mi lengua lamía la espuma de lo que yo mismo había vertido poco antes.

Durante un tiempo, entre Olivia, Chantal y yo, todo estuvo claro. Nuestra relación se había convertido en algo tan

obvio, que, por el momento, sólo podía depurarse, variar. Eso no quiere decir que no fuéramos conscientes de complicaciones futuras, pero simplemente aún no habíamos llegado a ello. Chantal terminó el bachillerato y empezó poco después la universidad. Además, dejó a sus padres y alquiló una habitación, de modo que también pudimos ir a visitarla. La situación se hizo tan ideal que perdió tensión. Sabía que Chantal no follaba sólo con nosotros. También tenía a otros amigos, pero apenas los mencionaba ante nosotros y aparentemente no consideró necesario presentárnoslos.

Mi relación con Olivia se hizo más intensa y, sobre todo, más íntima cuando quedó embarazada de mí. Fue una de esas pequeñas desgracias en las que se cae involuntariamente para descubrir más tarde que se ha desafiado el destino, que se ha hecho un borrón en los propios cálculos y que se ha atravesado, sin consecuencias perceptibles, los estrechos límites de la razón. Los pechos cada vez más llenos y jugosos de Olivia, su vientre creciente, su ombligo protuberante deberían tranquilizarme. Su afirmación de que tener hijos conducía al distanciamiento era un aviso. Pero resultaba más deseable que nunca y testimoniaba una fertilidad prometedora, aunque el hijo que gestaba no tendría que ver con nosotros sino como un ser humano más: inasible, nunca comprensible del todo, un extraño.

Chantal se sentía irresistiblemente atraída por el acontecimiento. Podía señalarle el camino. Decididamente, no lo rechazaba como advertencia del destino. Por el contrario, le parecía impresionante. Lo cuidaba mucho y mantenía las manos apartadas. Yo, en cambio, porfiaba el cuerpo de Olivia en cuidadosas cópulas de largas horas.

—¿Puedo estar presente cuando llegue? —había preguntado Chantal a Olivia—. Quisiera vivirlo contigo. Quiero ver cómo sale de ti.

Íbamos en coche por la ciudad, por los suburbios. Olivia estaba sentada, a sus anchas, a mi lado. Chantal, detrás de mí, me había puesto la mano en el hombro. La respiración

rápida, el callado jadeo de Olivia.

—¿Cada cuántos minutos te vienen ahora? —preguntó Chantal.

—Creo que cada cuatro —dijo Olivia—. Ya se acerca el momento —sonrió. Una chica valiente.

El hospital. La sala de partos. Olivia en la mesa de partos, yo a su lado, en una silla, sosteniéndole la mano. El murmullo del ginecólogo y su ayudante.

—¿Es su amiga? —preguntó el médico a Olivia—. ¿Ha asistido ya alguna vez a un parto? —preguntó a Chantal.

A Chantal le señalaron un lugar a los pies de la cama. Ahora, estaba evidentemente nerviosa. Olivia le hizo gestos de ánimo. Intervino una contracción violenta. Sentí cómo me pellizcaba espasmódicamente la mano.

El médico, ahora de blanco, hizo que la enfermera le pusiera guantes de goma.

—¿Conoce usted mi talla, no, enfermera?

—Usted sabe que sí, doctor.

—Me entiende usted perfectamente, enfermera.

La enfermera rió, lasciva. Bajo su bata, se arqueó una raja retadora. Sentí que se endurecía mi miembro.

El médico hablaba tranquilizador a Olivia. Su erección, de eso estaba seguro, fortalecía sus conocimientos y aumentaba constantemente. Un tío competente que, con todo derecho, infundía confianza. Un prestidigitador, un mago. Más aún: un pontífice celebrando el rito.

—Nada de pánico, tesoro —le dijo a Olivia—. Sigue respirando honda y tranquilamente…

Olivia asintió, sonrió y se arqueó. Volvió a tranquilizarse, a dominarse. La cara de la enfermera irradiaba respeto, veneración. Olivia estaba en buenas manos.

Olivia sacó mi pija. Le daba apoyo en su dolor. Yo pasé mil angustias, pero le ayudó a mantener la compostura.

Cuando comenzaron las convulsiones, tuvo que soltarme.

Chantal se colocó a mi lado. La cabecita asomó entre las piernas de Olivia. Apareció, totalmente lisa, siguió el cuerpecito.

Un hijo magnífico, que dio su primer grito. El médico lo

entregó a la enfermera. Besé la cara inundada de lágrimas de Olivia y sentí que la mano de Chantal se cerraba alrededor de mi pija. Mientras le dejaba lugar para que también ella pudiera abrazar a Olivia, vertí mi semen.

El niño fue lavado, pesado, medido, vestido y tendido al lado de su madre.

—¿No es precioso? —preguntó Chantal.

—Tu hijo —me dijo orgullosa Olivia.

El pequeño forastero se recuperaba de su entrada en el mundo.

Me di cuenta de lo mucho que me alegraba el niño, en el instante en que oí un ruido bien conocido por nosotros. La enfermera, con la falda arremangada hasta la cintura, las piernas abiertas de par en par, se apoyaba de espaldas a la mesa: se entregaba al ginecólogo. Tenía los ojos cerrados. El médico nos miró por encima del hombro y nos sonrió con complicidad.

El ahorcado

En cierto modo, era inconcebible que nos perdiéramos de vista. Y, no obstante, ocurrió. Paulatinamente, sin resistencia ni protesta, sin que nadie hubiera podido cambiar nada. Las circunstancias…

Me enviaron por unos años al Canadá, supuestamente para una investigación independiente, pero, en el fondo, porque tenía poca paciencia y perdía el tiempo mirando fijamente columnas de números. Debido al bebé, Olivia había renunciado temporalmente a su trabajo en el laboratorio y había cedido las retortas a una nueva generación de jovencitas en busca de marido. Me había acompañado como mi mujer.

Chantal quedó atrás; debía enfrentarse a su primer examen de Derecho. Habíamos acordado que nos escribiríamos con frecuencia y extensamente. Al principio, efectivamente lo hicimos, por lo menos una vez por semana. Pero pronto disminuyó. Olivia y yo empezamos a discutir sobre quién debía escribir, quién había escrito la última vez, a quién le tocaba la próxima. También las respuestas de Chantal fueron siempre más insignificantes, más insustanciales. Inconscientemente, nos limitamos al intercambio de señales de vida que informaban siempre menos. De hecho, no nos sorprendió comprobar un día que, hacía meses, no habíamos escrito y que no podíamos recordar la última vez en que habíamos tenido noticias suyas.

La decisión de volver tuvo que ver con la muerte del padre de Olivia. No había motivo especial alguno para quedarse en el Canadá. También allí, la realidad se difuminaba en un escamoteo estadístico. Nos alegramos de poder volver a nuestra antigua casa. Olivia, harta de ser ama de hogar, consideraba la posibilidad de solicitar otra vez un empleo, y yo encontré más familiar la rutina de la oficina que la de ultramar.

Pocas cosas parecían haber cambiado, y acaso eso fuera precisamente lo tranquilizador, aunque no nos protegiera del aburrimiento. No debe sorprender, pues, que pensara en Chantal y me preguntara qué habría sido de ella, y si jamás las cosas podrían volver a ser como antes. Siguiendo un impulso, llamé a su antigua patrona. Me enteré de que Chantal se había mudado sin dejar dirección. La voz de la mujer sonaba ofendida, como si le molestara que le recordaran algo que había ocurrido hacía tiempo.

No podía ser tanto. Habíamos recibido la última carta de Chantal hacía medio año, a lo sumo.

Llamé a Joop y Nelly.

—¿Cómo estáis? —preguntó Nelly—. ¿Se os verá alguna vez?

La propuesta no me atrajo. Nelly representaba algo que todavía quedaba mucho más atrás.

—¿Qué hace Chantal?

—Está esperando un hijo.

Hice como si estuviera agradablemente sorprendido, lo que resultó ser un error, ya que Nelly no aprobaba ni la elección del padre, ni la futura maternidad de Chantal.

—Está viviendo con ese chico.

De ello deduje que Chantal todavía estaba soltera, lo cual de algún modo me satisfizo. Pero no permití que se me notara.

—¿Puedes darme su dirección?

Al otro extremo de la línea se hizo el silencio. Repetí mi pregunta.

—Supongo que no querréis volver a empezar, ¿no? —preguntó Nelly hostil—. No tengo su dirección.

Estaba convencido de que mentía, pero no tenía ganas de presionarla. Volvía a tener confianza en que reencontraría a Chantal, aun sin la ayuda de su madre: algún día nos toparíamos en un mundo demasiado pequeño.

No ocurrió el mismo día, pero sí días después, mientras tomaba café en la cafetería de la que un día nos habían echado. Me sirvió el mismo camarero, sin dar muestras de haberme reconocido. Puede muy bien ser que, sin ella, no me

reconociera nunca.

Estaba sentada en un velador junto a la ventana, de perfil a mí. Había ya mirado varias veces en su dirección antes de darme cuenta de que era ella.

—¡Hola Igor!

Se levantó y se dejó abrazar. Había cambiado de olor. También podía ser por el maquillaje, pero eso no era todo. Me miró confusa, como si hubiera sido tan amable de cederme el asiento sin saber cómo irse.

—¿No quieres sentarte?

Se sentó frente a mí.

—No dispongo de mucho tiempo —dijo.

—Ya llevabas aquí una hora.

No preguntó por qué no la había saludado antes; le pareció normal.

La observé. Todo lo más podía estar en el sexto mes. A primera vista, no se distinguía nada. Tenía algo acosado, también cansado, parecía un poco pálida y abotargada.

—Llamé a tu madre —dije.

—¿Ah, sí? ¿Cómo está?

Su tono indiferente sonaba forzado.

—Has cambiado, Chantal.

—Tú también.

—¿Tú crees?

—Oh, por decir algo. ¿Cómo están Olivia y Diego? ¿Qué tiempo tiene?

—Casi tres años. ¿Realmente me ves tan cambiado?

Quería conseguir que me mirara, que nos miráramos. No evitaba mis ojos, pero su mirada se cerraba ante mí. Ya no había confusión, sino miedo.

—¿Ya no te intereso?

—Has engordado. Pareces un oficinista, un padre, un marido.

—¿Más desaires todavía?

—Oh, sí. Estoy en estado. ¿Quieres follar conmigo?

—¿Por qué no habría de querer follar contigo?

—Hace mucho tiempo, y estoy embarazada de otro.

—Me gustaría acostarme contigo.

—Quiero al otro.

—Dime sólo cuándo.

—¿Ahora?

No me venía bien. Tenía que terminar un trabajo aquella tarde. Hacía demasiado poco que había vuelto para poder tomarme libertades.

—¿Ahora? —preguntó.

—Antes, tengo que llamar.

—No, sin llamar.

Tenía razón. El tino no nos servía de nada. Me levanté, fui a buscar su abrigo y el mío.

—Ven, Chantal.

—¿Adónde? A mi casa no puede ser.

—Ya buscaremos algo por el camino.

Pagué por los dos. Era otro camarero.

Cruzó la puerta giratoria delante de mí. Su cadera se destacaba bajo el abrigo. Una cadera más redonda que la que recordaba. Su miedo había desaparecido. En su lugar, el vacío y, acaso, el inicio de una ensoñación, como si, contra toda esperanza, volviera a esperar algo de mí.

—¿Adónde?

También yo me preguntaba eso. Mi primera idea había sido llevarla a casa, con Olivia, pero eso, de pronto, me parecía absurdo. Ya no me podía imaginar juntas a Olivia y Chantal. Me aterrorizaba ese encuentro, e intenté convencerme de que quería joder. Nada más: simplemente ceder a un desafío y renunciar, a cambio, al enternecimiento.

—¿Un hotel? —propuse.

—¿Conoces alguno?

La tomé del brazo. Nos pusimos en marcha. Su calor llegó hasta mí. El pavimento era negro. El tráfico corría a nuestro lado. Hubiera preferido cambiar de opinión, renunciar a la empresa y buscar un punto de partida más favorable, pero la figura a mi lado me obligada a seguir adelante. Me había exigido que me pusiera a prueba y no se me ocurría otra salida.

—¿Ya no tienes ganas? —preguntó Chantal.

—Trato de recordar un hotel apropiado.

—A la vuelta de la esquina hay uno.

Había vuelto a tomar el mando. La seguí.

—No sabía que fuera tu mujer —dijo.

—Ridículo. Pero ¿qué otra cosa podía decir?

—Vives en un país libre. Nadie te obliga a mentir. También habrías podido registrarte con mi nombre.

—Eso también habría sido una mentira.

Chantal rió. Mi enfado la alegraba. Cuando se quitó el abrigo, también yo empecé a desnudarme. Ella estuvo desnuda antes que yo.

—Hace frío —dijo, con la piel de gallina—. ¿He de lavarme para ti?

—¿Es necesario?

—He leído que las putas siempre lo hacen.

Se tendió a mi lado en la cama. Las sábanas húmedas nos invitaron a acercarnos. Reuní las impresiones que acababa de sugerirme ella y me esforzaba por ponerme cachondo. Sus caderas eran más pesadas, sus pechos estaban hinchados; una red de finas venas azules, carne blanca de invierno. Su vientre, apenas curvo, debería haberme enternecido, también el rizado pelo rubio de abajo. Observé la reproducción de un almendro en flor de Van Gogh en la pared de enfrente y odié la pálida luz del día.

Mientras tanto, una de mis manos cogió una de las suyas y me asombré de su seca frescura; mi miembro se hinchó. La atraje hacia mí. Funcionaba. También su respiración se aceleró.

Cerrando los ojos, le lamí la axila. El sabor me gustó. El olor de su sudor se mezcló al mío. Empezaba a acostumbrarme a su cuerpo. Ya no era una extraña para mí. Reconocí su cono, como se reconoce el morro de un perro. Un hocico húmedo, cálido.

Sus manos exploraron mi pecho y mi espalda. Cuando se deslizaron más abajo empecé por fin a arder.

—Quisiera un cigarrillo —dijo.

Su petición me molestó, pero al mismo tiempo me hizo

cobrar esperanzas.

—Lo busco yo misma —dijo, y saltó de la cama. Cuando se inclinó sobre la silla, silbé con admiración. Hizo rodar sus nalgas.

—¿También quieres fumar?

Se sentó a mi lado en la cama: subió las mantas hasta la barbilla.

—¿Sabes qué me recuerdas?

—Un padre de familia.

—Mal. A alguien que he conocido.

—Me llamo Igor.

—Sí, así te llamabas antes. Has engordado menos de lo que creía.

Lo dijo en tono conciliador. Evidentemente trataba de hacer las paces antes de que continuáramos.

—¿Te importo todavía? —pregunté.

—Sí.

—¿Me quieres todavía?

—No lo sé. ¿Es necesario?

Exhalamos el humo, nos observamos pensativos y nos preguntábamos cómo continuar.

—Él, ¿es agradable?

—No sé si a ti te parecería agradable.

—Puede que a él tampoco le guste yo. ¿Qué te parece eso de esperar un hijo?

—Quiero tener un hijo.

—¿Y él?

Se encogió de hombros como si él no importara. Acaricié sus hombros, su espaldas. Mi mano se detuvo sobre el traste.

—¿Por qué has pensado que no querría follar contigo?

—Yo misma no sabía si tenía ganas.

—¿Por eso has intentado rechazarme?

Levantó las nalgas de modo que mis dedos pudieran deslizarse entre ellas y pudieran abarcar más. Por la carne blanda de sus muslos llegué al núcleo. Gimió brevemente, buscó la posición correcta en mi mano, se acomodó. Incubando como una paloma, se mantuvo alerta, por muy locamente que mis dedos se agitaran en su coño.

—Te lo habría tomado a mal.

—¿Qué te habrías tomado a mal?

—Que te hubieras dejado rechazar. Me parece miserable que los hombres se dejen atemorizar. Pero también creí que estabas celoso.

—Y lo estoy.

—No tienes ningún motivo para ello.

—Sí lo tengo. Has creído que no me atrevería. Has esperado que no fuera así, pero no lo creías.

Cada vez se inclinaba más hacia delante. Su trasero giró sobre el eje formado por dos dedos míos. Paulatinamente, le resultaba más difícil hablar. También yo balbuceaba, pero no me daba por vencido. Su lascivia refrenada me atormentaba más que la desconfianza que sentía justificadamente hacia mí.

—No te hagas el filósofo —dijo—. Ambos tenemos razón para nuestras dudas. Un poco más hondo por favor. Abre los dedos. Sí, así…

—¿Es tanto mejor que yo?

—No seas tan infantil. Quiero tener tu pija en mí. Oh…

—¿Me quieres?

—Si entras. Date prisa.

La tendí de espaldas, me arrodillé entre sus piernas y la coloqué sobre mi pija. Se lanzó contra mí. Mi enfado contra ella, mi cólera, que sólo podía desahogarse así, redobló mi afán. Me agité en ella, la machaqué, la enderecé, la apreté por abajo. Tampoco ella quedó inactiva, se combaba debajo de mí, se pegaba a mí, me chupaba, intentaba devorarme. Oí cómo se corría y comprobé que apenas me tocaba; aproveché la succión que se produjo en ella, el pantano en el que me hundí. No me cubrió, sino que me permitió aflorar para pasar a un nuevo ataque. Hizo como si no le importara, como si yo tuviera plena libertad de dejarme ir en medio de ese exceso, pero pronto volvió a encogerse, halló un asidero y se adelantó como una gigantesca planta carnívora. Ahora le resulté excesivo. De pronto, yo era el insaciable, el desmedido, el pirómano, el violador. El dolor que le causaba era merecido, una venganza por lo que nos habíamos perdido

juntos en el pasado. El dolor atravesó mis ingles, alcanzó mi espinazo, me torturaba. Mis testículos se negaban a soltar su semen, reinaban en mí una inhibición y una avidez que combatimos con todas las fuerzas.

Ella me zurraba las nalgas, me acariciaba la bolsa, me metía un dedo hondo en el culo, me mordía hasta la sangre. Sabía que luego lo sentiría, pero ahora no tenía tiempo para ello. Su presión cedió. Volvió a correrse, gimiendo como un animal herido. La oí. Ahora también la sentí. Estaba tan desesperada como yo, tan inerme y tan injusta. Era asunto mío, no suyo. Yo la había desafiado y no había podido vencer, a menos que pasara sobre mí mismo. Ante este descubrimiento, el semen llameó en mí y buscó dolorosamente una escapatoria. Mi miembro era un surtidor que escupía fuego, una antorcha goteante.

Nos habíamos despedido como ebrios. Un último beso intenso antes de que ella se metiera en un taxi. Su cadera redonda, la pierna que se retiraba, su cara, la sonrisa ensoñada detrás de la ventanilla. Lágrimas en mis ojos cuando me despedí de ella y el taxi desapareció en el tráfico.

Después, otra vez la ciudad lluviosa, entre dos chaparrones. Ultima hora de la tarde, que liberaba a las multitudes de las oficinas, las empujaba hacia sus casas, hacia el hogar, la cena y la televisión.

Más tarde, la loca certidumbre de que lo había hecho todo, pero olvidado la más importante: pedirle su dirección. Seguía sin saber dónde vivía. Del mismo modo que no estaba en absoluto convencido de volver a encontrarla. Tenía la sensación de haber perdido una oportunidad.

Olivia leyó de inmediato en mi cara que había ocurrido algo. Me miró expectante, pero no preguntó nada, sino que me dejó tiempo. No se lo agradecí. ¿Por qué no me interrogaba? ¿Por qué no me obligaba a ser franco? También la afectaba a ella:

—Me he encontrado con Chantal en la ciudad.

Pareció contenta.

—He ido con ella a un hotel.

¿Por qué no me insultaba? Podía explicar y aclarárselo todo… Tenía derecho a su simpatía.

—¿Estuvo bien? —preguntó.

—Ha sido lamentable.

—¿Por qué?

Había logrado despertar su preocupación, y ahora debía seguir mintiendo. No podía mentir.

—Tiene un amigo y espera un hijo de él. Tenía ganas de traerla aquí, pero primero tenía que superarlo yo mismo.

—Primero tenías que superarlo —dijo Olivia, burlona—. ¿Y lo has logrado?

—He olvidado preguntarle su dirección.

—¿No has tenido tiempo?

Podía entender muy bien la irritación de Olivia. También ella estaba muy decepcionada. Chantal significaba para ella lo único valioso que habíamos dejado atrás cuando nos fuimos. Pero no era mi egoísmo, mi calentura, lo que me había hecho perderla en el instante en que la reencontraba.

—Hemos follado. Realmente no fue fácil. Claro que me gustó. A ella también. Pero queríamos decirnos muchas cosas, explicarnos, y no pudimos.

Olivia me entendió a su modo.

—Acaso hayas sido más claro de lo que crees ahora.

—Para mí, Chantal ha sido muy explícita.

—¿Qué quieres decir?

—Se ha dado cuenta de que, en el fondo, no había nada que decir.

—¿Te has dado cuenta tú también?

Reflexioné sobre ello. Él no haberle preguntado dónde vivía adquirió de repente nueva significación. No era necesariamente un olvido. Se me escapaba qué podía ser. Lo que sentía en mí contrastaba demasiado con la plenitud que perseguía, que necesitaba para poder vivir Coincidía demasiado con la vacuidad de mi trabajo, la rutina cotidiana y la torpeza de la existencia.

—A mí también me gustaría hacerlo alguna vez con otro —dijo ella.

—¿Te has cansado de mí?

—¿Por qué siempre piensas eso en seguida? ¿Acaso tú te has cansado de mí?

—Claro que no.

—Si digo que también me gustaría hacerlo alguna vez con otro, sólo quiero decir que, en el mundo, hay más cosas que tú y que yo. Quisiera reencontrarme de nuevo a mí, y, en él, a ti también. ¿Es tan raro eso? ¿Te parece loco?

—No, si lo dices así.

—Nunca lo he dicho de otro modo. Sólo que no has querido entenderme.

—Pero te has acostado ya con otros hombres.

—No me importaban nada, mientras que Chantal sí te importa a ti.

—También a ti.

—También a mí… Quiero algo más que follar.

—¿Qué quieres entonces?

Nuestra conversación parecía tan vieja como el mundo mismo. Ella estaba insatisfecha. Yo estaba insatisfecho. Y no había motivo alguno para la envidia.

—¿Por qué no contestamos a algunos de estos anuncios? —propuse.

—Puede que no sea mala idea.

—¿Cómo te lo imaginas?

—Cambio de parejas.

—¿Con desconocidos?

—Podemos trabar conocimiento, ¿no?

Me pareció tan cándido que tuve que reírme. Olivia también rió.

—¿Tanto te asusta la gente? —preguntó.

—Creí que tú querías algo más que follar.

—Quiero que tú también jodas. Preferiblemente, al mismo tiempo que yo.

—¿Es esa una gran diferencia para ti?

—Eso es lo que quisiera comprobar. Quisiera probarlo alguna vez.

—¿A modo de experimento?

—No, por cachondería. También quisiera que tú me

follaras.

—Es más que eso. ¿Qué quieres demostrarte a ti misma?

—Nada. Quisiera conocer a gente que pensara y sintiera como yo.

Debería ser posible. Entonces, ¿por qué no mediante un anuncio?

Me sabía mal haber apuntado esa posibilidad. No creía en ella, pero los argumentos de Olivia me hicieron dudar. Su confianza en el mundo dependía de su confianza en mí, por lo que no creía poder defraudarla.

—Intentémoslo pues —dije.

Se había arreglado como si fuéramos a salir. Me pareció atractiva y hermosísima. Sus tetillas se transparentaban purpúreas debajo de la blusa bordada de seda azul. La falda de terciopelo negro subrayaba su alta figura en un modo a la vez elegante y lascivo.

Le pregunté si mis tejanos no serían demasiado informales.

—Te quedan bien, ¿no? Me gustaría acostarme contigo ahora mismo.

—¿Por qué no lo hacemos?

—En seguida van a llegar las visitas.

Todo parecía dispuesto. El anticuado sofá de la buhardilla ya destacaba menos.

—Por favor, nada de juegos de sociedad —dije.

—¿Tampoco de prendas?

—¡Ni pensarlo!

Se sentó en el sofá. Desde el canapé, comprobé el efecto. Olivia me miró interrogante.

—Me pregunto qué aspecto tendrá la chica.

—Si has visto su foto —dijo.

—Sus pechos, su vientre, su ombligo, su pubis.

—Él parecía un chico decente…

—La cara no lo dice todo.

—Tú mismo has dicho que te había gustado la carta.

Lo que me había atraído de la carta era su sinceridad sin

rodeos, pero, sobre todo, el reflejo de nuestra propia situación, el parecido de las circunstancias y la incertidumbre de poder vencerlas.

—¿Duerme ya Diego? —preguntó.

—No he ido a verlo. Se dormirá pronto.

—¿Tengo buen aspecto?

—Fabuloso. Creo que eres muy valiente.

—Tú también. ¿Han llamado?

—No. Seguro que vienen, no te preocupes.

—No no me preocupo en absoluto.

Pensé en Chantal, en cómo reaccionaría ella en una situación así. \Acaso se reiría de nosotros. Ciertamente era como para reírse. Pero siempre después. A ella se le ocurrió sin esfuerzo un hotel; evidentemente tenía experiencia. En realidad, sabía demasiado poco de ella. También ella era una extraña para nosotros. No había diferencia esencial alguna con la circunstancia que estábamos viviendo.

—Voy a ver cómo está Diego —dijo.

Silencio en la habitación. El tic-tac del reloj. No me atreví a poner un disco por si no oíamos el timbre.

—Duerme —murmuró Olivia.

—Tengo hambre.

—Si acabas de comer.

—Aun así, tengo hambre. Me apetece un bocadillo.

—Hazte uno.

—No vale la pena.

Me miró preocupada. Me dominé y le sonreí. En ese momento, oímos sonar el timbre.

—¿Abres tú o yo?

Me levanté, salí al pasillo y abrí la puerta. Detrás de mí oí los pasos de Olivia.

Me quedé sin habla cuando vi ante mí a Chantal. Mi desconcierto le dio la oportunidad de adelantárseme.

—Perdonad que se haya hecho tan tarde. No encontrábamos la calle —dijo—. Éste es Guy. ¿Usted es Igor? ¿Y usted Olivia?

—Mi mujer se llama Chantal —dijo Guy—. No creo que lo dijera en la carta.

Chantal ignoró mi mirada, besó a Olivia en la mejilla. También Olivia estaba sobre aviso, su sonrisa podía considerarse cortés y divertida:

—Hola, Guy —dijo.

—Estás magnífica —dijo Guy—. ¿Puedo darte un beso, o sería precipitado?

Olivia se dejó besar. Miré a Guy y él respondió a mi mirada, casi disculpándose, también tranquilizado. No me causó repugnancia alguna.

Ayudé a Chantal a quitarse el abrigo, la observé a media distancia. Llevaba un blusón corto y pantalones, una combinación alegre de rojo, amarillo y verde oliva. Me besó en la boca, me mordió levemente el labio.

—Me recuerdas a alguien —dijo—. Puedo tutearte, ¿no?

Me miró radiante y aprobadora. Su mirada picara me impulsó a seguir el juego en la esperanza de entender sus reglas.

En la habitación me senté al lado de Chantal, y Olivia al lado de Guy.

Nos sonreímos estúpidamente hasta que me levanté para poner música y Olivia preguntó qué queríamos beber.

Poco después, saqué a bailar a Olivia. También Guy y Chantal bailaron. Cuando Chantal empezó a desvestir a Guy, yo seguí su ejemplo y desabotoné la blusa de Olivia. Ella se quitó la falda y me desnudó a mí.

Seguimos bailando desnudos. No pude por menos que examinar a Guy. Era más delgado que yo, también más musculoso, pero no tan peludo. La agilidad con la que bailaba y guiaba a Chantal, me animó a entregarme al ritmo estimulante de la música.

Intercambiamos parejas. Chantal me sacó la lengua, me asió la pija.

—¿Qué te parece nuestro encuentro? —murmuró.

—¿De verdad que Guy no sabe nada?

—No pude explicárselo. ¿Te gusta?

—Tengo celos.

—¿Por Olivia o por mí?

Olivia y Guy giraron uno alrededor del otro, ella le dirigió el traste y él la atrajo hacía sí, dobló las manos sobre su vientre. Siguieron bailando íntimamente abrazados.

—Tengo celos —dijo Chantal—. ¡Fóllame!

La levanté y la llevé al sofá. Ella me tiró de espaldas y se encaramó sobre mi pito. Con los ojos cerrados, se movió al ritmo de la música. El goce no me impidió obligar a Chantal a obedecer a mi ritmo.

Cuando la música calló, recuperé la suficiente conciencia como para bajarla suavemente entre besos y caricias e incitarla a que escogiera conmigo otro disco. Para mi sorpresa me reconfortó ver con qué pasión jodían Guy y Olivia. El trasero palpitante de Guy resultaba algo cómico, pero la evidente fuerza de sus riñones me impresionó.

—¿Venís a tomar algo? —pregunté.

—¿Por qué no nos lo traéis? —dijo Guy.

Cando nos acercamos, estaban sentados abrazados y nos miraban.

—¿De cuántos meses estás? —preguntó Olivia a Chantal.

—Casi de seis.

—Apenas se nota.

—Pero yo ya lo siento patalear.

Chantal se sentó al lado de Guy, quien la rodeó con el otro brazo.

Alcancé la copa a Olivia. Me miró interrogante. Yo le hice un gesto de ánimo, a lo que sonrió contenta y se me acercó.

—¿No habéis tenido muchos celos? —preguntó Guy—. Yo sí. Por eso todavía se me pone dura.

Pellizcó el culo de Chantal.

—¿No has estado bien? —preguntó Olivia.

Se inclinó sobre mí, deslizó la cabeza en mi regazo y abrió desafiante los muslos.

Con un chillido, Guy se lanzó sobre ella. Chantal intentó en vano retenerlo. Guy rodó con Olivia fuera de nuestro alcance.

—¡Bandido! —gritó Chantal y empezó a aporrear su trasero.

Eso encandiló aún más los movimientos de Guy. Para tranquilizarla a ella y a mí mismo, me levanté y le puse la picha entre los labios. Ella sopló en mi flauta, pero siguió aporreando.

—¡Más deprisa! —gritó Guy—. ¡Más fuerte!

Encabritándose, se corrió y se dejó caer de lado. Aún sin aliento, Olivia se arrastró hacia Chantal, deslizó la cara por debajo del culo de ella y empezó a lamer. Chantal se quitó mi picha de la boca:

—Penétrame —dijo.

Me deslicé debajo de ella. Olivia cambió de posición. Cuando mi picha se deslizó dentro de Chantal, sentí la lengua de Olivia en su raíz.

Guy se inclinó, interesado, sobre nosotros.

—¿Es que yo ya no soy del grupo? —preguntó.

Chantal buscó a tientas su miembro:

—Sírvase ponerse a la cola.

Él la entendió y se colocó detrás de Olivia. Agarró fuertemente sus muslos, la levantó y le hincó el tronco.

Sentí subir mi semen; le dejé vía libre y volví a empezar.

Ninguno de los otros se dio cuenta de que se abría la puerta.

—¿Jugáis a trenes? —preguntó mi hijo.

—Súbete a la locomotora —dijo Guy amable.

Nuestro hijo se encaramó a la espalda de su madre, mientras Guy dejaba deslizaría suavemente al suelo. Chantal se soltó de mí.

—Hola, Diego —dijo—. ¿Te acuerdas de mí?

Asustado, miré a Guy, quien lanzaba miradas endiabladas a su alrededor.

—Tómate una copa, entonces te lo explicaré —le dije.

Por un instante, temí que se me echara encima. Chantal levantó la cara. Las lágrimas rodaban por sus mejillas, pero su voz sonó contenida.

—Tengo que explicártelo. Te quiero, Guy. No sé cómo habría sido posible de otro modo.

Él la miró desorbitado. Todavía no entendía.

—Entonces, vale más que primero me des un trago —dijo.

No nos sorprendió recibir unos días después una carta de Guy en la que apelaba a nuestra comprensión. A pesar de que supiera apreciar nuestra amistad, ésta había nacido en circunstancias que se le hacían insoportables. Estaba sumamente claro qué quería decir con ello. Se había sentido engañado por Chantal, colocado por ella en una situación insostenible, desamparado ante miradas indiscretas. De momento, prefería dejar en el aire si con ello nuestra relación llegaba a su fin, si se rompía antes de haber empezado realmente, o si la renovaríamos cuando llegase el momento oportuno. En resumen, venía a decir que, por ahora, no quería vernos, pero que dejaba a Chantal en libertad de visitar a sus antiguos amigos.

También en nombre de Olivia, contesté que entendía perfectamente que se sintiera burlado, que en su desnudez no había quedado nada desfavorecido y que Chantal también nos había tomado el pelo a nosotros. Siempre sería bienvenido en casa, aun cuando viniera solo. Olivia añadió que había sacado un montón de ropitas de bebé, vendas y pañales para Chantal por si quería ir a recogerlas.

Chantal fue por la mañana, por desgracia en mi ausencia. Había charlado amistosamente con Olivia. Sobre todo, según Olivia, sobre su futura maternidad y sobre si debía dejar sus estudios o no. Había afirmado que Guy se había alegrado al recibir nuestra carta y que le había gustado que nos tomáramos las cosas así. Todo volvía al orden, aunque hubiese podido ser mejor. Chantal me mandaba recuerdos.

Tampoco yo tenía nada que oponer a que el asunto quedara, de momento, congelado. La presencia de un cuarto no me había resultado en absoluto desagradable; siempre había sospechado las posibilidades e imposibilidades que suponía. En el fondo, había quedado agradablemente sorprendido, pero eso no significaba que me sintiera capaz de

convencer a Guy de las maravillas que nos esperaban a los cuatro. Al fin y al cabo, él no se lo había pasado tan bien, y, en lo que a mí se refería, ciertamente no tenía ni prisa ni necesidad de forzar la situación.

Lamenté que los deseos de Olivia sólo se hubieran satisfecho tan fugazmente. Pero, de hecho, dependía de ella el que dejara así las cosas, o no. No propuso ninguna nueva aventura, y no me pareció desanimada.

De modo que la vida simplemente siguió adelante. Chantal nos visitaba de vez en cuando, por comodidad y por mostrarnos cuán adelantado iba su embarazo. Su gran vientre la convertía casi en una extraña para mí, a pesar de que bromeara acerca de ello y nos divirtiéramos. Se mantuvo la confianza entre nosotros, pero no conseguí participar de lo que en ella crecía.

—¿Te habría gustado ser el padre? —preguntó Olivia.

Le contesté que creía realmente que ya me habría hecho a la idea. También Guy quería a Chantal, y a mí me gustaba él. Pero daba la casualidad de que yo no era el padre y de que, por lo tanto, no podía considerarme responsable de un fruto no nato que me distanciaba de la madre.

Esperábamos el parto. Por causa de Guy, no pudimos asistir. Chantal lo lamentaba mucho, pero tampoco ella veía otra salida. La consolé asegurándole que un parto también era impresionante sin un montaje erótico.

Una hora después de que hubiera llegado al mundo el niño, Guy nos llamó. Me puse al teléfono. Probablemente hubiera preferido hablar con Olivia, pero no dejó traslucir nada. Escuché la gran noticia y le felicité; después, le pasé a Olivia. Ella también le felicitó. De la conversación deduje que nos esperaban aquella misma tarde junto a la parturienta.

Guy estaba sentado al lado de la cama cuando entramos. Chantal estaba rodeada de otras cinco mujeres. Nos saludamos. Guy y yo nos dimos la mano. Al cabo de un titubeo apenas perceptible, respondió a mi apretón.

Poco después se disculpó porque tenía que irse, supuestamente para pedir las participaciones de nacimiento, y nos dejó a solas con Chantal. Nos mostraron el bebé y

comprobé lo feliz que estaba Chantal. Era una madre radiante y orgullosa. No podía apartar la mirada de ella. Hice como si admirara al niño, vi que efectivamente era pequeño y tierno, aunque tuviera una carita resuelta, pero, en realidad, me enternecía Chantal y me llenaba de violentos deseos.

Percibió mi silencio. Me tomó la mano.

—¿Qué te parece mi hijo?

—Fantástico.

—Mentiroso. No me miras más que a mí.

Su mano me cogió la bragueta. Quedé rígido un instante, pero después me dio igual que alguien nos hubiera visto. Me limité a poner mi mano sobre la suya y librarnos así de un escándalo.

—¿Qué le parece a Guy? —pregunté.

—Monstruoso —contestó sonriente—. Dice que tiene celos.

—A mí también me pasó eso, pero no me dejásteis ocasión.

Olivia rió. Me sentí aliviado de volver a encontrar tanta comprensión.

Cuando, unos meses después, me encontré con Tom en la calle, me acordé de Chantal. Era un recuerdo lejano.

Desde Aix —hacía ahora cinco años—, nos habíamos encontrado ya muchas veces sin que yo recordara la noche en que ella había salido con él. Caminamos juntos un trecho hasta que me propuso tomar un trago.

Estábamos juntos ante la barra y charlábamos apenas; mirábamos las copas, los cromados, las caras inexpresivas de los demás bebedores, cuando él, como enlazando con mi reciente asociación de recuerdos, dejó caer el nombre de Chantal. Hice como si no le hubiera entendido.

—Está viviendo con un maricón —dijo—. ¿Lo sabías?

—Creía que acababa de tener un hijo.

—Sí, de Guy.

—¿Es que ya no vive con él?

—Guy es gay.

Refrené el impulso de contradecirle y simulé una sorpresa que en realidad no sentía.

—¿Es que el niño no es suyo?

—También liga con mujeres, con mujeres y hombres.

Asentí como si eso lo explicara todo. Me interesaba sobre todo porque no parecía coincidir con mi experiencia, pero no tenía ganas de discutirlo. Mi curiosidad me irritó. Detrás de la lengua viperina de Tom, percibí el deseo de herirme. Me pregunté cuánto sabría acerca de nuestra relación. Nunca lo habíamos ocultado, pero, según podía recordar, nunca habíamos hablado de ello con él o con Dick.

—No lo sabía —dije—. Qué raro. ¿Dónde lo has oído? No sabía que conocieras a Guy.

—Pregúntale a Baphomet.

El teatro sexual de Baphomet: había oído, había leído sobre él. No entendía la relación.

—Nunca he ido. ¿Vale la pena?

—Chantal actúa allí. También Guy trabaja allí. Deberías ir a verlo.

Comprendí de pronto toda su malicia. No me había equivocado. Curiosa idea la de que, en aquel entonces, hubiera tenido celos de mí.

—Claro que lo haré —dije—. ¿Quieres tomar algo más?

Primero pensé en preguntárselo directamente a Chantal. No nos había contado nada. Eso me molestaba, y por eso no toqué el tema. También a Olivia le oculté lo que había oído. No quería que lo entendiera como un chismorreo contra Guy. Por otra parte, me intrigaba la afirmación de que los hombres le excitaran sexualmente y me molestaba bastante el que conmigo no hubiera dado muestra alguna de sus gustos. Aunque yo me tenía por etéreo, me había sentido marginado, como si no le hubiera resultado lo suficientemente atractivo. Esta última reflexión me divirtió, aunque despertó en mí cierto desasosiego; amenazaba la imagen de mí a la que me había acostumbrado.

Tras andar un par de días rumiando el asunto, fui una

noche al teatro sexual de Baphomet. Como cualquier otro, tenía derecho a ver en escena a Chantal y a Guy.

Compré la entrada en la taquilla y recibí además una tabilla de madera que llevaba un número. Le pregunté al portero qué significaba, me informó de que pronto me daría cuenta, que formaba parte del espectáculo. Era el cinco.

La sala era más pequeña de lo que esperaba. Cabría un máximo de sesenta espectadores, y estaba medio llena, sobre todo de hombres mayores. Quería sentarme hacia atrás, pero un acomodador con una linterna me lo impidió y me guió hacia delante. En su rostro adornado de un ancho bigote llevaba un enorme sombrero de ala ancha. Sus ojos me miraban inquisitivos cuando me indicó un silla en primera fila. Aunque jamás lo hubiera visto antes, no me cabía la menor duda de que se trataba de Baphomet.

—¿Está seguro de no equivocarse? —se informó.

Le miré, sin entender. Realmente no le comprendía.

—¿No es aquí?

—Depende de lo que busque.

Reí, y le molestó que me riera. Aquel hombre era evidentemente un charlatán, no obstante tenía algo que me fascinaba.

—Sólo tengo ganas de verlo —dije con una sonrisa indudablemente estúpida.

—Entonces bueno. Mejor aún, excelente. Siéntese por favor.

Me forcé a no mirar atrás para ver si había desaparecido; no quería que se diera cuenta.

Las luces de la sala se apagaron. En la tarima —no se le podía llamar escenario—, se encendieron los focos. Bajo una iluminación rosada había una jovencita que se toqueteaba. Sustituyó los dedos por una vela, la vela por un plátano, el plátano por una botella de vino. Sólo ese último número me pareció digno de mención.

Duró demasiado y demasiado poco. Los focos se apagaron.

El número siguiente consistía en un entremés cómico de dos enanos masturbadores. Se desafiaban mutuamente, se saltaban a la espalda el uno al otro, se corrían a tirones y, por

fin, gritaban eufóricos. No vertieron ni una sola gota, pero de la tarima brotaron de repente unos delgados chorritos teñidos de rojo…

Me senté más cómodo y decidí divertirme.

Las luces de la sala se encendieron el tiempo suficiente para permitir que un jovenzuelo larguirucho abriera una trampilla en la tarima. Evidentemente, estaba atascada, y se cayó con ella de espaldas. Mientras se la llevaba, se vio premiado con unos leves aplausos.

Ante mí, oí roces y un arrastrar de pies. A la luz lila que se encendió, vi a Chantal: desnuda, simulaba pescar con una caña en el hueco. La expresión de su cara, dirigida a la sala, por encima de mi cabeza, era la de una sonámbula. Después de lo visto hasta ahora, su aspecto era indeciblemente aburrido.

Acurrucada de rodillas, bajó los ojos. Pareció pasar una eternidad. Ni un carraspeo, ni un susurro. Parecía hipnotizar a todos, salvo a mí. Sonó una música que fui incapaz de clasificar. Extraña. Desgarrada. Salía del hueco a su lado.

Por fin, el espectáculo cobró movimiento. El sedal se tensó como si tiraran de él. La caña se curvó. La música fue *in crescendo*; sitar y flauta. Del agujero salió una luz azul verdosa que, paulatinamente, se superpuso al foco lila, enfrió aún más la palidez de su cuerpo y se aferró a él como un moho. Recogió el sedal e izó a Guy, cuyo cuerpo desnudo iba pintado de esqueleto fosforescente.

El esqueleto tomó pie, se estiró y empezó a bailar alrededor de ella. Ella lo rehusó, hizo como si tropezara y se cayó con demasiada violencia sobre su trasero; se recuperó rápidamente y lo dispuso de tal manera que quedara tendida con las piernas encogidas, los muslos bien abiertos hacia el rincón de la sala donde yo me encontraba. Guy, la Muerte, cayó de rodillas y le metió su blanco miembro. Apoyada en los antebrazos, se entregó a él.

No iba en broma. Jodían de verdad.

Su grito, cuando se corrió, rasgó el silencio; le siguieron bramidos y aplausos en la oscuridad.

Mientras el tumulto remitía, Baphomet subió a la tarima

seguido de la luz de un foco anunciando la culminación y, al mismo tiempo, el número final del programa. Lo calificó de apoteosis. Invitaba al respetable público a no ser tan sólo testigo, sino a participar activa y creativamente. Batió palmas. Envueltos en capas abiertas, Guy y Chantal salieron de la oscuridad y lo flanquearon. Ambos alzaron unos números. Guy el 13 negro. Chantal el 17 rojo. Baphomet extrajo de debajo de su ancho sombrero el 1 negro. Mientras explicaba las reglas del juego, el jovenzuelo larguirucho de antes acercó arrastrando una rueda de la fortuna, que colocó encima de la trampilla cerrada.

Se ponía en marcha con una manivela. Una flecha en el centro señalaba el número ganador. Los espectadores varones tenían números negros y las espectadoras, rojos. Si la suerte les deparaba una pareja, debían poseerse carnalmente allí mismo. A quien no deseara hacer uso de la oportunidad que se le ofrecía se le rogaba que abandonara inmediatamente la sala, cubierto de ignominia.

—Es un timo —murmuró el hombre a mi lado—. Nunca he visto que saliera alguno de esos tres. Ellos quedan fuera, y la gente de la sala nunca se atreve a hacerlo entre sí.

Le escuché sin contestar. No dudaba de que se hicieran trampas. De que todo estuviera predeterminado. En cierto sentido, eso me daba cierta sensación de protección; lo que Chantal y Guy habían hecho en escena era también tan sólo un juego, nada más que una obra atrevida de autoexhibición que no dañaba a nadie.

Por fin, se detuvo la rueda de la fortuna. Baphomet fanfarroneaba, cuestionaba el temor y la inhibición de los espectadores afirmando lo contrario de lo que cabía esperar, sin por ello dar todo aquello por un desafío, sino más bien por algo natural, algo así como una gratificación, una libertad reservada a todos y cada uno de los presentes. Guy y Chantal, sus acólitos, desmentían con su aspecto externo la validez de su demostración: sus sonrisas forzadas, su postura hierática, los convertía en sospechosos ídolos de cobardes, ávidos de sensaciones.

¿Por qué no me levantaba y me iba? ¿Por qué no

manifestaba mi repugnancia? Ciertamente se habría notado. A Guy y a Chantal no les hubiera pasado inadvertido, y Baphomet me habría reconocido. Me preguntaba si me veían, si Chantal me había visto. Pensando intensamente en ella, mirando fijamente su cara, intentaba atraer su atención hacia mí.

—Nuestro único objetivo aquí —dijo mi vecino— es, me temo, el haber estado sentado aquí en vano.

—¿Y por qué se queda sentado ahí, entonces?

Me lanzó una mirada reprochadora. Esperaba que me preguntara, a su vez, por qué me quedaba yo.

—No renuncio a la esperanza de lo imposible —dijo.

—Y, en su opinión, ¿qué es lo imposible?

—Lo natural.

—¿Qué entiende usted por eso?

—Todo aquello que yo soy incapaz de hacer.

Su respuesta era tan intransigente, tan terriblemente acertada dentro de su limitación y tan absolutamente falsa fuera de ella, que respondí a la mirada airada de Baphomet con una sonrisa comprensiva. Nuestro parloteo lo había interrumpido. No supe la impresión que le causaba yo, pues, mientras seguía anunciando al respetable público la puesta en marcha de la rueda de la fortuna, sentí caer sobre mí otra mirada. Chantal me miraba. Su sonrisa se hizo viva, su cuerpo se estiró, respiró. El hombre a mi lado volvió a decir algo, pero yo no quería oírlo. Su mísero realismo no era nada en comparación con lo que yo veía ante mí: mi propia, ridícula Chantal, mi ídolo hecho carne.

La saludé haciendo muecas, excitado como un idiota que sabe que le están filmando y que un día acaso lo verán miles de personas.

Chantal reaccionó arrugando la frente y lanzándome miradas reprobadoras y desdeñosas.

La rueda de la fortuna había girado.

—Número diecisiete —anunció pomposamente Baphomet.

Su desdén se convirtió en incredulidad. Pura incredulidad.

Mientras Baphomet la agarraba por los hombros, la empujaba hacia delante y la ofrecía al público como una res,

la perplejidad se apoderaba de sus rasgos. Percibí su pánico, yo mismo no podía creerlo. Mi vecino jadeaba.

—¿Quién —decía Baphomet—, será el afortunado que regale a la más bella de las mujeres los instantes más felices de su vida?

Miré a Guy. Seguía igual de rígido, su cara no expresaba sorpresa ni inquietud, sino sólo confianza varonil.

Una confianza en lo imposible, en lo que no puede ocurrir, porque no tiene lugar en nuestro campo de visión.

Baphomet soltó a Chantal y volvió a la rueda de la fortuna. Su cara era sombría. Aunque sabía que había hecho trampa y que seguiría haciéndola, entendía su melancolía. Tenía que porfiar en lo que otros consideraban imposible, mientras su concepto de verosimilitud se debiera a la autosugestión.

Su mano giró la rueda. Podía salir un número que nadie tuviera. La sala estaba sólo medio llena. Podía no ocurrir nada. Una broma pesada, un horror.

La flecha se detuvo sobre el 8, pero volvió a caer en el 5.

—¡El cinco! —gritó Baphomet—. ¿Quién tiene el cinco?

Nadie en la sala podía haber visto mi número, porque involuntariamente lo había guardado al entrar. Parecía improbable que el taquillero y el portero estuvieran involucrados en la conspiración. Nadie podía obligarme a levantar mi número. En cualquier caso, siempre podría pretextar objeciones formales y escapar a un desenmascaramiento. En el fondo, todo se reducía a que Baphomet ponía totalmente en mis manos el éxito de su truco.

Pero ¿en qué medida era un truco? ¿Dónde estaba el fraude? Admitiendo que había manipulado con astucia la rueda de la fortuna, que pudiera detenerla donde quisiera, ¿qué significaba entonces su elección? ¿Era intencionada?

Baphomet se volvió triunfante hacia la sala. Sabía que no era un farol, que todavía guardaba un as en la manga y que lo jugaría. Me metí la mano en el bolsillo, palpé la chapa de madera con el número, lo solté en seguida, me obligué a no pensar en él, pensé en Olivia y Diego, en el reloj encima de la

chimenea, que ya no funcionaba y que había que arreglar sin falta.

—¿Quién tiene el cinco? —preguntó Baphomet. ¿Quién se muestra indiferente ante esta preciosidad, quién se atreve a desdeñarla, quién se resiste a su belleza?

Alguien en la sala alzó el 15. Baphomet rió y meneó la cabeza.

—El cinco está en la sala —dijo—. Lo sé. También sé quién es, pero no lo revelaré.

Miré a Chantal. Su cara mostraba aburrimiento. Un intento ficticio de aparecer indiferente. El aire a mi alrededor se hacía siempre más corrupto.

Baphomet no había mirado una sola vez en mi dirección. No me importaba que supiera que era yo. Tenía ganas de saber cómo resolvería el asunto.

—Lástima —dijo Baphomet—. ¡Si al menos el que se niega a darse a conocer tuviera la decencia de marcharse! No se lo tomaríamos a mal, lo respetaríamos. Éste no es su lugar y debe entenderlo. No estamos ofendidos, pero sí tenemos derecho a sentirnos molestos.

No me moví. Me retenía la indiferencia simulada de Chantal.

Baphomet miró en mi dirección. Nuestras miradas se encontraron. Sostuve la mirada de Baphomet, no sentí nada. Sostuve la crueldad que se apoderó de su cara con el interés de un curioso.

Se colocó frente a la rueda de la fortuna, puso la mano en la manivela. Levantó la otra, como si preparara una conjura:

—Entonces, probaremos otra vez —dijo.

La rueda de la fortuna giraba ya cuando me levanté, seguía girando cuando salté los tres escalones hacia la tarima. Aparté a Baphomet de un golpe e hice girar con tal violencia la rueda de la fortuna que las cifras dejaron de ser legibles debido a la velocidad.

Dejé caer los pantalones, me bajé el slip y me la saqué. Chantal estaba dispuesta para mí. En cuanto sentí su coño alrededor de mi miembro, supe que ya no podía pasarme nada mientras estuviera dentro de ella.

Sus brazos alrededor de mi cuello, el afán con que venía a mi encuentro y la succión ordeñadora en ella malograron mi intención. Lo que viniera después, le era igual. Quería que la follara y nada más. Teníamos que lograrlo, y lo lograríamos, en el escenario.

La resistencia que todavía sentía desapareció con los aullidos y gritos en la sala. Oí voces de ánimo, maldiciones, insultos y jadeos. Sentí que alguien se me ponía encima, se agachaba y hacía bambolear de un lado para otro mis testículos; sentí cómo sus manos tanteaban, exploradoras, mi trasero. El público chillaba y reía, mientras yo me sentía siempre más cachondo.

El que se había encaramado sobre mí fue arrancado de un tirón y luego apaleado. Chillando, cayó en mi campo de visión. Era Baphomet, perseguido por Guy. Baphomet, quien había perdido su sombrero de ala ancha y cuyo bigote colgaba por una punta.

Guy lo persiguió por la tarima, le cortó el paso hacia la sala, lo acosó de un lado y de otro e intentó atraparle saltando por encima de nosotros. Baphomet lo esquivó, alcanzó la escalerilla y se precipitó escenario abajo. Pero Guy se le había adelantado, lo esperaba allí. Baphomet dio media vuelta, tropezó y se arrastró escaleras arriba, pero Guy lo asió por la nuca y lo empujó contra el suelo. Allí estaba, con el culo al aire, los ojos clavados en mí.

No pudo impedir que Guy le arrancara los pantalones. Sus grandes nalgas rosadas eran un botín inerme. Guy se escupió en la mano libre, humedeció su miembro de saliva y penetró en Baphomet. Como un gigantesco murciélago cabalgó sobre el culo que se le ofrecía.

La boca de Baphomet se abrió, y sus pupilas dieron vueltas en las órbitas. Se entregaba, resollante, al placer.

Al mismo tiempo de Guy, me corrí y llevé a Chantal a su punto culminante. Cuando nos levantamos, los otros dos seguían.

Miré la sala y busqué al hombre que había estado sentado a mi lado.

—¿Qué? ¿Satisfecho? —grité—. ¿Lo ha visto todo?

Era un hombrecito insignificante. Un sabihondo gris que se hurgaba la nariz, lo cual lo afeaba y apocaba aún más.

Abrió los labios. Esperaba que se metiera el dedo en ellos, y la sola idea me dio náuseas.

—¿Podría apartarse un poco? —dijo—. Si no, no veo nada.

Salté de la tarima y me giré hacia Chantal. Estaba ante la rueda de la fortuna. La flecha sobre su cabeza señalaba el 1.

Sea lo que sea, lo que es producto de mi fantasía, lo que invento, puede revelarse fácilmente como ficción y fabulación. No he de hacer nada más que revelarme, entregarme. De todos modos, el cuerpo hace lo que quiere. Se pone cachondo, se destruye, o toma posesión. Se expone desvergonzadamente, no admite culpa alguna. Cuando llora, llueve, o fluyen lágrimas de alegría. La sangre coagulada y la leche cuajada son residuos. La saliva se espesa hasta convertirse en jalea. Baba divina que a nadie importa. Quien no respeta el dolor merece ser fustigado. Quien no valora el orgullo, ser humillado. Tal como estamos aquí, melodramáticamente encadenados, cara a cara con los torturadores a quienes hemos solicitado nosotros, no tenemos por qué engañarnos a nosotros mismos ni a los demás. Hemos conspirado todos, nuestra corrupción está cuidadosamente condicionada. Ningún pito se endurece ni ningún coño se hincha que no haya sido previsto. Olivia, con los brazos extendidos y atados por encima de la cabeza, las tetas desnudas orgullosamente empinadas, es una víctima más bella que yo. Me han impuesto la misma postura, pero mi barriga abombada y los ensortijados pelos de mis piernas, la blandura intelectual de mi carne demasiado dócil no es tan apetitosa. Me convenzo de que he renunciado voluntariamente a mi libertad, lo cual me concede la gloria. ¡Que los demás alimenten la calenturienta ilusión de elegir mi castigo! Mi escroto arrugado pende torcido bajo mi miembro, del que cuelga la cabeza gruesa, tonta, como una res que pasta, sueña y rumia, insondable. Miro hacia Chantal:

la veo a ella y a Guy en el disfraz impuesto por Baphomet, que el propio Baphomet no necesita porque su aspecto puede adaptarse a cualquier imaginable bestialidad. Sus máscaras de cuero representan cabezas de cerdo; están mal hechas y sin fantasía, lo cual reduce, aun sin borrar, la iluminación anaranjada y convierte en un acto ridículo e infantil el incienso, almizcle y gris ámbar. No todo es serio, aunque todo se realice con suma seriedad. Al día siguiente, todo habrá pasado; lo que siga doliendo será cosa del ayer.

—¿Qué hacemos con ellos? —pregunta Baphomet.

Guy calla, se divierte con el desinterés de Olivia, comprende perfectamente su callada protesta. Ella cree que se trata de una broma pesada, que nunca debería haberse entregado a él y que tampoco nunca debería haberme hecho caso. Cuando hablo de responsabilidad, conciencia del deber, consecuencia, predico con un apasionamiento en el que sólo yo creo. Ella espera terminar pronto. Las experiencias que nos brinda la vida están muy bien en un sillón, pero no cuando las muñecas empiezan a doler, pese a los cuidados de Guy. Nunca te fíes de un amante, tesoro mío, porque sabe exactamente lo que hace. En el caso de Chantal, no estoy tan seguro. El morro de cerdo sobre su cuerpo rollizo se transforma en una marrana rijosa. No me cabe la menor duda de que se divierte.

Entre otras cosas, fue ella quien me convenció para que viniera y trajera a Olivia, no por diversión y placer, sino porque tenía un pequeño problema. Quería saber por qué ella no dejaba a Baphomet. También quería entender mejor a Guy, quien tampoco lo sabía. Ninguno de los dos cree en Baphomet, pero Baphomet los tiene atrapados. De momento, está sentado entre ellos, acaricia los testículos de Guy y rasca el conejo de Chantal.

—Bueno, ¿qué hacemos? ¿Los iniciamos o no?

—Pruébalo primero con el látigo —le sugiero—. Eso querías, ¿no?

Olivia reprime un temblor, su irritación no la libra del malestar. Yo me las tengo con ella, la protejo al seguir desafiando a Baphomet. He besado el *knut*, he lamido los

hermosos látigos, he acariciado con la mirada el vergajo y le he dicho a la cara que no es sino un satanás pasado de moda, un pobre chiquillo obsesionado por un azote infantil, un ser políticamente desorientado. La tortura no es más que un pasatiempo de provincianos y gentes con manías de nobleza. Estoy echando faroles, pero sé a qué me refiero. Él, en cambio, no. Me escatima la disciplina por esnobismo, y a Olivia no le concede el placer de los latigazos porque cree que su despectivo silencio está en connivencia conmigo.

—Nada de azotar las nalgas —decreta con severidad el gran Baphomet.

¿Me equivocaré o a Chantal le molestan los latigazos? Si no expresa sus sentimientos, nadie puede comprenderlos. Mi impresión de que algo la ha decepcionado, de que quisiera poner a prueba mi jactancia, aunque sólo fuera por unos instantes, queda borrada por el gesto de Guy, quien se inclina hacia Baphomet y le susurra algo al oído. Baphomet asiente. Chantal lo ha escuchado y menea, con reparos, la cabeza. Guy argumenta el asunto con ella en voz baja y ella se somete, se parte de risa, se reclina sobre el hombro de Baphomet.

—Primero la mujer —decide Baphomet.

Guy se levanta y se acerca lentamente a Olivia.

—¿Quieres que te desate? —pregunta amable.

Ella no se digna contestar. Él sonríe con tristeza por su falta de colaboración.

—No te chincho —dice—. Si estás de acuerdo en dejarte vendar los ojos, es cosa hecha. Pero, si no quieres, puedes irte a casa.

—Entonces, desátame, Guy —dice Olivia.

Lo hace encantado. Le masajea las muñecas. El muy embustero le susurra algo al oído. Para mi sorpresa, la cara de Olivia se ilumina como seducida por algo, algo que había creído peor. Dócilmente, se deja vendar los ojos y conducir. Chantal se coloca a su lado y la ayuda a sentarse en un sofá. Unos almohadones sostienen sus riñones. Sus labios menores se hinchan a ojos vistas y brillan húmedos. Chantal acaricia la cabeza de Olivia, ensortija sus largos cabellos. El miembro

de Guy descansa sobre el vientre de Olivia. ¿Por qué no lo coge, forma también parte del acuerdo? Me tapa la vista el gordo Baphomet, quien se acerca silencioso; se coloca junto a Guy, quien se aparta un paso, aunque de tal manera que sus dedos quedan dentro del coño de Olivia. Los dedos la ensanchan. Baphomet prepara su miembro y lo introduce; la folla impetuoso, como un macho cabrío. Ya no la veo, aunque sí la oigo. Los sonidos que emite no dejan lugar a duda: no sólo sabe lo que hace, sino también lo que le hacen. No lo hubiera esperado de mi Olivia. En el calor de los embates, sus cuerpos se han movido. Su cara vendada vuelve a ser visible. Su boca busca aire, jadea, produce sonidos que empiezan a parecerse a un canto, cual un destemplado pero sostenido alarido de sirenas, que se eleva por un cilindro. Las delicadas manos de Chantal le quitan el trapo de los ojos, le conceden lo que hasta ahora le estaba privado: la visión de Baphomet. Olivia abre los ojos de par en par y prorrumpe en un grito, pero Baphomet redobla su fuerza, transforma su espanto y repugnancia en nuevos sonidos, en un zumbido como de enjambre. Ella cierra los ojos y alcanza un nuevo éxtasis. Baphomet la suelta y viene hacia mí.

—Tienes una mujer jugosa —gruñe satisfecho—. ¿Qué te ha parecido?

Miro mi pija empinada y vuelvo a mirarlo a él, con su pija todavía dura. Olivia y Chantal están tendidas, casta y sosegadamente abrazadas. Guy las observa a cierta distancia.

—Creo que ahora habría que follarte a ti una vez al menos —me dice Baphomet, mortificante—. ¿Quieres que se lo pida a Guy?

—Ése debería haberlo probado antes —replico—. Ha perdido la ocasión. Pero ¿por qué no lo haces tú mismo?

Mi respuesta desagrada a Baphomet. No se fía de mí, supone una argucia.

—¿Eres uno de ésos? —me pregunta—. ¿Te dejas joder?

Yo me lo pregunto muy en serio, acaso él me conozca mejor de lo que me conozco yo mismo.

—¿Cómo hiciste lo de los números? —le pregunto—. ¿Cómo sabías que yo tenía el cinco? ¿Puedes decírmelo?

Baphomet ríe:

—¿Tanto te gustaría saberlo, Igor? Date la vuelta, monín, inclínate y te lo haré sentir.

—Primero desátame, Baphomet, si no, no te creo.

Titubea, se lame las labios. Yo saco la punta de la lengua y la hago temblar.

—Date prisa, tesoro, que no soy tu chica, no tengo tanta paciencia.

No lo piensa dos veces y me desata. Ahora podría cubrirle de golpes, dejarlo tieso por maricón; pero no por eso escarmentaría, no sería más honrado. Él ha corrido el riesgo, y yo me inclino para que me joda. No tengo nada que perder más que mi castidad. Él es cuidadoso, me somete con cautela. La repulsión dura poco. Lo siento cada vez más hondo en mis vísceras, aprieto nervioso mis nalgas. Nos proporciona a él y a mí un goce que puede sistematizarse, ampliarse. El dolor en mi culo disminuye, desaparece casi por completo.

—¿Qué, te gusta? —pregunta Chantal, quien me agarra juguetonamente la pija.

—¡Fuera las manos! —oigo gruñir a Baphomet—. ¡Es mío!

Yo me río, lo cual le hace estremecerse.

—¿No puedes ponerte debajo de mí? —pregunto a Chantal.

Como si fueran moscas aparto los dedos serviciales de Baphomet. Chantal se tiende frente a mí, alza la grupa con ambas manos, pero aun así, no llego hasta ella. Rápidamente salta hacia mí y se pone de culo. Lleno de júbilo, la penetro. Nos empujamos los tres mutuamente. Cuando estiro la espalda, oigo maldecir a Baphomet. Se queda pegado a mí, pero yo sigo, me inclino aún más hasta que cae aullando. Con Chantal encaramada sobre mi pito, salto por la habitación liberado de una pesada carga. Guy y Olivia se interrumpen brevemente para reírse a carcajadas del espectáculo.

La luna

Joder con Baphomet no significó tanto para mí entonces como ahora. Consideré que le había dado una lección que se merecía. Mi raja me dolió unos días, pero no había aprendido nada. Seguía sin saber cómo había montado lo del cinco, pero había sido una buena broma que yo le había devuelto con la misma moneda. Chantal y Guy ya no se entendían bien con él, estaban hartos de sus ridículas extravagancias. También el teatrillo perdió su atractivo. Tenía la impresión de que esa desgana estaba relacionada de algún modo con mi intervención. Mucho más importante me pareció el hecho de nuestro acercamiento. Guy tuvo que renunciar a su reserva frente a Olivia y a mí. Con Olivia le resultó más fácil que conmigo, pero, en realidad, no había nada que oponer a su conducta. Nosotros, los hombres, no teníamos por qué eliminar en el acto nuestra suspicacia. Era lo más normal del mundo que folláramos con la mujer del otro y lo gozáramos juntos. Chantal se había preguntado en qué consistía la sensación de ser enculada y quería probarlo. Quería hacerlo conmigo, lo cual me sorprendió bastante, cuando, de hecho, el que tenía experiencia de esas cosas era Guy; pero eso no era razón para privarla de ese placer. Al cabo de cierto tiempo de práctica, funcionó perfectamente, y para nuestra mayor y mutua satisfacción. Luego, a Chantal se le ocurrió la idea de hacerse joder al mismo tiempo por dos hombres, por delante y por detrás, lo cual, al parecer, le gustó tanto que Olivia no paró hasta probarlo ella también con resultados igualmente estimulantes. Guy y yo no intentamos follarnos nunca. No me molestó, pero me llamó la atención. Por cierto, otra cosa también me llamó la atención. El descontento en mi trabajo contrastaba radicalmente con nuestras vivencias amorosas. Me aburría todo el día en la oficina, sin otra expectativa que la de subsistir y disponer de una libertad demasiado limitada. Era para mí un misterio el que me

pagaran. Cuando Olivia volvió a ponerse pesada con que quería volver a trabajar, le propuse que lo hiciera por los dos. Al día siguiente, decidí despedirme, cosa que aceptaron de inmediato. Llegué a casa con un ramo de rosas. Primero, levantó la cabeza del fregadero con reparos, pero, cuando le desaté el delantal, le subí las faldas y la tendí sobre la mesa de la cocina, descubrió rápidamente que sólo ahora me tomaba la vida en serio. Sus protestas se perdieron entre risitas de júbilo. No bien transcurrida una semana, Olivia volvía a su trabajo anterior en el laboratorio y afirmaba adorar su trabajo. Después de follar, yo había fregado los platos, y cumplí con igual entrega con las demás tareas domésticas. Diego estaba encantado conmigo, y Olivia tenía la sensación de haber recuperado su libertad. Chantal le propuso a Guy hacer lo mismo, ya que así podría continuar sus estudios. Guy se oponía, apelaba a sus obligaciones como responsable y padre de familia. Chantal propuso un compromiso. Los dos trabajarían, pero sólo media jornada. Guy le preguntó cómo se lo imaginaba en la práctica. Hablamos los cuatro del asunto y llegamos a la conclusión de que la mejor solución sería una comuna. Olivia recordaba haber leído en alguna parte que ya existía una comuna de estudiantes.

—¿Por qué no nos sumamos a ella? —preguntó Chantal—. Así, tú también podrías volver a estudiar, Igor.

La idea me pareció magnífica. Realmente no había sido mi intención no hacer absolutamente nada. ¡Volver a sentarme en los bancos universitarios e investigar críticamente a qué conduce el saber, aparte de al poder! Pasaron meses antes de que todo estuviera a punto. Probablemente, los cuatro tuviéramos que hacernos primero a la idea. Fue una época de proyectos, reformas que consideramos necesarias, análisis y espera. Pero mi pensamiento se había puesto en marcha, y no se hicieron esperar las consecuencias. Como paso siguiente, le propuse a Olivia el divorcio. Guy y Chantal habían permanecido solteros, porque Chantal nunca esperó nada bueno del matrimonio. En mi opinión, el contenido de nuestro matrimonio se había convertido en un pretexto. Me

preguntaba por qué no le poníamos fin. En esa ocasión, Olivia accedió entusiasta, me abrazó y declaró que me quería, que era idiota darse por satisfecho con una fórmula que, para nosotros, se había vaciado de significado. De modo que fuimos a un abogado y pusimos los papeles en regla. A propuesta de él, resolvimos la cuestión de la culpa acusándome a mí de adulterio. Olivia consideró que aquélla era una insensata tergiversación de los hechos y hubiera preferido echarse la culpa ella. Pero le señalé que, a ese respecto, tenía derechos más antiguos y que, por eso, quería reivindicarlos. Chantal no me aprobó. Discutimos, pero no llegamos a arreglo alguno; el problema era simplemente demasiado absurdo, demasiado ridículo. Guy me preguntó por qué armaba tantos líos por eso cuando sería mucho más razonable seguir casados. Fue difícil explicarle que no me parecía bien.

—¿Qué te importa la sociedad? —me preguntó—. La sociedad se caga en nosotros.

Le contesté que no se trataba de eso. Lo que necesitábamos era claridad, algo inequívoco.

—¿Y tienes que demostrarlo con un papelucho?

—Soy un romántico —me defendí.

—Entonces, ¿por qué os casasteis antes?

Miré a Olivia con la esperanza de que me apoyara a defender nuestra decisión. Me desagradó que Guy me considerara un formalista. Olivia no me dejó en la estacada, aunque tampoco pudo dar una respuesta satisfactoria.

—¿Por qué nos casamos antes, Igor?

—Porque te quería, y tú creías que reconciliaría a tus padres con tu elección.

—Yo también te quería —dijo Olivia.

Y ahí quedó eso. No hallamos solución alguna pero nos aferramos a nuestra decisión. Efectivamente, nos iba bien. Además, nos sentíamos leales frente a Chantal y a Guy. Chantal lo entendía:

—En el fondo, tenéis razón —dijo—. Yo haría lo mismo. Guy y yo no nos casaremos nunca.

Al principio, la comuna pareció colmar todas nuestras

expectativas. Contándonos a nosotros, se componía de doce adultos y seis niños. Cinco mujeres y siete hombres, de modo que las tareas domésticas podían simplificarse a una división razonable del trabajo. Diego tenía compañeros de juego y Bas, el hijo de Chantal, compartía su existencia de bebé con otros dos gritones. Con un mínimo de esfuerzo, todos podíamos hacer más o menos lo que nos viniera en gana y lo aprovechábamos de sobras.

Cada familia tenía su propia habitación para dormir, o para estar a solas. Un joven sin pareja, David, vivía en una habitación más pequeña. Janine, una madre soltera con su hijo, contaba como familia. Todo se había calculado con la mayor equidad posible, y las normas domésticas podían adaptarse según acuerdo, tras reflexión en común, a las nuevas circunstancias.

Yo hubiera querido proponer que los cuatro no nos separáramos. A mis ojos no formábamos dos familias, sino una unidad. Chantal estaba de acuerdo, lo sabía. Olivia parecía dudar, y en el caso de Guy no estaba seguro. Como, evidentemente, suponía que dormiría separado de nosotros con Chantal y Bas, y nadie se opuso a ello, consideré más sensato callar. Nos veíamos constantemente, comíamos juntos, follábamos juntos. En lo que a esto se refiere, no dejamos en la ignorancia a los demás residentes, aunque sin exagerar. Sus reacciones a nuestras manifestaciones a este respecto fueron excesivamente neutrales, demasiado reservadas, carecían de toda sana curiosidad, de modo que seguimos manteniéndonos prudentes. Sus posturas frente a nosotros diferían, como es de suponer. Janine y David trataban más con nosotros que con los demás. Richard, el fundador de la comuna, y su mujer Hetty nos habían asegurado que cada uno tenía derecho a organizar su vida como le gustara. Peter y Marianne, una pareja joven y algo sosa, estaban tan absorbidos el uno por el otro que no les molestábamos. Edgar y Louis, dos maricones, sabían lo que significaba ser discriminado y chismorreaban con nosotros acerca de los demás, pero, por lo demás, no mostraban debilidad alguna.

Sólo cuando tuvimos dificultades entre nosotros, nos convertimos en el centro del interés. El cómo habían surgido las dificultades sólo pudo comprobarse después; siguió una reconciliación, una pausa, una carrerilla hacia nuevos disgustos. Todo empezó cuando Olivia quiso dormir por la noche con Guy. Chantal no tuvo nada que oponer. Yo estaba a favor, siempre dispuesto a toda clase de experimentos. Poco después, comprobé que nuestros encuentros de a cuatro eran menos espontáneos y más escasos. Parecíamos tener una gran necesidad de aislamiento, aunque insistiéramos en compartirlo con otro. Guy y yo acordamos que cambiaríamos diariamente de pareja. Pronto pasaron a ser cada dos o tres días, por lo que Olivia se quejó que aquella regularidad, impuesta como una norma, resultaba desabrida. Cuando volvió a dormir con Guy, me levanté y desperté a ambos.

—¿Qué pasa? ¿Qué quieres? —preguntó Guy.

—Quiero joder con Olivia.

—¿Estás chalado? Estoy muerto. Quiero dormir.

—Pues duerme en otra parte.

—No tengo ganas. No voy a dejar que me echen de mi propia cama.

Riendo, le quité la manta.

Se negó a abandonar la cama. Volví a taparlo y me acurruqué al lado de Olivia. Maldiciendo, Guy se levantó, se vistió y se largó.

—¿No podrías habértelo montado de otro modo? —preguntó Olivia.

—Quería variar un poco.

A eso no supo qué responder.

A eso nadie supo qué responder. Chantal mostró su malestar cuando, una noche, mientras fui brevemente al lavabo, se refugió en la cama de David. Naturalmente, pensé que estaba con Guy y Olivia. Cuando no la encontré allí, supuse repentinamente lo peor, aunque no sabía de qué podía tratarse. A la mañana siguiente, entró como si nada hubiera pasado.

—¿Por qué te has ido esta noche? ¿Dónde has estado?

—He dormido con David.

—¿Con David? Mientes.

—No miento. Puedo acostarme con cualquiera. ¿Cómo te fue con Olivia? ¿Mandaste a Guy conmigo?

—¿Cómo se te ocurre? ¿Qué te has creído? ¿Que voy a llorarle mis penas a Olivia si tú te largas? Me he llevado un susto de muerte.

De repente empezó a darse cuenta de que se había equivocado. Su cara se congeló. Se puso pálida como la muerte.

—¿Dónde estabas, pues?

—En el váter.

Rió nerviosa, a carcajadas. Siguieron las lágrimas, y no nos quedó otro remedio que follar, pero con un amargo sabor de boca.

También a David. Digería mal la aventura con Chantal, se le notaba. Pasaron semanas antes de que volviera a saludarme. Pregunté a Chantal si le había dado alguna explicación. Me contestó que le había contado la historia, pero que David no había sabido valorarla.

Guy entabló una breve relación con Janine. Chantal reaccionó con aparente indiferencia. Olivia se volvió quisquillosa. Cuando se acabó, Janine se presentó a comer durante días con los ojos enrojecidos por el llanto, y la intranquilidad empezó a apoderarse de la comuna. Como menos se atrevían a comentarnos algo, más susurraban a nuestras espaldas. Por fin, vino Edgar a avisarnos. Dijo que, si bien no quería inmiscuirse en asuntos ajenos, creía que estropeábamos el ambiente de la casa. A petición nuestra, enumeró las quejas: malas costumbres como la de abandonar en remojo las ollas sucias, emplear demasiado ajo, dejar tirado el periódico en el váter, y costumbres asociales como la de no devolver ni libros ni discos prestados, dejar la luz encendida por todas partes, hacer ruidos en la escalera, alborotar, soliviantar a los vecinos por tomar el sol desnudos.

—Creía que sólo había soliviantado a Richard —dijo Chantal.

Edgar sonrió con una mueca:

—No sólo a Richard —dijo—. Y éste es el caso. Me parece

que consideran que exageráis un poco.

—¿Tú también, Edgar? —preguntó Chantal, coqueta.

—Ay, tesoro, sabes lo que pienso de estas cosas. Por mí, puedes hacer lo que te apetezca; siempre te he considerado atractiva, pero ellos todavía no lo entienden. ¿Por qué no hacéis una fiesta? Invitáis a todos, y se lo pasarán en grande. Luego, todos estarán tranquilos por una temporada.

—De acuerdo —dije—, estás invitado. ¿Cómo invitamos a los demás? ¿Con qué pretexto?

—Lo convertiremos en una gran fiesta de reconciliación —dijo Guy.

—¡Tú, tú! —dijo Edgar, bajando modosamente los ojos.

—Podemos colgar la invitación en la cocina —dijo Olivia —. ¿Tengo que pedir autorización?

—¿Y qué ponemos? —preguntó Chandal.

Tomé lápiz y papel y escribí con letra grande: «El mundo anda muy mal; no os resignéis, defendeos: celebrad una fiesta con nosotros».

Para nuestra mayor o menor sorpresa y, en todo caso, para nuestra tranquilidad, se presentaron todos salvo Louis, quien, según Edgar, no se encontraba bien; otra vez la fiebre del heno. Armando bastante ruido, como si quisieran mostrarnos cuán buenas eran sus intenciones, nuestros compañeros de comuna se dejaron anegar de bebidas y atiborrar de golosinas, bailaron, charlaron, fueron galantes y se dejaron cortejar mesuradamente. De hecho, era la primera vez que podía observarlos con ánimo festivo. Chantal fue amable con David, embarcándolo en una conversación y escuchándole entusiasmada. Guy mimó a Janine, sin ponérselo demasiado difícil. Peter y Marianne, aun cuando fueran inseparables, iban de grupo en grupo y resultaron ser unos conversadores polifacéticos. Richard se dejó arrancar por Olivia de las faldas de Hetty y la observaba con visible complacencia; me apiadé de Hetty, bailé con ella y la llevé luego a un rincón tranquilo. Era una chica muy mona, de tetas firmes y muslos fuertes, quien, como si eso fuera lo que

debía esperarse de ella, se sentó prácticamente en mis rodillas. Yo no tenía nada que oponer; me arrimé despreocupadamente a su calor y me sometí a sus chanzas con una mansedumbre que me sorprendió a mí mismo.

—¿Os gusta estar con nosotros? —preguntó.

—¿Os gustamos nosotros?

—Tengo la impresión de que os importamos una mierda.

—¿Por qué os hemos invitado entonces?

—¿Sois realmente tan libres, o sólo os echáis un farol?

—Sólo nos echamos un farol.

Le puse las manos en la rodilla. Se sentó de tal manera que el camino entre sus muslos quedaba libre.

—A veces exageráis —opinó—. A algunos les resulta excesivo.

Su braga ya estaba húmeda. Pude entrar en ella por arriba.

—A nosotros también nos resulta excesivo a veces. Pero nunca se es demasiado excesivo.

No estuvo totalmente de acuerdo conmigo, no dejó avanzar mi dedo más allá de su clítoris, aunque fue lo bastante amable como para colocar su mano en mi bragueta; le abrí la cremallera, pero no sacó nada. Empezó a aburrirme un poco.

—¿Bailamos otra vez?

No contestó. Entre el pulgar y el índice podía frotar su clítoris, un aguijón ardiente, una chusca pijita. Respiraba más y más profundamente, jadeaba en mi oreja. Sus dedos me amasaban como si yo fuera un colegial.

Miré a mi alrededor para ver qué ocurría con los demás. Richard bailaba muy íntimamente con Janine, las manos envolviendo su culito. Si la vista no me fallaba, ya no llevaba falda. Tenía piernas largas y bonitas. Marianne estaba sentada en las rodillas de Peter, que chupaba sus pezones. Guy charlaba con naturalidad con Edgar. Su conversación no era en absoluto amariconada. David estaba acurrucado a los pies de Olivia, charlaba como un buen chico, pero miraba fijamente su entrepierna. Algo había allí que le fascinaba. Yo sabía qué era: su último slip estaba en la colada.

—¿Bailas conmigo? —preguntó Chantal.

Hizo como si no viera lo que yo estaba haciendo con Hetty. Tampoco era tan importante. Besé a Hetty en la nuca, un largo beso húmedo, le pellizqué la mejilla, le bajé la falda y seguí a Chantal.

—Se te ha puesto tiesa —dijo reprochadora.

—Sí, para ti.

—¿De verdad?

Me extrajo el miembro y lo contempló, satisfecha.

—¿Lo hace bien?

—¿Quién?

—Hetty. ¿Quién, si no?

—Tú lo haces mejor.

Rió.

—¿Qué no haríamos por nuestros invitados? —dijo.

—Todos parecen pasárselo en grande. ¿Estás bien, tú?

—Tengo ganas de joder. ¿Nos vamos al lado?

—¿Por qué no lo hacemos aquí?

—¿En medio de nuestros enemigos?

—Parecen muy pacíficos.

—Sí, y están cada vez más desnudos.

—¿Ya no te atreves a desnudarte?

Se apartó de mí y se quitó el jersey y la falda. Su finísimo slip se tensaba en el culo.

—Ahora te toca a ti, Igor.

Me desnudé. Estiró sus brazos alrededor de mi cuello y se frotó contra mí.

—¡Qué bonito! —oí suspirar a Edgar—. ¿Te atreves tú también, Guy?

Richard pasó bailando a nuestro lado. Me sonrió ampliamente y siguió desnudando a Janine.

—Parece convertirse en una moda —dijo Chantal—. ¿Lo ves?

Marianne y Peter se adelantaron entre las demás parejas que bailaban. Marianne parecía sofocada; aplastaba sus grandes pechos contra la chaqueta de Peter. Peter le bajó el slip, que, ya que ella se resistía, le quedó colgando debajo del culo. No tuvo misericordia: se arrodilló y le metió la lengua

en el ombligo.

—¿Por qué no nos desnudamos todos? —propuso Richard —. ¿Vota en contra alguno de los presentes?

Hetty ya estaba desnuda, reclamaba, las piernas abiertas, a Richard. Olivia miraba a su alrededor desconfiada, pero se encontró con mi mirada que, evidentemente, la tranquilizó, pues también empezó a desvestirse. David siguió, apresurado, su ejemplo.

Edgar admiró el torso desnudo de Guy y se desabotonó lentamente la camisa.

Chantal y yo éramos los últimos en seguir bailando. A nuestro alrededor, desorden de prendas tiradas, formas lascivas, torbellino de improvisada sensualidad: el falo de Richard, dominante, como lo era el propio fundador de la comuna; la prominente almeja de su esposa, totalmente pelada, su imponente trasero, que giró ostentosamente en dirección de la traicionada Janine, de pie, tan tierna, tan casta, aun cuando su vientre estuviera algo blando y tembloroso, como si todavía no se hubiera recuperado totalmente del parto; el miembro levemente asustado de David, palo juvenil y jodedor, todavía temeroso de la luz del día; el cuerpo de intachable complexión de Peter, sus bíceps sorprendentemente macizos, sus tetillas infantiles, sus testículos como los de un ternero frente a las tetas de vaca lechera de Marianne, quien ofrecía su redondez, se mecía con eficacia encaramada en sus caderas, moviendo el culo y retorciéndose según movimientos aprendidos en la escuela de baile; el admirable cuerpo de Olivia que se estiraba, trataba de abarcarlo todo y lo desnudaba todo, sin entregarse, sólo en préstamo y jamás a disposición de los realmente interesados. Contaba para que la rescataran con las ocurrencias de la vigilante Chantal y del sobrio Igor.

—¿Qué hace Edgar? —preguntó Chantal—. ¿Se anima?

—Precisamente ahora se la está sacando de los calzoncillos. Sigue charlando tranquilamente con Guy.

—¿No deberías ocuparte un poco de Janine?

Edgar tuvo la misma idea. Ya estaba a su lado, se me había adelantado por dos pasos. Desnudo, parecía vestido de

etiqueta, el buen gusto en persona.

—¿Qué vas a hacer entre tanto tío miserable y tanta mujer gorda, tesoro? Ven, vamos a tomar algo. Tienes un aspecto magnífico. Probablemente todos quisieran tener tu tipo.

Janine sonrió entre lágrimas y se dejó conducir.

Richard siguió a Edgar con la mirada, se volvió de nuevo hacia su mujer y le susurró algo al oído. Los oí reír taimadamente.

Volví al lado de Chantal.

Tenía que ocurrir pronto algo que diera sentido a toda aquella desnudez. Los abrazos se convirtieron en una torpe busca de mutuo apoyo. Ninguna pose era elegante. Janine, Guy y Edgar, quienes conversaban alegres y animadamente, hacían más evidente la indecisión de los demás.

Richard me hizo señas. También él lo percibía.

—¿No se nos podría ocurrir algo antes de que degenere en aburrimiento? —preguntó.

—Sí, sería estupendo.

—¿Nadie sabe algún juego? —preguntó Marianne.

—Seguro que tú conoces alguno —dije.

Reflexionó y se ruborizó.

—¿Y? —pregunté.

—Tenéis que poneros todos en corro y daros la mano. Uno se pone en medio con los ojos vendados, otro coge una cucharada y un tenedor con los que debe hacer ruido. Se trata de que la gallinita ciega atrape al ruidoso. El corro da vueltas y sólo el que hace el ruido puede salir de él. Cuando la gallinita ciega lo atrapa, debe adivinar su nombre. Si lo consigue, se ha salvado y se venda a aquél.

Estuve inmediatamente de acuerdo, pese a no tener la impresión de que Marianne se diera cuenta de las consecuencias.

Chantal se añadió a nosotros y se hizo explicar el juego.

—¡Fantástico! —dijo—. Yo también quiero jugar. Yo también quiero ser la gallinita ciega.

Fue a buscar una cuchara y un tenedor, y golpeó la una con el otro.

—¡Poneos en corro! ¿Quién me venda los ojos?

Le anudé un chal alrededor de la cabeza.

—¿Sabes lo que te espera? —le susurré.

—Prefiero ser la primera —me devolvió en un susurro—. Ve con cuidado si no quieres ser el último.

Chantal estaba en el medio, y el corro daba vueltas a su alrededor. Extendió la mano y todos se detuvieron. Señalaba a Peter. Me soltó, tomó la cuchara y el tenedor, se atrevió a acercarse a Chantal y los golpeó. Ella levantó la cabeza y escuchó. Él saltó hacia atrás, ella lo oyó, lo persiguió, falló, chocó contra Janine, quien gritó. Nos movimos en círculo más aprisa.

Peter, envalentonado, se acercó a ella por detrás, la golpeó en el culo, saltó a un lado, hizo ruido por encima de su cabeza. Casi lo atrapó, pero él se agachó y ella asió el vacío. Por encima de su hombro, le cosquilleó el pecho. Ella se lo permitió dócilmente, pero cuando él le agarró un pecho, ella se dejó caer contra él y, como un rayo, estiró un brazo hacia atrás, le golpeó con el culo:

—¡Es Peter! —exclamó.

Peter se dejó vendar los ojos por ella. Su miembro volvió a ponerse blando. Mientras corríamos en círculo, Janine castañeaba a su alrededor. Él iba a tientas, sin atraparla. Los dedos de ella le recorrieron el pelo, pasaron por su hombro. Castañeteó entre las piernas de Peter. Cuando él se agachó, ella se echó hacia atrás y chocó conmigo. La pellizqué en el trasero, recorrí su raja con el dedo. Corrió hacia adelante, casi a los brazos de Peter, se dejó caer justo delante suyo y salió rodando. La habilidad y agilidad con que se movía nos dieron una imagen totalmente diferente de ella. La jaleábamos y alentábamos. Se dirigió recta hacia Peter, castañeteando, y le agarró la pija.

—Olivia —dijo él, y se arrancó el chal de los ojos.

Miró anonadado a Janine. Su desconcierto provocó carcajadas. Janine volvió a vendarle los ojos. Lo besó en la boca y volvió al corro. Él hizo la seña y nos detuvimos.

Hetty se movía a su alrededor como un animal gigantesco, lo rodeaba, castañeteaba fuerte, fuera de su alcance. Él no se

movió. Ella volvió a castañetear, corrió hacia él, lo pellizcó en el vientre y salió corriendo. Cuando él volvió a oírla, esperó un segundo y se cruzó en su camino. Ella lo esquivó y cayó en brazos de Guy, quien se lanzó sobre ella, la rodeó con los pies y la montó. Ella se arrancó de sus manos justo a tiempo, porque Peter chocó con ella, creyó equivocarse, dudó demasiado tiempo, de modo que ella lo rechazó y salió corriendo. Él le pisó los talones. Ella tropezó, y él cayó sobre ella. Esta vez no dudó, sino que la retuvo. Ella chilló bajo el peso de su cuerpo, intentó alzarse, se arrastró a gatas. Él se balanceaba a su alrededor, le clavó la rodilla en las caderas, se sentó sobre ella. Su mano cacheaba. Sabía hacía rato quién era, sus dedos habían reconocido sin duda su coño rapado, pero le gustaba demasiado para parar. Por fin, ella consiguió sacárselo de encima.

—¡Hetty! —gritó.

Incluso una vez vendados los ojos, todavía jadeaba. El corro volvía a girar. La mano que estiró temblaba y señalaba algún punto entre Olivia y Chantal.

Chantal cogió la cuchara y el tenedor. Castañeteó a la espalda de Hetty. Salió corriendo de puntillas, siguió haciendo ruido largo y fuerte, volvió reptando sobre su barriga. Sin saberlo, Hetty pasó por encima de ella. Chantal estiró un dedo hacia arriba, recorrió con él la cara interna del muslo de Hetty hasta casi la ingle, retiró rápidamente el dedo y contuvo el aliento. Hetty se detuvo a escuchar, jadeando violentamente, sin oír otra cosa que nuestros pateos y risas. Chantal ya estaba tras ella y le palmeó el culo, castañeteando junto a su oído. Hetty se acuclilló. Chantal la agarró por el culo y la empujó hacia delante, de modo que se cayó y quedó tendida con las piernas espatarradas.

Hetty se levantó rápidamente y agarró la muñeca de Chantal. Ya no sabía qué sentía.

—Eres tú, bandido —siseó—. ¡Richard!

Chantal se desternillaba de risa:

—No vale la pena que te quites el chal —dijo.

—¿Quién es entonces? —preguntó Hetty, indecisa.

Edgar, situado exactamente detrás de ella, la empujó con

ademán juguetón:

—¡Qué tonta eres!, yo naturalmente —dijo con voz de falsete—. ¿Qué? ¿Has picado sí o no?

David fue el siguiente. Cuando Hetty, algo domesticada, casi inerme, ya ni podía orientarse por los sonidos, se entregó, irrefrenable, a su lascivia. Teníamos que animarlo a seguir castañeteando, pues su carne lo excitaba tanto que la agarraba sin poder dominarse, la pellizcaba y sobaba, le lamía los labios menores, los pliegues, los brazos rollizos, el cuello, le mordía la oreja. Ella se dejaba, ya no se defendía. El corro ya no giraba, pero nuestros pies pateaban, nuestras caderas se movían. Marianne retenía a Peter por el pito, mientras él rebuscaba entre sus nalgas. Guy y Olivia estaban uno frente al otro, entregados por completo a masturbarse mutuamente. En cualquier momento, el corro podía deshacerse en parejas de amantes. Observaba a Janine: Edgar la tenía agarrada por el brazo, pero ella apretaba los muslos, la mano entre ellos; su mandíbula cayó, sacó la lengua y me miró con una mirada ensimismada. Richard palpaba a Olivia, y ésta jugueteaba con su pija, mientras se abandonaba al placentero roce de sus manos.

De repente, Hetty se cansó. Quería ver qué ocurría. Dijo el nombre de David y se quitó el chal de los ojos. Se interpuso bruscamente entre Chantal y Richard. Chantal lo aceptó con benevolencia, renunció a Richard y se brindó alentadora a Hetty. Entonces, David se vendó los ojos con el chal.

Se volvió a formar el corro. Daban saltitos y se detenían. David eligió a Olivia, quien saltó a su alrededor castañeteando con vehemencia. Dejamos de jalearlos. Alrededor de un David inmóvil, con una verga maravillosamente enhiesta, se trenzó una verdadera danza de júbilo. Estimulada por ella, Olivia se acarició los pechos, el conejo, el culo. Luego se arrodilló con los brazos estirados ante David y se la mamó. Tragó y se levantó, castañeteó con fuerza y autoridad. Él la siguió con las rodillas flojas. Lo conducía como gracias a un hilo invisible. Era evidente que había trampa, él podía verla, pero no le importaba que ella lo supiera. Ella lo notó y cuidó de que la cogiera, se dejó

abrazar mientras él le ataba el chal.

Ahora le tocó el turno a Richard. Renunció a cuchara y tenedor, se dirigió a Olivia y la tumbó de espaldas. Ella dejó que la penetrara, pero, en determinado momento, se deslizó de debajo de él y dijo su nombre. Él quedó decepcionado, pero se sometió a nuestras protestas.

Marianne tuvo que ser empujada al interior del corro por Edgar. Huyó, intentó cruzar por debajo de nuestros brazos, pero quedó retenida por todas partes. Levantó cuchara y tenedor y castañetó, insegura. Richard casi la alcanzó, pero resbaló y cayó de espaldas al suelo con las piernas al aire. Nuestros silbidos y aullidos, nuestras exclamaciones entre cachondas y divertidas la envalentonaron un poco. Tumbó varias veces a Richard mientras éste intentaba levantarse y castañeteaba por encima de su cuerpo tambaleante. Él se levantó, más ágil de lo que se esperaba, y se lanzó sobre ella, pero ésta se escabulló entre Edgar y Janine. Volvió voluntariamente, y su rostro excitado, enrojecido, mostraba que empezaba a divertirse. Atrajo a Richard hacia sí, pasó junto a su lado. Con el tronco hacia adelante, el culo hacia atrás, se movía en sentido inverso al corro castañeteando de vez en cuando y vigilando, atenta, los movimientos de Richard. Éste adivinó lo que hacía, le volvió la espalda, hizo un par de pasos hacia delante y volvió corriendo hacia adonde suponía que ella se encontraba. Pero ella no se había movido, estática, sin aliento. Peter no dejó escapar la oportunidad: la agarró por la cintura e insertó su fuerte asta en esa abertura que se le ofrecía, tan propicia. Ella se escapó y castañeteó; tuvo que dar un salto atrás ante Richard, quien volvió a la carga. Él hizo un movimiento ladeado y la atrapó. Ella cayó sobre las manos. Él sintió su trasero entre las rodillas, alzó con ambas manos su agujero y se la folló.

—¡Eh, eh! —gritó Edgar—. Primero debes decir el nombre. Si no, no puedes hacerlo.

—¿Cómo? —preguntó Richard—. ¿Qué es lo que no se puede hacer?

—Primero, debes adivinar, querido. Sólo después puedes mirar. ¡Ojo que no te salga el pito!

Richard se arrancó el chal.

—Marianne —dijo fastidiado.

—Eso no vale —dijo Edgar—. Nosotros también podemos ver que es Marianne.

Richard se levantó, dio el chal a Marianne y volvió a ponerse en el corro.

Corríamos dando vueltas. Guy asediaba a Marianne por todas partes. Castañeteaba, levantaba con las manos sus pechos pletóricos, los sopesaba, nos los ofrecía, volvía a castañetear, chasqueaba la lengua, se deslizaba agachado por debajo de sus brazos extendidos, lamía su raja, levantaba sus blandas nalgas, castañeteaba, le daba palmadas, la hacía temblar, le apretaba el trasero y lo soltaba, volvía a castañetear. Por mucho que se moviera, nunca lo agarraba, siempre estaba demasiado cerca o justo fuera de su alcance. Jadeó en busca de aire, le suplicó que castañeteara más fuerte, que ofreciera mayor blanco.

—¡Buuu! —gritó debajo de ella.

Ella se agachó, lo sintió en su regazo. Su miembro la untó. Ella tembló de placer. Cuando por fin, quiso cogerlo, había desaparecido. Su castañeteo sonaba ya muy lejos.

—¿Quién castañetea? —gritaba.

—¡Yo! —gritó alguien—. ¡Y yo! —gritó otro.

Pero, de hecho, seguía siendo Guy, quien daba una magnífica representación, ángel y sátiro a la vez.

Por fin, se dio por vencido. Agradecida, se dejó joder por él, jadeando y gimiendo. Se corrieron juntos.

Ella le vendó los ojos a Guy. Su dedo me señalaba.

—¡Dale una buena lección a esa loca! —rogó Chantal—. ¡Hazle correr de lo lindo!

Eso no era, en absoluto, tarea sencilla. Aguzaba los oídos, reaccionaba como un rayo. Incluso cuando castañeteaba a metros de distancia, temía sus ataques. Varias veces escapé en el último instante, me salvé saliendo del corro, mientras él tropezaba con alguien, palpaba y pellizcaba rápidamente, se tomaba libertades que las mujeres devolvían complacientes. Yo castañeteaba, mientras los demás le repelían, le excitaba, se burlaban de él.

Recobraba el aliento un instante cuando me acerqué, le agarré por el glande y sacudí suavemente su miembro. Me cogió la mano.

—Éste debe de ser Richard —gritó triunfante.

Estalló una carcajada y un griterío de desilusión.

—Estoy seguro —dijo Guy.

—Te equivocas, Guy —dije—. Te equivocas totalmente, hijo mío.

Él sonrió, creí entenderle, y evité mirar en dirección a Richard. Volví a mi lugar en el corro.

Antes de que volviéramos a girar, Edgar tomó cuchara y tenedor y desafió a Guy. Bailando graciosamente a su alrededor, lo asía por los pelos, le hacía cosquillas en el culo, le hacía cosquillas en las pantorrillas, le levantaba con la cuchara los testículos. Eso desconcertó a Guy. Pero, cuando Edgar se agachó y saltó a su alrededor como una rana, despertó de nuevo su afán de luchar y se lanzó adelante. Edgar se levantó de un salto y huyó a tiempo, pero Guy dio media vuelta y tropezó con él. Estaban vientre contra vientre. Las manos de Guy tantearon los muslos de Edgar.

—¿Quién eres? —preguntó Guy.

Se arrodilló delante de Edgar, dejó deslizar sus manos hacia arriba hasta agarrar el ciruelo de Edgar y sobarlo con ternura, Guy adelantó los labios, avanzó la boca y se la mamó. Hubo risas. Hubo gritos. El corro se había disuelto. Richard, gesticulando como un salvaje, buscó, maldiciendo, sus ropas. Edgar había quitado el chal de los ojos de Guy y le acariciaba la cara.

—¡Cerdos! —dijo Hetty—. Me parece asqueroso. Me voy.

Richard y ella se largaron. Los demás, alelados, les siguieron con la mirada.

—Por lo menos nos hemos librado de ésos —dijo David despectivo.

—¿Qué les ha pasado, de pronto? —preguntó Marianne.

Peter pareció afligido. Chantal y Olivia miraban fijas ante sí.

Puse un disco. La música pop sonó estridente y poco natural. Detuve el tocadiscos. Guy y Edgar se habían

abrazado.

—¿No queréis beber nada? —pregunté—. ¿O queréis que preparemos algo de comer?

Janine se ofreció a ayudarme. Había llorado. La abracé y le dije que había estado magnífica.

El mundo

He mantenido en el recuerdo la voluptuosidad de aquella noche, con un sabor a saliva dulce y a sudor aromático, los hoyuelos del culo cremoso de Marianne, la floreciente susceptibilidad de Janine, la raja rojo carmín de la robusta Hetty, las pijas bien dispuestas de mis competidores, el pene de Richard, ese chupete corpulento, enorme, el miembro tiernamente amado de Edgar, como una imagen total e inolvidable de cuerpos mutuamente estrechados que sólo la infinita fantasía puede perfeccionar. Siento como actos secundarios, el chismorreo, los malentendidos, las discusiones y las quejas posteriores, que piden aclaraciones, acaso mediante preguntas crueles que debemos hacernos a nosotros mismos y a los demás. No los tengo siempre presentes, pero aparecen una y otra vez, disfrazados de manías personales y problemas universales, igualmente insolubles. Procuran eclipsar aquello que realmente interesa, la gran armonía colectiva, mientras, de hecho, no son sino impurezas en el lascivo ojo que todo lo percibe.

Creo que debo limitarme a follar y joder, a no ser que sea posible sentir más que lo que nos permiten los órganos de los sentidos —lo cual considero un prejuicio tan imprudente como romántico, cuando por su causa se cree factible dejar de lado todo lo demás—. El que no siempre me haya atenido a este propósito no habla necesariamente en contra mía, pero no es ciertamente recomendación alguna y, mucho menos, la demostración de la existencia de una realidad superior. Chantal y Olivia, e incluso Guy, me son tan familiares que, a veces, pasan a ser invisibles para mí. Se disuelven en el entorno, se encogen con mis genitales o se hinchan con ellos. Por eso, los reveses que registro deben servir exclusivamente para instruir a impetuosos cómplices y a insolentes compañeros de infortunio.

No fue el indignado silencio de Richard y Hetty lo que

causó las primeras dificultades. Claro, fue penoso, acabó con el espíritu juguetón, pero todos estaban tan desnudos y habían disfrutado tanto, que los aguafiestas no se habían sino cubierto de ridículo. Edgar fue el único en quedar un poco desconcertado, porque no sabía cómo contárselo a su amigo. Resolvimos su problema, reuniéndonos alrededor de la cama de Louis. Edgar se arrojó a sus brazos y confesó su desliz. Louis estalló en sollozos, pero se dejó consolar por Guy, lo cual despertó violentos celos en Edgar, pero, esta vez, Louis estalló en carcajadas.

De modo que, bien entrada la noche todo terminó bastante bien. Pero, a la mañana siguiente, ya no nos sentimos tan a gusto en la comuna. Los cuatro reconocimos que nuestros días allí estaban contados.

—No tengo ganas de volver a pasar otra vez por eso —dijo Chantal.

—¿Por qué no fundamos una comuna sin Hetty ni Richard? —preguntó Guy.

—Eso tampoco resuelve nada —dijo Olivia.

—Si ya ni nos entendemos entre nosotros —dije yo.

Después, la conversación duró todavía un par de horas, y, más tarde, al retomarla, nos calentó la boca durante días. Nadie se sintió por ello más feliz. Discutimos más que jodimos, nos discriminamos, y finalmente llegamos a insultarnos de puta, chulo y fascista. En realidad, aquello era demasiado estúpido como para insistir, y, no obstante, parecía no querer terminar nunca.

—Me voy —anunció Chantal inesperadamente—. He alquilado una habitación.

—¿Guy se va contigo? —le pregunté.

Me miró ofendida. Evidentemente, había metido la pata.

—Eso es asunto suyo —dijo, se volvió y abandonó la habitación. La seguí, la hallé con Guy.

—¿Y nosotros? —pregunté—. ¿Adonde iremos, Olivia y yo?

Entonces me di cuenta de que Olivia estaba sentada en un rincón y lloraba. Repetí mi pregunta, más para mí que para los demás, para degustar hasta el fondo el desatino.

—No nos quiere con ella —dijo Olivia—. ¿Es que no te lo ha dicho?

—No quiero a nadie conmigo —dijo Chantal brusca—. Sólo a mi hijo.

—¿Y tú, Guy? —pregunté—. ¿Qué harás tú?

—De momento, me deja vivir con ella en calidad de huésped…

A nadie le pareció cómica la respuesta, ni siquiera a él mismo.

—La habitación queda ya demasiado pequeña para los dos —dijo Chantal.

Olivia se levantó y se me acercó.

—¿Vienes, Igor? —dijo—. Se acabó.

Tenía razón: se había acabado. En ese momento, no teníamos nada más que decirnos. Tampoco a Olivia tenía nada más que decirle yo.

Encontré un piso para Diego, ella y yo. Pasó un mes, todo un mes, durante el que no vimos ni una sola vez a Chantal ni a Guy, y luego también yo me harté y declaré que me iba a vivir solo a otra parte.

Olivia no podía entenderlo, aunque, según afirmaba, lo había previsto. No era justo, dijo; era terrible.

—Seguir juntos es peor…

—No puedo vivir sin ti.

Lo molesto era que yo había esperado que dijera eso. Pero no podía vivir con ella, ya no de ese modo.

—¿Y para eso nos hemos divorciado? —me preguntó amargamente—. ¿Y el niño?

Diego estaba sentado sobre mis rodillas. Lo puse en el suelo. Miró lleno de confianza a su padre.

—¿Tienes algo mejor que proponer? —pregunté a Olivia.

No sabía si era sólo temporal o para siempre. No sabía si era un cobarde que huía de mis responsabilidades, o simplemente alguien que ya no jugaba porque no conducía a nada. En cierto modo, tampoco era tan importante; podían ocurrir cosas peores. Era muy agradable, para variar, dormir

solo, solo con uno mismo, con la propia mano tan familiar, cuidadosa, amante. Aún me asaltaban recuerdos de juventud, desnudo ante el espejo desportillado; pero el semen ya no saltaba tan lejos como antes, la propia piel cosquilleaba. Ya no podía lograrlo sin recuerdos, ya no se bastaba sola. Para matar el tiempo, visité a viejos conocidos, dejé de lado mis estudios y di vueltas a la idea de volver a un empleo. El mundo carecía de valor. No faltaban mujeres. Pero no conocía situación ni mujer alguna que me absorbieran. Para ambas era demasiado bueno y demasiado malo, a la vez tan experimentado y demasiado poco hábil. Hubiera preferido transformarme en un hermafrodita. Pensé en Guy y lo deseé, me lo imaginé como una favorecedora imagen reflejada; lo rechacé por no ser suficientemente perfecto, por inconsecuente. No dormía en cama de nadie, ni tenía ganas de dejar que nadie durmiera en la mía. Por otra parte, me consideraba irresistible y me sorprendía de que no se ofreciera ninguna oportunidad de demostrarlo. La visita de Chantal no me sorprendió. Ni siquiera se me ocurrió preguntarle cómo había descubierto mi dirección ni qué quería. Parecía entender perfectamente mi estado de ánimo, se mostró divertida pero no aclaró, por suerte, por qué. Era obvio que follaríamos, lo cual tomé por una magnífica variación y, además, por un acto de justificación que no nos costaba nada a ninguno.

—¿Cómo te sientes?

—Potente —dije—. ¿Cómo estás tú?

—No tan bien. Me aburro sola.

—Guy, ¿ya no vive contigo?

Interpreté su tímida sonrisa como cierta inseguridad. No sabía cómo reaccionaría yo. Y yo no tenía ganas de ocupar el lugar de Guy; para mí se trataba de todo o nada.

—Seguro que volverá —dijo—, pero no quiero saber cuándo.

—¿Se ha ido?

Estaba insegura, había previsto mi reacción, pero habíamos estado demasiado tiempo separados como para poder confiar en nuestras suposiciones.

Empezó a desnudarse, sonriendo todavía con timidez. No seguí su ejemplo, quería saber más.

—¿Te has ido tú? —preguntó.

—Sí.

—¿Por qué?

Empecé a desnudarme a toda prisa.

—¿Por qué? —insistió.

Como todavía no tenía erección, me dejé puestos los calzoncillos. No podía engañarla.

—Ya no tenía ningún sentido. Pero tú fuiste la primera en salir corriendo…

—En irme… —me corrigió.

—¿Importa eso?

—Podrías haberme seguido, pero nunca se te ocurrió.

—¿Dónde está Guy?

—De viaje…, quería ver mundo. Quería que fuera con él, pero no sé siquiera quién vive a mi lado, quiénes son mis vecinos. Eso apenas preocupa a Guy. Apenas le preocupo yo, aunque me quiera. Por eso me he quedado.

La escuché. Era como si me hablara una extraña; sin embargo ante mí, veía a Chantal como la había conocido siempre, inmutable, todavía ella misma, y empecé a dudar de mí.

—¿Me consideras irresistible? —pregunté.

—¿Qué crees tú de ti mismo?

Ahora podía sacarme tranquilamente los calzoncillos, a ese respecto ya no tenía nada que temer. Ella estaba desnuda ante mí y esperaba una respuesta mía.

—¿Me consideras arrogante? —pregunté.

Siguió mirándome, a la espera. De repente, tuve un miedo mortal de que pudiera cambiar de idea, llegar a la conclusión de haberse equivocado conmigo. Entonces, se iría y no volvería nunca. Todo lo que habíamos vivido juntos se debería a un error de cálculo, el pasado quedaría borrado hasta que no quedara nada, ni siquiera un recuerdo.

—¿Tanto he cambiado? —preguntó Chanta!—. Hasta ahora nunca me has preguntado si te consideraba irresistible o arrogante.

—Estaba enamorado de ti.

—¿Y ahora, ya no lo estás?

—También puede invertirse la pregunta. ¿Estás enamorada de mí?

—No, en este momento no.

«Entonces, por qué quieres follar conmigo», pensé, pero no lo dije, por que no quería reconocer que yo tampoco estaba enamorado, a pesar de que ella lo sabía, a pesar de que ella había cambiado, había pasado a ser otra desde que la había encontrado por primera vez.

—¿Probemos otra vez? —pregunté y me quité los calzoncillos—. ¡Eres irresistible!

Daba gusto volver a estar otra vez con ella. Un placer goteante, una jugosidad en la que mi palo crecía, echaba yema, me liberaba de mi autojactancia y de todo lo innecesario, del afán de autoconfirmación, de la miserable normalización, del mísero afán de grandeza, de la mezquina fanfarronería. Su coño caliente como la sangre me tragó sin devorarme, me tomó entero, exigente pero con gracia, me absorbió el tuétano, agotó mis músculos, usurpó el poder de modo que yo, oscilando como un barco, jadeando en el apretón final, jinete en el horizonte, reuní fuerzas y se las entregué en abundancia, magnánimamente, dispuesto de inmediato a un nuevo asalto, a lo extremo.

Cambiamos de posición. Se sentó sobre mí. Sus pechos oscilaban arriba y abajo, su cara extasiada se sumergía tras algas oscuras, en las que sus ojos titilaban como fuegos fatuos y su lengua se convertía en una anémona de mar.

—Date la vuelta —propuse.

Giró sobre el eje de mi pito. La cara vuelta hacia la puerta, hacia el mundo excluido, saltaba arriba y abajo. Bajo su espalda curva se partía ampliamente el universo, se convertía en una reluciente estrella doble, se convertía en pan y leche y miel. Una nube de azúcar sobre un chupete, una golosina. Una viscosa vara que batía el rocío de redondas piedras de luna.

Se atrevía siempre más arriba, salía lo más posible, volvía a caer y saltaba como un tapón/

Llamaron a la puerta. Se abría lentamente y apareció Olivia. Sin habla, recorrió el espectáculo con la mirada.

—¿Vas a seguir ahí por mucho tiempo? —preguntó Chantal—. ¿Por qué no vienes y tomas parte?

—En realidad, he venido para hablar un poco…

—Chantal también —dije—. Primero se jode, y después sigue la consulta.

Se encogió de hombros, cerró la puerta y se desnudó. Chantal se apeó de mí:

—Siéntese, por favor —dijo.

Fui hacia Olivia, la besé en la frente, en la nariz, en la boca. Me rodeó con sus brazos, se dejó besar dócilmente, pero no mostró auténtico fuego.

—¿Cómo quieres gozar? —pregunté—. ¿Te chupa Chantal y te folio yo? ¿O prefieres un sesenta y nueve?

—Yo te sostendré —prometió Chantal.

—¿No podría ser algo más normal?

No sé lo que es normal —dije—. He olvidado lo que es eso. Puedo colgarte de la lámpara, mientras Chantal te balancea; y también puedo hacer la vertical ante ti para que me chupes. Pero puede que no tengas ganas. Sé algo mejor: tú te subes a la espalda de Chantal y yo hago de semental. ¿Qué te parece?

—¿Y a cuál montarás? —preguntó Chantal curiosa.

—A las dos. Será como domar a una yegua siamesa.

—No está en celo —dijo Chantal—. ¿Qué podemos hacer? Si quieres saber mi opinión, sigue teniendo ganas de hablar.

—No tengo ganas de hablar de nada.

—Ayúdame —dije—, ahora lo sé. La ponemos boca abajo. Tú la agarras por los hombros y yo la cojo por los tobillos. Verás como aprende a volar.

Olivia me miró a la expectativa. Pero la paciencia de Chantal se había agotado, se agachó y la tiró de los tobillos. Olivia pudo agarrarse a mí, pero no pudo evitar que sus piernas volaran por los aires.

—Creo que estoy del lado equivocado —dije—. ¿Podemos

cambiar rápidamente de sitio, Olivia, cariño?

Olivia se opuso y se defendió. La zarandeamos de un lado para otro hasta que se calmó.

La dejamos en el suelo a gatas, de modo que yo pudiera penetrarla más fácilmente.

Me di cuenta de que nos había engañado, de que su frialdad no era más que aparente, que contaba con nuestro brío para calentarse, y, empujando profundamente en ella, comprendí lo que me había molestado en ella, qué me había impulsado a irme. Pero aquélla no era una postura para mostrarme maligno y enfadarse, de modo que levanté sus muslos, tal como lo había anunciado, y Chantal la agarró por los hombros; troté así alegremente por la habitación.

Chantal la colocó encima de la cama. Con precaución, para no perderme, Olivia encogió las rodillas hasta que su trasero alcanzó su punto más alto.

—También tú eres irresistible —dije.

Chantal se arrodilló a su lado y descubrió también su luna llena.

—¿Quién de nosotras tiene el culo más bonito? —preguntó.

—¿Quién, crees tú? —pregunté burlón, mientras follaba a Olivia y palpaba a Chantal.

—Nunca puedo verme bien, sólo de lado.

—¿Qué te parece el de Olivia?

—El de ella me parece suntuoso y redondo, el mío desvergonzado y ovalado.

—Exactamente al revés —dije—. Os miráis con demasiada frecuencia.

—Podemos entender mejor que tú lo que siente la otra —dijo Olivia.

—Pero nunca lo hacéis sin hombres…

—¿Tú lo has hecho alguna vez con Guy? —preguntó Chantal.

—Acaso haya sido nuestro error —dijo Olivia—. Deberíamos haber hecho precisamente eso.

Echó el brazo alrededor del cuello de Chantal y la besó apasionadamente. La mano de Chantal desapareció entre las

piernas de Olivia y me hizo compañía también a mí.

—También Guy y yo nos hemos equivocado —dije—. Sin ninguna duda, no nos hemos dado lo suficiente. Ahora lo echo mucho de menos.

La yunta que tenía delante se volvió rebelde, se encorvó. Renuncié a pensar y hablar, centré mi atención en las cuatro nalgas palpitantes. No necesitaba apoyo alguno mientras me dejara llevar por mi sensibilidad. Paulatinamente, me dejé vencer por ella, participé yo mismo de ella. Cuando el par de cuerpos superó todas las distancias, se confundió y aceleró el ritmo, cuando Chantal y Olivia se corrieron a su punto culminante, uní mis fuerzas a las suyas y me lancé al abismo gritando en éxtasis.

Ocurrió lo que había esperado, aunque no podía prever lo que siguió a la confusión, ni el papel que se me daría después. Me había propuesto no ver más allá de mis narices, pero mi olfato sospechaba peligro. Mientras me ponía en camino para ver a Baphomet, para pedirle ayuda, precisamente a él, intenté recordar la fatalidad de las opiniones que, según yo sabía perfectamente, había adoptado a sabiendas.

Olivia y Chantal se habían ido juntas, dejándome satisfecho, en estado de ensoñación, pues la perfecta satisfacción se transformaba en indeterminación y en un deseo de placer permanente. Volvía a estar solo. No habíamos hablado de nada. Con cierta fantasía podía imaginarme haber sido abandonado en mi punto culminante, pero no era cierto; se trataba de la repetibilidad del éxtasis, de su prolongación, de la relación de ese punto con otros puntos y rayas. Se trataba del mundo entero. Era evidente que no era tan sólo el mundo de Olivia, Chantal y el mío, ni podía serlo. Apoyé, qué duda cabe, la propuesta de Olivia y Chantal de organizar una jodienda nacional y de contrastamos así con la realidad que nos rodeaba, pero sólo a condición de que, si la aventura fallaba, no se hiciera a nadie responsable del fracaso.

El teatro sexual de Baphomet estaba cerrado. Recordaba

vagamente que había sido por orden judicial. Toqué el timbre y me abrió él. Por su excitación deduje que iba en mal momento, pero me hizo pasar, me dio incluso la bienvenida.

—Vienes como llovido del cielo —dijo—. Puedes hacerme un favor.

—Lo mismo quería pedirte yo a ti…

—¡Excelente! Favor por favor. Actualmente me dedico al sexo entre mis cuatro paredes, como acaso sepas. Al fin y al cabo, un hombre debe ganarse la vida. La publicidad es oro, pero la discreción plata.

Atravesamos la sala compartimentada en rinconcitos acogedores.

—¿Podrías ayudarme a satisfacer a una cliente? —preguntó Baphomet mientras me tocaba juguetonamente la bragueta.

—¿Una cliente atractiva?

—No lo sé —dijo Baphomet—. Me da igual. ¿Qué te parece una mujer rolliza, en los treinta, con una almeja como para comérsela y tetas como pastelillos de nata, además muy tímida y por eso cachonda como mantequilla de congelador? Te espera arriba. Te doy dos de los grandes si lo haces, pero considéralo un favor. Me salvas en el último momento.

—Tres de los grandes. Todavía debo pagar el alquiler.

Suspiró. Eché de menos su capa y su sombrero de ala ancha, pero, con su traje de deshollinador también estaba muy digno. Su sombrero de copa estaba torcido, le daba un aspecto de payaso, pero la raya de hollín en su mejilla derecha resultaba absolutamente demoníaca.

—¿Sabes cómo hay que tratar a los tímidos? —preguntó Baphomet—. El truco es el siguiente: hay que violarlos.

—Haré lo que pueda. Tres de los grandes y un favor.

Sacó la cartera y me pagó.

—Primero, tienes que ponerte hollín; no olvides que tienes que hablar como un trabajador extranjero. Eres mi ayudante. Recuérdalo bien.

En la habitación, que antes había sido el camerino de los artistas, me ennegreció con un corcho carbonizado. Pude comprobar el efecto en un espejo de mano desportillado.

—¿De qué se trata? —preguntó—. ¿Puedo ganarme algo?

—No, sólo puedes perder.

Silbó entre dientes. Le interesaba. Le expliqué que, en nuestra opinión, el asunto no se planteaba correctamente, que la gente se sentía desatendida. Que se reflexionaba y se pensaba demasiado y se jodía muy poco, que la producción y el consumo debían aumentar y que podía salvarse la economía eliminando la monogamia, que debíamos ser amables los unos con los otros y debíamos aferrarnos mutuamente a la entrepierna.

—¿Y eso lo consideráis una solución? —preguntó incrédulo.

—Sólo si se hace masivamente y si hay violencia.

—De modo que queréis armar una provocación.

—La publicidad es oro.

—¿Acaso van mal las cosas entre vosotros? Es como si quisieras desahogarte.

—Sí, así es. Estamos frustrados. El resto de la humanidad también.

Me miró de arriba abajo.

—¿No me faltará una nariz de cartón? —pregunté.

—Llevas el pelo largo… Así, ya vas horrible. Vale más no exagerar —me puso una gorra de lana marroquí.

Cargados de escala, cuerda y escoba, subimos al piso superior. Era la habitación en la cual, en su tiempo, fuimos iniciados Olivia y yo, pero habían desaparecido casi todos los muebles. En el suelo desnudo había dos mesas de cocina. Junto a una de ellas, estaban sentados un señor y una señora que hacían un solitario.

—Venimos a deshollinar —dijo Baphomet con brusquedad —. Es aquí, ¿no es cierto?

El señor levantó la mirada trastornado. Tenía una expresión severa, daba la impresión de estar acostumbrado a dar órdenes que se obedecían, pero, detrás de sus gafas, los ojos nadaban, sus labios temblaban, y el rubor se extendía por sus mejillas. Sus manos meticulosamente cuidadas temblaban tanto que dejó caer las cartas.

—¿Cuándo se han deshollinado por última vez las

chimeneas? —preguntó Baphomet.

—Hace sólo un mes —musitó la señora.

Contrariamente a su marido, parecía sumisa. No por su cuerpo, bien nutrido y rebosante de salud. Tampoco se debía a su vestido, tenso, muy escotado, que apretaba y ponía en evidencia sus pechos.

—Esto parece una pocilga, jefe —dije—. ¿Empezamos?

Arranqué la silla de debajo del caballero. Cayó en sus posaderas y se arrastró rápidamente bajo la mesa.

—¡Os arrepentiréis! —gritó.

—Yo me llamo Henriette —dijo la dama—. Pero me llaman Jettchen.

—Ve con cuidado, muñeca —avisó Baphomet—, o haré que mi ayudante se ocupe de ti. No nos gusta que la gente se nos ponga graciosa.

Ella se levantó de la silla. Baphomet se inclinó sobre ella, le agarró los pechos y los sacó del vestido.

—No dejes que se pase —le dije.

—Éste no es un trabajador extranjero —protestó el caballero desde debajo de la mesa.

—¿Tú querer patada en culo? —pregunté—. ¿Salerosa?

Di un puntapié en su dirección, pero esquivó mi pie; parecía encantado.

Baphomet le rodeó la espalda a Henriette. Yo le arranqué el vestido. Fue tan fácil que debían de haber contado con ello: las costuras se rasgaron como si fueran de papel. Su ropa interior era de nylon transparente bordado de florecillas. Cuando le toqué el portaligas, chilló.

—Deja puesto el resto —dijo Baphomet—. El señor lo prefiere así.

Las largas medias color lila le quedaban estupendas, y su carne desbordaba voluptuosa de ellas. Las ligas acentuaban su carnosidad. Baphomet le dio la vuelta delante de mí. Contemplé sus nalgas enmarcadas. El portaligas las juntaba un poco, lo que daba a las dos semiesferas una firme tersura por encima de los apetitosos muslos.

—¿La atamos a la escalera? —propuso Baphomet—. Así podrás alcanzarla por todas partes.

—Primero las escobas, jefe. Pégale una tunda en el culo a Jettchen.

La obligó a inclinarse sobre la mesa. Yo mantuve unidas sus muñecas. Baphomet cogió la escoba y le dio una buena paliza. Sus nalgas se tiñeron de rojo, empezaron a arder.

Debajo de la mesa, se oían jadeos y gemidos.

Baphomet la palmeó un par de veces como señal de que la primera parte de la ceremonia había terminado. La volvimos de espaldas y la atamos a la mesa. Sus piernas espatarradas colgaban y las atamos a las patas.

Yo saqué mi miembro tieso.

—Primero, el señor —dijo Baphomet.

Lo miré sin comprender.

—Así, el señor no puede ver nada. Salga de ahí, señor director general.

Esperamos. No ocurrió nada. Henriette tenía los ojos cerrados.

Baphomet me hizo una señal. Nos agachamos y tiramos del caballero. Se resistió mucho, de modo que le di un tortazo.

Henriette abrió los ojos:

—Sin exagerar —suplicó.

Le di otro cachete y le arranqué las gafas.

—Cuidado —dijo Baphomet—. Tiene que poder ver.

Recogí las gafas, comprobé que no se habían roto y se las di a Baphomet, quien las dejó caer y las destrozó con el tacón.

—La miopía lo hace todo más bonito y soportable; todas las formas son más blandas, los movimientos más ágiles, la violencia más sabrosa —explicó.

El director general adelantó la cara. La miopía le ponía más nervioso, pero, para mi sorpresa, se extendió por su rostro una sonrisa feliz.

—Señor Baphomet —dijo—, ésta es una excelente idea. Por suerte he traído mis gafas de repuesto.

—Eso lo pagará caro —replicó Baphomet—. Es usted un vivo que piensa literalmente en todo. Deme las otras gafas…

—¡No! ¡De verdad! Luego tengo que conducir.

—Está bien. Ahora le ataremos a la escalera. Hala, pantalones abajo y a estirarse.

Obediente, dejó caer los pantalones y se bajó los calzoncillos.

—Qué colita más mona —dijo Baphomet—. ¿Querría chuparla la señora antes de que colguemos a su señor marido?

—Yo sólo quiero mi ración de «fuqui-fuqui» —dijo Henriette.

Sonrientes, lo atamos a la escalera apoyada contra la pared. Nos miraba desde lo alto.

—Bueno, échale ahora un palo a tu señora —dijo Baphomet.

—Señor Baphomet —dijo Henriette—, ¿me atendería usted mismo? Me lo había prometido…

—No he pagado para eso —dijo el hombre desde la escalera.

—Pues entonces le costará un extra —dijo Baphomet—. Ve con cuidado, no vayas a caerte de la escalera.

Iba a las reuniones para estar al corriente y también para prepararme un poco a lo inevitable, lo peor. Había llamado la atención sobre ello a Chantal y Olivia, quienes habían compartido totalmente mi opinión e incluso se habían reído. Era realmente de risa, pero me preguntaba si seguiría así.

—Sólo queremos saber qué pasa —había dicho Olivia.

—Si nunca se intenta nada, nada cambia —opinó Chantal —. Además, quisiera saber a qué atenerme.

Yo mismo me lo había preguntado, pero había tenido que dejar la pregunta sin respuesta, incluso ahora. A lo mejor, tenían razón. Puede que las intuiciones descansaran sobre juicios, lo cual les restaba valor.

Observé el tablón de anuncios. Hoy tenían asamblea los jardineros, los escritores, los guías turísticos, los jugadores de mus. El portero se dio cuenta de mi inseguridad y preguntó por qué había venido.

—Por los masoquistas.

—Ah, los flagelantes —dijo sin énfasis—. Sala doce. La sala púrpura.

Subí las escaleras y entregué mi abrigo en el guardarropa. Sólo tenía que seguir las flechas y los números.

En la parte posterior de la sala, había sillas vacías. Nadie pareció prestar atención a mi llegada. Baphomet tenía la palabra. Me llamó la atención el que, en aquella ocasión, se hubiera disfrazado de simple ciudadano. Su voz sonaba preocupada, compasiva, comprensiva. Oí argumentos que ya conocía. Miré a mi alrededor. Muchos hombres y pocas mujeres; abarcaban un amplio espectro social, desde gente acomodada a gente respetable y bienpensante. La mayoría tenía un aire sumiso. Algunos parecían avergonzados, otros desafiantes. Algunas caras eran de una enternecedora inocencia, expresaban una sensibilidad dolorosamente excesiva. Baphomet estaba a punto de timarlos. Me divirtió descubrir, detrás de la mesa presidencial, a un conocido: aquel hombre que se hurgaba la nariz, aquél que, en otro tiempo, me había asegurado que esperaba lo imposible, pero que lo temía como la cólera de Dios, y que, por eso, no supo reconocer, cuando Guy le dio por el culo a Baphomet, la muerte fosforescente. Escuchaba a Baphomet, quien, al parecer, no me veía.

El orador redondeó su discurso. Dijo que esperaba que los presentes seguirían la llamada de su corazón, que seguirían reconociendo la mano castigadora y la justicia disciplinaria que el sentido de esa superioridad tenía que demostrarse mediante el propio cuerpo. «No hay auténtica superioridad sin sometimiento visible», concluyó Baphomet. «Verdugones sin sangre, piel ardiente sin heridas, espalda sin huellas, no son sino un desconocimiento de aquellos que saben lo que es el sufrimiento intenso. Tenemos derecho a nuestro odio y nuestro desprecio, y por eso luchamos».

El presidente, que parecía un pedante contable, agradeció a Baphomet sus explicaciones y abrió la rueda de preguntas.

Se levantó una señora:

—¿Podría ver, por favor, la espalda del señor Baphomet? —preguntó.

Baphomet se sacó la chaqueta, levantó la camisa y mostró sus cicatrices. Eran de verdad, auténticas. Se oyeron murmullos de satisfacción. Consideré exagerados los sangrientos verdugones frescos.

Si he entendido correctamente —dijo un señor—, espera de nosotros que renunciemos a nuestro secreto y que, por el contrario, desafiemos inequívocamente a aquellos que nos obligan a él.

—Exactamente —dijo Baphomet.

—¿Y eso?, ¿no es desobediencia? —preguntó el señor.

—Y le maltratarán por eso de lo lindo —dijo Baphomet.

—Me pregunto —dijo un rezongón— si no se nos manipula. Al mal comportamiento siempre sigue de inmediato el castigo. ¿Qué garantía puede damos el orador de que eso ocurrirá efectivamente? No estoy dispuesto a volver a casa sano y salvo. Y otra cosa… Formamos una mayoría encadenada, nadie nos discrimina. No veo por qué debemos unimos a unos jóvenes que se aparean en público.

Un joven con pinta de poeta y barba incipiente saltó de su asiento.

—Una mayoría no tiene por qué ser discriminada —dijo excitado—. Mi raja no es peor que la del otro. Basta ya con que nos abucheen y se burlen de nosotros. Eso duele. Todos tenemos alma.

—Así habla la juventud decadente —dijo el rezongón—. Los vagos melenudos que no respetan ni Dios ni la Ley. Entiéndame bien, no tengo nada que oponer al coito: la fornicación corona la humillación, pero eso nunca ha de ser razón para contemplar, impotente, cómo se peca con toda naturalidad.

—Nadie le prohíbe ayudar a la policía —dijo Baphomet apaciguador—. Pero no creo que nuestras autoridades nos exijan eso. Nuestros gobernantes también tienen sus derechos y ciertamente harán uso de ellos.

—¿Qué opinan los sádicos? —preguntó alguien—. Al fin y al cabo, todos somos algo masoquistas.

—Todavía no he hablado con ellos. Tampoco creo que sea necesario.

—¿Por qué no? ¿Tiene miedo de no encontrar comprensión?

El que se hurgaba la nariz pasó una notita al presidente y le murmuró algo al oído. Éste asintió y golpeó con su mazo.

—Señoras y caballeros, todavía hay más puntos en el orden del día —dijo—. La presidencia quisiera hacer una declaración pública. Nuestro secretario ha redactado el siguiente texto: «Nosotros, los masoquistas, decidimos en la asamblea de hoy apoyar la jodienda nacional y enriquecerla convenientemente con nuestra presencia. Donde haya porrazos, allí estaremos, en primera fila. ¡Viva la patria!».

Los aplausos que le siguieron demostraron que Baphomet había ganado la batalla.

Era un típico día de primavera, caluroso, con toda su intranquilidad. Agradables nubecillas en el cielo inocentemente azul, amas de casa chillonas haciendo la compra, escolares apresurados, obreros en actitud provocadora. No estábamos solos. Éramos tan sólo unos cuantos. Estaba Janine, participaban Marianne y Peter, Edgar y Louis. Ocho casados, el uno más inseguro que el otro, pero todos unidos, no por un juramento, sino por un sueño y una experiencia que fue común. Nos presentábamos en público ¿para demostrar el qué? Los periódicos no habían dicho nada. Habían silenciado nuestros manifiestos. No obstante, mucha gente estaba al corriente. A nuestro alrededor se reunían transeúntes sonrientes y ciudadanos con la mirada fija, a los que consideramos nuestros aliados. Baphomet dijo que vendría, pero aún no había llegado. El que se hurgaba la nariz, en cambio, sí. Se movía disimuladamente entre los miembros de su club, insuflaba valor a unos y a otros, los tranquilizaba, aunque yo tenía la sensación de que, en el fondo, los soliviantaba a todos. Me preguntaba cómo, pero estaba demasiado ocupado en cuidar de mí mismo y de los demás.

—¿Quieres ligar, *Buby*?

—¿Quién quiere follar?

El lenguaje era duro, pero el ambiente apacible. El resentimiento, caso de existir, era más tenue que el sol de

primavera. Nuestra desnudez despertaba menos comentarios que los gritos al público.

Tal como habíamos acordado, nos abrazamos como si fuéramos a despedirnos para siempre. Todo era ya lo bastante melodramático. Pero, cuando Chantal tomó carrerilla, saltó alrededor de mi cintura y metió mi pija dentro de sí, cuando Peter obligó a Marianne a mamársela, Olivia y Janine se masturbaron mutuamente y Edgar y Louis se intercambiaron los miembros, se impuso un silencio sublime, en el que pudimos olvidar lo que nos rodeaba el tiempo suficiente como para sentir lo que hacíamos.

—Mujeres con mujeres, no —gritó un albañil alegre—. Hay por aquí bastantes chicos con ganas.

—¿Ah, sí? —preguntó Olivia—. ¡A ver!

Exhibió desafiante el culo y abrió las nalgas con ambas manos.

—Menos hablar y más joder —dijo un hombre que parecía pintor, se bajó los pantalones y abordó a Olivia.

—¿Y tú, compañero? —preguntó un corredor de bolsa flacucho—. ¿Siempre eres tan bocazas?

El albañil empezó a desabrocharse pausadamente la bragueta, mientras un escolar, de quince años a lo sumo, jaleado por sus compañeros, se le adelantaba, daba un sonoro beso a Janine, se tumbaba en el suelo y la recibía.

—Podrías pescar a un tío guapo —le dijo una mujer a su amiga.

—¿Un maricón? ¡Estás loca!

—Ven aquí, sabrosona —dijo Edgar—, Louis y yo te daremos en seguida. Hoy no somos exclusivos.

La mujer se dejó empujar hacia el círculo. Louis se arrodilló y le besó la mano. Edgar la desnudó galantemente. Cuando estuvo desnuda, una mano sobre el monte de Venus, resultó ser una jovencita crujiente. Edgar le susurró algo, a lo que su cara se iluminó. Se agachó hacia delante y se dejó poseer.

—¿Quién quiere conmigo? —preguntó Louis—. ¿Tú, hermanita?

El apostrofado se sonrojó y quiso marcharse, pero Louis le

agarró por la nariz.

—¿Ya no me conoces, baboso? ¿Acaso no te metiste conmigo la semana pasada en los urinarios? ¡Fariseo!

—Entonces, ahora tienes que ser valiente —dijo el albañil.

—También estoy yo —dijo el poeta con la barbita incipiente—. Métete conmigo todo lo que quieras…

Louis le propinó también un buen clavo al poeta.

El agente de bolsa y el albañil comparaban sus pijas para ver quién la tenía más larga.

Olivia acabó gritando, pero en seguida le taparon la boca, pues Baphomet, que había aparecido repentinamente disfrazado de diablo, le introdujo el miembro entre los labios.

La multitud se había convertido en centenares de personas, pero nosotros seguíamos siendo catorce, a lo sumo. Algo provocó un inaudito revuelo: no provenía de dentro, sino de fuera. No había oído sirenas. Los jinetes por encima de nuestras cabezas me sorprendieron. De repente, no vi sino cascos que cubrían rostros de campesinos bonachones. Había llegado la policía.

Nuestro corro permaneció intacto, como un círculo mágico. Los ciudadanos se tomaron de los brazos, formaron un cordón. El que se hurgaba las narices gritó unas palabras que se recogieron, se transmitieron y se repitieron en coro.

—¡Vergüenza, vergonzoso, vergüenza!

Baphomet alzó un megáfono. Tomó el mando y se puso a gritar:

—¡Vergüenza, vergüenza, vergüenza, vergüenza!

Olivia siguió tocando su flauta. Tampoco nosotros nos interrumpimos.

Los primeros policías alcanzaron el círculo, blandieron sus sables.

—¡Mostrad vuestras heridas, hermanos y hermanas! —aulló Baphomet.

Los ciudadanos se volvieron como un solo hombre. Hombres y mujeres, damas y caballeros descubrieron sus partes traseras y se inclinaron ante la esperada violencia. Los rostros campesinos ya no parecían bonachones, sino más bien obstinados. Dispuestos a segar las malas hierbas con sus

hoces, los verdugos del Estado, esos deshumanizados mercenarios convertidos en robots, quedaron de pronto petrificados en actitud amenazadora.

—¡Fustigadlos! —rugió Baphomet—. ¡Dadles fuerte!

Un caballo se encabritó, pero la gente en el suelo lo contuvo.

—¡Circulen! —sonó un altavoz—. ¡Circulen todos! Despejen la plaza. ¡Circulen!

—¡Vergüenza, vergüenza, oprobio, vergüenza, vergüenza, oprobio…!

Dejé que Chantal se deslizara de encima de mí. El miembro de Baphomet escapó a los labios de Olivia. Un silencio de mal agüero pendía sobre la cadencia de los gritos. El cielo no se había nublado, aún brillaba el sol. Cabalgaba el caballo un hombre desnudo. Su uniforme había desaparecido, como disuelto en humo y llamas. Justo delante de mí, unos policías empezaron a desnudarse a toda prisa.

—¡Déjame en paz, tío de mierda! —gruñó un masoquista, pero el guardián del orden se atornilló a su culo.

Una señora con las nalgas al aire fue izada al caballo. El jinete la empaló mientras todavía colgaba sobre las crines.

Baphomet emitió una risa estentórea. Los altavoces de la brigada de asalto respondieron con música de marcha.

No se golpeó a nadie. Se abusó de todos, incluso del caballo de la policía, que relinchó mientras el sargento lo sodomizaba.

—¡Vergüenza, vergüenza, vergüenza! —bramaba Baphomet.

—¡Canallas! —gritó el que se hurgaba la nariz—. ¡Cumplid con vuestro deber! ¡Os lo ordeno!

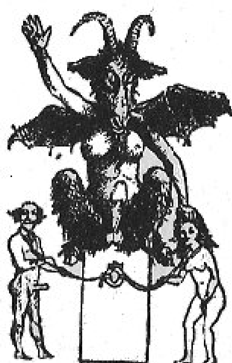
Echó al suelo a su profanador. Le siguió un segundo, un tercero… Luchaba como un salvaje por su honor. Alguien puso pies en polvorosa, recogió algo de la calle. Brilló negro en su puño, después, empezó a crepitar.

Mientras respondían a los tiros que llovían desde todas partes, se derramaba la primera sangre; ciudadanos y policías caían hermanados, y corrimos todos para ponernos a salvo, desnudos por la ciudad amotinada.

Invierno de 1970/71
San Carlos, Ibiza/Oosterpark, Amsterdam

Consideraciones finales de un loco

(1)



XV Baphomet



XII El ahorcado



I El prestidigitador



XVII Las estrellas



XX El juicio

Este libro se ha escrito con la ayuda del tarot. Aquel que se sienta intrigado, que lea el epílogo que sigue. Al que le dé igual, que pase tranquilamente del epílogo. Mi única intención fue la de poneros cachondos. El resto es predicción.

He consultado las cartas para saber cómo podía explicar lo que había hecho… El que yo cuelgue cabeza abajo me resulta ventajoso. En el agua, a la inversa, lo veo todo muy claro. Lo que es abajo, allí es arriba. ¿Pero qué representa? El fondo del tarot permanece oscuro; el echar las cartas despierta la desconfianza de muchos. Miro justo la entrepierna de la chica de las estrellas, pero lo que veo es un reflejo, sigue impenetrable. Baphomet tendrá que aportar la solución. Él es el diablo, el mago negro que se ríe de toda probabilidad, que la desenmascara como falta de fantasía. Afirma que no existe nada sino lo que se puede percibir por los órganos de los sentidos. Debo limitarme efectivamente a la evidencia. Entonces, el juicio sigue por su cuenta, se vuelve transparente como un estafador cuyo timo se conoce de antemano.

Claro que lo expongo todo con demasiada sencillez. Quien quiera saber más, que estudie la teoría del tarot… Existe una bibliografía de más de tres mil libros, de los cuales he leído cinco. Ésta es la realidad…

Según mi experiencia, hay que empezar del modo más superficial posible, y se va más allá gracias a la curiosidad. En las cartas, se ha fijado en imágenes lo que conviene saber. A la fantasía basta con añadirle el recuerdo. Así, no me he dejado guiar sólo por lo que veía, sino también por lo que percibía, oía, saboreaba, olía.

Se mezclan los veintidós grandes arcanos y se eligen cuatro. El quinto y central se encuentra al sumar los valores

de las cartas y se simplifica el resultado final sumando los valores absolutos, de modo que 64 (6 + 4) se convierte en 10 y finalmente (1 + 0) en 1.

(2)



I El prestidigitador



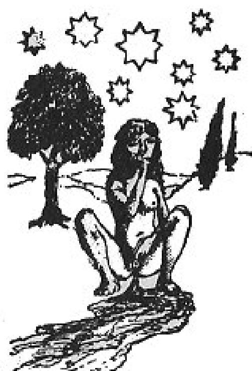
IV El emperador



IV El emperador



O El loco



XVII Las estrellas

Cuando empecé este libro, ya sabía algo del tarot. Por eso elegí el camino de Horus. Se compone de siete cartas clave: III, VI, IX, XII, XV, XVIII, XXI, según las cuales he titulado los capítulos. Naturalmente, es muy discutible, pero el que contempla el camino que he seguido lo comprenderá bastante bien en el marco de mi historia. El camino del conocimiento es el del sufrimiento: una perogrullada.

Trabajar con el tarot significa reflexionar, pensar, soñar conscientemente. Con una mujer desnuda en las rodillas, me eché las cartas a partir de la emperatriz. Desapareció mi inhibición en cuanto empecé a interpretar.

Gobierna el emperador en su trono. No todo le es favorable en todos los aspectos. Hay cosas superiores en la vida, disparates por los que habla la sabiduría. Sin pantalones corre directamente al abismo. ¿Qué hacer? El prestidigitador, aparentemente, puede evitarlo. El que es hábil cae en brazos de todo el mundo. Ya conocemos la estrella. La muchacha reflexiona sobre asuntos sombríos, meditabunda como Igor, fría como Olivia, golosa como Chantal. Cómo llega a mi cama por arte de magia debe aún demostrarse pero, de momento, sé que efectivamente debo mantener la historia en mis manos, dominarla. Cuestión de puntos de vista…

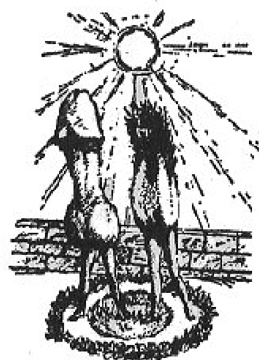
Jodí con la mujer desnuda, dormí hasta tarde por la mañana siguiente y luego ella me folló a mí. Sabía lo suficiente como para poder sentarme a la máquina de escribir. Pronto descubrí, por enésima vez, que el hombre será siempre más importante que los principios, por ocultos que sean, y que, no obstante, no puede negarse que la vida presenta modelos que pueden nombrarse si se representan dramáticamente como inherentes a las personas queridas. Al principio, eso le da a uno una sensación de poder. En el

fondo, es poder, si se puede jugar con él, si revela algo que deje seguir soñando. La distracción debe coincidir finalmente con la realidad.

(3)



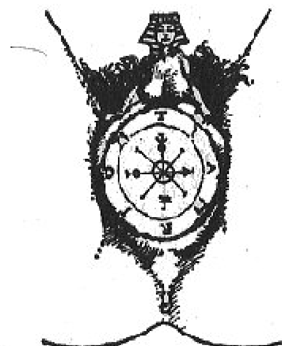
XV La destrucción



XIX El sol de Osiris



VIII La fuerza



X La rueda de la fortuna



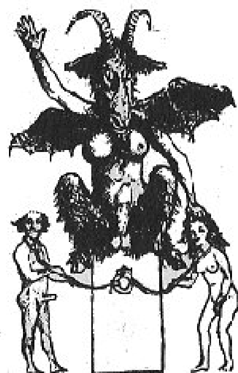
XVII Las estrellas

Me pongo contento siempre que me echan las cartas, y me preparo para ello. Era menos importante poner fin a un capítulo que saber cómo seguiría, en qué medida había cambiado la situación. Al principio, había exclusivamente sorpresas, confirmadas por certidumbres y suposiciones de las que tomé conciencia después. Pero, cuando me orienté hacia los amantes, reconocí inmediatamente algo familiar en la estrella. ¡Un punto de vista solar! Dejándome llevar por la memoria, pude concederme algo de tranquilidad. El azar exige, sin embargo, el peligro, la aceptación de riesgos que hay que conciliar con la realidad. Sin eso, no hay riqueza, sino pobreza. Debía causar dificultades si quería reconocer su estructura. Quien se refleja en sí mismo, se refleja suavemente y halla la fuerza para elaborar la destrucción que ha convocado. Acaso los oráculos… ¿Quién abre con mano suave las fauces del león? Según todos los indicios: Chantal. Pero también Olivia e Igor. ¿Qué se puede hacer solo cuando se jode?

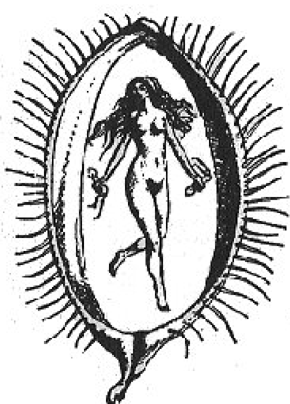
Ya al escribir, descubrí qué decisión se me imponía. Estaba en la encrucijada. Podía mantenerlo todo modoso, iluminarlo éticamente, pero, la vía del amor y de la belleza no me resultaba lo suficientemente lasciva. Podía tomar también el otro camino, realizar actos modélicos, hacer verticales estéticas, aunque prefería hacerlos en la cama. Así que no me quedó más remedio que seguir el camino iniciado y superar lo más valientemente posible lo que me esperaba en él. Aún parecía que nada podía enturbiar el agua. Chantal era una jovencita tersa y sana. Olivia, igualmente sana, aportaba su parte al desenfreno. Igor, el follador del bosque, no dejaba que nada le impidiera probar de cualquier golosina, lo cual también me pareció sano.

Con la energía simbolizada por el sol y el león, pude aprovechar la ocasión para mi ventaja. Sin talento para las marranadas, no se llega en esta época a la razón, lo cual es terriblemente injusto.

(4)



XV Baphomet



XXI El mundo



V El pontífice



XIV La reencarnación



IX El ermitaño

El tercer capítulo trata del ermitaño. Me sorprendió que también de él tuviera que venir la solución, suponiendo que Baphomet no me dejara en la estacada. El mundo y la reencarnación se enfrentaban. ¿Qué significaba eso? Si tengo al mundo de mi lado, no puede pasarme nada, pensé, pero me mantuve alerta. El tarot nos vuelve desconfiados, con lo que se fomenta la espontaneidad. Incluso si se lleva exacta contabilidad de todo, con diligencia, como un funcionario de hacienda, se puede llegar a ser esclavo de las circunstancias. Constantemente hay que controlar todo lo que se emprende con la ingenuidad de la experiencia. El diablo nos sirve para esto. Al ser bromista, no pierde nada de vista. ¿Cuál es la consecuencia? El ermitaño también representa a Virgo, que es mi signo del zodíaco. En cuanto reconozco mi esencia más profunda, tengo la solución. Infalible, como debería ser el Papa, aguzo las orejas y escucho lo que en mí susurra. Le oigo estupendamente. El joder alinea los acontecimientos, los cuelga, para disfrutarlos sin palabras. Baphomet garantiza que Igor, Olivia y Chantal no sigan solos. Donde caben tres, no se hace esperar demasiado el cuarto. Le bauticé Guy y le deseé lo mejor para el futuro.

¿Quién será ermitaño conmigo? No sé a quién precedo mientras busco tanteando mi camino. Lo que me gusta, lo mimo. Al que me disgusta, le doy una patada. Todavía no he terminado, ni mucho menos, con Baphomet. Más tarde, volveremos a encontrarnos, y entonces veremos quién es más guapo, quién ríe el último y más fuerte. De momento, aún lo necesito y lo mantengo como amigo.

A veces, temía resultar romántico. Antes de que uno se dé cuenta, ya está escribiendo una novela literaria y falla el objetivo. Pero, paulatinamente, fui ganando confianza en el

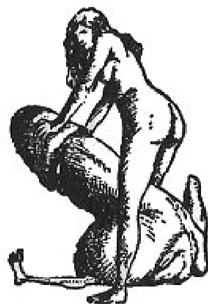
tarot. Puede que con los posos del café también se logre mucho, pero los arcanos mayores apoyan mejor la memoria.

Quien llega a esta conclusión está dispuesto a colgarse por un pie…

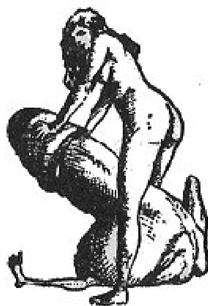
(5)



XIV La reencarnación



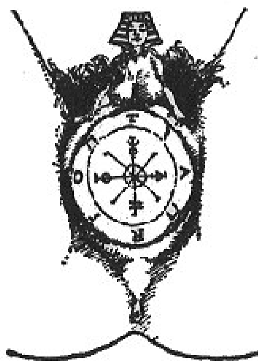
VIII La fuerza



VIII La fuerza



III La emperatriz



X La rueda de la fortuna

Hace falta fuerza para encontrarle el gusto, pero siempre me ha causado placer darle la vuelta al pensamiento. Lo que cualquiera cree no es ley para mí; millones pueden equivocarse durante siglos. Por dependiente que sea del mundo, saboreo mi independencia, sigo mi propia experiencia. El desamparo elegido conscientemente tiene sus ventajas. La entrega voluntaria profundiza el entendimiento. Las reflexiones personales no significan nada, a menos que señalen a otros, a Chantal y a Olivia, a Guy y a Igor. También a ellos los veo como reflejos. Un ahorcado convencional vierte su semen, a mí se me sube a la cabeza. ¿Cómo se puede dominar lo cerebral? La reencarnación lo cuestiona todo. Mesura tu cólera, domina tu furor, supera la locura de la emperatriz. Sus declaraciones parten de supuestos falsos. El mundo está poblado de personas, no de hombres y mujeres. Chantal corre peligro de perder su inocencia. Olivia no se da cuenta de que puede hacerlo cien veces sin repetirse nunca. Guy se fía de su encanto, Igor de su razón. La entrega sirve para que los cuatro se adapten mutuamente, venga lo que venga. La lascivia no puede dominarse, pero sí adaptarse. Si es cierto, nadie debe hacer nada para ello. Quítale sus prejuicios al hombre y ocurrirá por sí solo. Pero no olvides que estás colgado, que puedes imaginártelo todo, pero que no puedes llevarlo a cabo. No te creas nada y, si no, haz como si fueras el que actúa. Quien no sepa lo que significa estar colgado no se da cuenta de la diferencia.

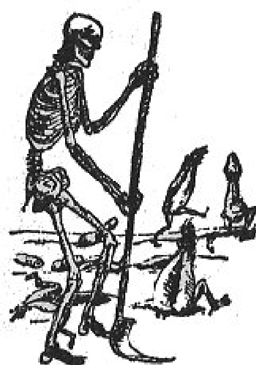
Por diversión, identifico a Chantal con la fuerza, la reencarnación y la emperatriz. El destino sólo podía serle favorable. Me lo ponía difícil. De la antigua golosa no quedaba ya ni apariencia. El patito feo se ha convertido en cisne. Pero, en cuanto la gente volvió a follar con toda

entrega, supe que tenía razón. Lo que yo no era capaz de hacer, lo resolvían por mí los demás.

(6)



I El prestidigitador



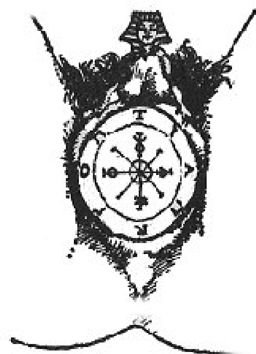
XIII La muerte



V El pontífice



XVII Las estrellas



X La rueda de la fortuna

Muchas veces me he preguntado por qué tantos coleccionistas de objetos eróticos se ocupan del ocultismo y por qué los ocultistas suelen ser reaccionarios. El esoterismo florece donde la lengua insinúa que se está traspasando la percepción de los sentidos. ¿Qué tiene que ver con eso el diablo?

Mi amigo Baphomet, el chismoso, el diabólico, emplea el miembro como codo, mide lo más alto, exagerándolo hasta lo ridículo, vierte a cubos el valioso esperma, acaba como una ametralladora, oculta como arma secreta y poderosa la inverosimilitud. No ha de sorprender que casi todas las mujeres se aburran con la pornografía, y la mayoría den preferencia a las insinuaciones, falsificaciones emocionales. Bochorno junto a la luz de velas eléctricas. El atractivo de lo apenas esbozado es más directo y fructífero que el de lo no-auténtico.

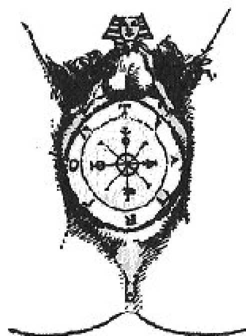
Todo el secreto consiste en que ya no hay secreto cuando deja de ser comercial. En el fondo, ya no existe diferencia entre ocultismo y objetos eróticos, ya que ambos aspiran a experimentar lo superior en el propio cuerpo. Pornógrafos y ocultistas cuidan a propósito el mal gusto hasta que descubren que, también en el cielo, hay algo podrido, que Dios apesta y que algunas estrellas no son más que planetas inhabitables. El prestidigitador de hoy sabe exactamente que su vara mide 22 centímetros, que eyacula como máximo dos o tres veces seguidas en una tarde y que, a veces, es más prudente retenerse. Las mujeres premian la retención lasciva con una paciencia enternecedora; y los hombres a otros hombres también. De modo que el azar no es magia negra, sino una identificación con lo que maquina el gran Lucifer. Sólo se trata de mantenerse en movimiento. Ni Guy, ni

Chantal, ni Olivia, ni Igor ni yo debemos rehuir el efecto teatral. Puede conducir a cosas terribles en el escenario y en la sala de estar, pero qué importa eso… Un buen número siempre tiene éxito.

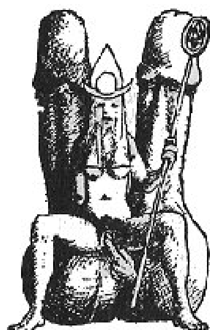
(7)



XIV La reencarnación



X La rueda de la fortuna



II La papisa



I El prestidigitador



IV El emperador

Era fascinante observar cómo determinados arcanos cambian de lugar al echarlos de nuevo, comprobar cómo, a veces, cambia mucho y a veces poco, distinguir con mayor precisión las diferencias. Llegué a la convicción siempre más firme de que el azar no intervenía en el juego. Así debía ser, y no de otro modo. Llámelo superstición, intente descartarlo como autosugestión, pero explíqueme entonces cómo he escrito este libro. Vea en qué se ha convertido e imíteme. Lo más fascinante y convincente es que yo mismo me echaba las cartas para escribir, que no tenía que tomar en consideración las limitaciones que nos impone la vida, sino que podía experimentar a placer con el juego de probabilidades ilimitado. Claro que el enigma es siempre mayor, por mucho que uno se esfuerce por dominar la materia, por armonizar forma y contenido. La papisa ciertamente reconoce al emperador, pero, de ser necesario, se masturba ella misma y le masturba incluso a él. No todo joder es follar. Si uno mismo ya no puede alterar nada, empieza a ser hora de cambiar y de materializar los conflictos.

Preví un montón de dificultades para Chantal y, con eso, también para otros. Guy no lo conseguía con su encanto, ni Olivia con su flexibilidad, ni Igor con su razón. El mundo se compone de demasiadas salas de estar. La separación conduce a la discriminación, no a la diferenciación. Para aquel que sabe lo que son las palabras no hay sinónimos, sólo eufemismos. La verdad no tiene defectos. En comparación con ella, incluso el silencio es ambiguo.

A la luz de la luna, los hombres y las cosas asumen otro aspecto. En la Luna, según se ha demostrado, también. Los grises se descomponen, aquí abajo, en blanco y negro. El movimiento en torbellino se congela en materia inerte. Los

colores carnales palidecen en desafíos cuya lascivia no puede demostrarse con la suficiente irrefutabilidad.

Aposté por el encanto de Guy, la flexibilidad de Olivia, la razón de Igor y, durante toda una noche, sentí confianza en el resto dé la humanidad.



XIV La reencarnación



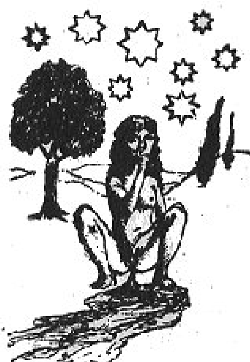
V El pontífice



VII El carro de Osiris



VII El carro de Osiris



XVII Las estrellas

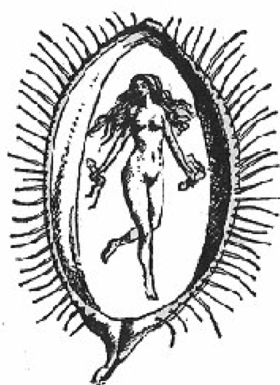
No se me había pasado por alto el que todavía no habían aparecido tres arcanos: el carro de Osiris o de la victoria, la justicia y el juicio. En lo que se refiere a este último, se cumplió entretanto, pero no podía saberlo entonces, y lo temía. El juicio parecía tan definitivo, tan cruel, que lo postergué hasta los últimos momentos. Con la justicia, el asunto parecía levemente distinto. Tradicionalmente, se halla allí donde sé que está la fuerza, en el octavo y no en el undécimo lugar. El capricho de apartarse de él no proviene de mí. Aunque creo haber comprobado, en lo que a mí se refiere, que es correcto. Sin la libertad de dominarse o de dejarse ir, no puede funcionar la justicia. Por fin, vi aparecer dos veces el carro de la victoria, en el lado equivocado y como quintaesencia, nada apropiado precisamente para inspirar júbilo alguno. Lo que empezaba a insinuarse hacía tiempo que lo sabía, pero el reconocimiento de sí no supone la confianza en sí. De lo que allí se desprendía era, de hecho, que me faltaba el talento, que lo había comprendido todo perfectamente, pero que todavía no lo había formulado en palabras. El pontífice todavía podía fracasar, lo cual, al verlo más de cerca, me alivió. Me repugna la autoridad, tanto la mundana como la espiritual…

Quedaba aún por demostrar si yo tenía talento, sólo que tenía pocas ganas de hacerlo. Paulatinamente, me resultaban familiares la reencarnación y las estrellas. No todo podía ir tan mal como para que no lograra absolutamente nada. En el mundo no me importa quién es el mejor, sino quién llega más lejos. El intentar simplemente algo es sustancialmente más interesante y revela con mayor perfección lo que me anima a mí y a otros. La obra de arte lograda escapa a la actualidad y se coloca por sí sola en la historia.

En un último intento por salvar lo que no había manera de destruir, decidí enviar a mis hijos espirituales a la calle. Allí, podrían continuar la divulgación. Allí, había que demostrar si existía la justicia.



O El loco



XXI El mundo



IX El ermitaño



VII El carro de Osiris



VIII La fuerza

Antes de ponerme manos a la obra, me he hecho un pronóstico. Ya no puedo juzgar en qué medida fue acertado. Un libro terminado pertenece al lector.

Espero que el mundo le sea benévolo, a pesar de sus insuficiencias. Espero que, para muchos hombres y mujeres, chicos y chicas sea lo bastante loco como para que el autor pueda dedicarse una vez más a otra cosa.

31 de marzo de 1971